

U N I V E R S I D A D N A C I O N A L
A U T O N O M A D E M E X I C O

FACULTAD DE PSICOLOGIA

MEDICION E INVASION DE

ESPACIO PERSONAL

EN AMBIENTES NATURALES

T E S I S

que para obtener el grado de:

MAESTRIA EN PSICOLOGIA SOCIAL

p r e s e n t a

HAZIRA CALLEJA BELLO

México, D.F.

1984

1984
C3



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Tratamos al espacio
en forma análoga al sexo:
sabemos que está ahí,
pero no hablamos de él.

Edward T. Hall.

R E S U M E N

El presente trabajo tiene dos propósitos fundamentales: (1) proporcionar una guía conceptual comprehensiva en el campo del espacio personal y (2) contribuir a la investigación sobre esta área en México con cuatro estudios de campo.

La obra se ha dividido en dos partes. En la primera se presenta una amplia revisión de la investigación reportada sobre el concepto de espacio personal. Se le ubica en el contexto de la psicología social y ambiental y se distingue de otros tópicos de la conducta espacial. Se plantean sus antecedentes, definiciones y funciones y se revisan y evalúan las aproximaciones teóricas en este campo y las diversas técnicas de medición que se han utilizado. Se exponen los principales hallazgos con respecto a las variables que afectan las dimensiones del espacio personal, así como aquéllos relacionados con las respuestas emitidas ante la intrusión espacial y con las variables que determinan modificaciones en tales reacciones. Finalmente, se muestra el sistema compensatorio de respuestas del que forma parte el espacio personal.

En la segunda sección se reportan cuatro investigaciones de campo que evalúan las dimensiones del espacio personal y las reacciones a la invasión espacial en Ss mexicanos en función del sexo y la edad.

En el Estudio I -efectuado en un zoológico- y en el III -llevado a cabo en una cafetería- se obtuvieron registros no obstructores de la distancia interpersonal y del ángulo de orientación corporal (los dos componentes del espacio personal) que mantenían parejas femeninas, masculinas y heterosexuales, de diferente edad, durante sus interacciones cotidianas. Los resultados mostraron que, de acuerdo con la hipótesis planteada, las díadas constituidas por varones exhibían distancias interpersonales más grandes y ángulos de orientación más directos que las femeninas y las heterosexuales. Por otro lado, se encontró que, contrariamente a lo esperado, los Ss de edad interme-

dia mantuvieron distancias interpersonales mayores que los adolescentes y los ancianos, aunque no difirieron significativamente.

Los dos estudios restantes pretendían determinar si las intrusiones de espacio personal evocaban en los Ss reacciones compensatorias y de huida. En el Estudio II, dos confederados (un hombre y una mujer) invadían el espacio personal de hombres jóvenes, adultos y ancianos que se encontraban sentados solos en una banca de un parque. En el Estudio IV se manipuló el ángulo de orientación (frontal, lateral o diagonal) que adoptaba la confederada durante la invasión del espacio personal de los Ss que ocupaban una mesa en la sala de consulta de una biblioteca. Los resultados indicaron que el hecho de que un extraño se inmiscuya en el espacio personal de un individuo tiene consecuencias en el comportamiento de éste; sin embargo, no se observaron diferencias en las reacciones compensatorias emitidas ante el invasor femenino y el masculino, pero sí en función del ángulo de invasión: los Ss invadidos frontalmente exhibieron más reacciones compensatorias que quienes fueron sometidos a una invasión lateral o diagonal. Las diferencias con respecto a la edad también fueron estadísticamente significativas; los datos mostraron una relación curvilínea similar a la tendencia obtenida en el Estudio I: los jóvenes y los ancianos fueron más susceptibles a la invasión que los adultos.

Los hallazgos de los cuatro estudios citados se analizan con respecto a los reportados previamente por investigadores de otros países.

En virtud de las implicaciones que la conducta de espacio personal tiene para el mejor entendimiento y control de los procesos de interacción social, se plantea la necesidad de atender a un mayor desarrollo teórico en este campo y de efectuar investigación empírica (tanto intra- como transcultural) con técnicas válidas.

F R O L O G O

La conducta social humana está estrechamente relacionada con el me
dio ambiente físico.

El estudio de esta relación se ha desarrollado rápidamente durante los últimos años, y por ser intrínsecamente interdisciplinaria, ha captado la atención de quienes trabajan en muy diversas áreas, desde las ciencias sociales y naturales, hasta las disciplinas aplicadas o prácticas, siendo de interés particular para los psicólogos sociales.

El vasto campo del ambiente y la conducta puede enfocarse desde muy diversos niveles de análisis. En un micronivel de estudio se examina cómo afectan y son afectadas las personas por su medio ambiente físico en sus interacciones cara a cara. A este nivel corresponde el concepto de ESPACIO PERSONAL.

El espacio personal se refiere al límite 'invisible' que las personas mantienen en torno a sí mismas en sus interacciones con los demás y cuya transgresión provoca en ellas reacciones afectivas importantes.

Desde que Edward T. Hall en 1966, puso de relieve la importancia del espacio personal en la regulación de las interacciones sociales, se han realizado numerosos estudios empíricos para explorar sus propiedades y examinar los factores relacionados con él. Estas investigaciones se han llevado a cabo principalmente en los Estados Unidos y en algunos países de Europa.

En México, el número de estudios efectuados en relación al concepto de espacio personal es mínimo (López Flores, 1979; Sánchez Beldola, 1981).

En consecuencia, se ha considerado fundamental iniciar una línea de investigación con ss mexicanos interactuando en sus propios án

I N D I C E

Resumen. iii
Prólogo. v

Primera Parte

M A R C O T E O R I C O

I. EL ESPACIO PERSONAL EN EL CONTEXTO DE LA
PSICOLOGIA SOCIAL Y LA PSICOLOGIA AMBIENTAL

A. Relación entre la Psicología Social y
la Psicología Ambiental 3

B. La Conducta Espacial

1. Espacio Personal 4

2. Territorialidad. 6

3. Hacinamiento 7

4. Privacía 9

5. Ecología de Pequeños Grupos. 10

6. Propincuidad 12

II. EL ESPACIO PERSONAL: CONCEPTOS GENERALES

A. Antecedentes. 15

B. Definición. 17

C. Demarcación 18

D. Funciones 19

E. Forma 20

III. APROXIMACIONES TEORICAS AL ESPACIO PERSONAL

A. Teoría del Equilibrio de la Intimidad . . 24

B. Teoría de la Protección 25

C. Teoría del Aprendizaje Social 26

D. Proximalca	27
E. Nivel Optimo de Privacia	31
F. Restricción Conductual	34
G. Modelo del Stress Ambiental	35
H. Modelo del Alertamiento	36
I. Modelo de la Sobrecarga de Información	38

IV. MEDICION DEL ESPACIO PERSONAL

A. Técnicas de Medición

1. Técnicas Proyectivas	41
2. Técnicas Directas	44
3. Técnicas No Obstructoras	46

B. Validez y Confiabilidad

1. Validez	48
2. Confiabilidad	51

V. VARIABLES QUE AFECTAN EL ESPACIO PERSONAL

A. Factores Individuales

1. Edad y Procesos de Desarrollo	54
2. Diferencias Sexuales	57
3. Características de Personalidad	60
4. Desórdenes Psicológicos	64
5. Factores Culturales	66

B. Factores Interpersonales

1. Similaridad	72
2. Relaciones Afectivas	73
3. Roles Sociales	78

C. Factores Situacionales

1. Situaciones de Ansiedad	80
2. Actividad	81
3. Experiencias Demográficas	82
4. Medio Físico	83

D. Características de la Persona Estímulo	
1. Personas con Atributos Negativos	84
2. Personas con Atributos Positivos	86
VI. ESPACIO PERSONAL OPTIMO	
A. Calidad de la Interacción.	88
B. Ansiedad.	90
C. Persuasión.	91
D. Autodivulgación	92
VII. INVASIONES DE ESPACIO PERSONAL	
A. El Sujeto como Víctima de la Invasión	
1. Respuestas a la Invasión Espacial.	96
2. Consecuencias de la Invasión.	100
3. Características del Invasor.	102
4. Características de la Víctima.	103
5. Invasión Espacial a Grupos	106
B. El Sujeto como Invasor	
1. Respuestas a la Invasión Espacial.	107
2. Características de la Víctima y del Invasor.	108
3. Invasión Espacial a Grupos	110
VIII. CONDUCTAS COMPENSATORIAS	
A. Distancia Interpersonal y Orientación Corporal.	114
B. Distancia Interpersonal y Contacto Visual	115
C. Orientación Corporal y Contacto Visual	117
D. Distancia Interpersonal y otras Conductas No Verbales	117
E. Compensación y Reciprocidad	119

Segunda Parte
INFORMES DE INVESTIGACION

Introducción.	122
ESTUDIO I. DISTANCIA INTERPERSONAL EN FUNCION DE LA EDAD Y EL SEXO	
Problema e Hipótesis	125
Método	125
Resultados	131
Discusión	135
ESTUDIO II. REACCIONES A LA INVASION DE ESPACIO PERSONAL: EFECTOS DE LA EDAD DE LA VICTIMA Y SEXO DEL INVASOR	
Problemas e Hipótesis.	139
Método	139
Resultados	143
Discusión	148
ESTUDIO III. ANGULO DE ORIENTACION EN PAREJAS -FEMENINAS, MASCULINAS Y HETEROSEXUALES	
Problema e Hipótesis	153
Método	153
Resultados	157
Discusión	158
ESTUDIO IV. EFECTOS DEL ANGULO DE ORIENTACION SOBRE LAS REACCIONES A LA INVASION DE ESPACIO PERSONAL	
Problema e Hipótesis	161
Método	161
Resultados	166
Discusión	169

CONCLUSIONES	172
REFERENCIAS.	182
REFERENCIAS CITADAS.	196

P E T E R A C A P T

A F C D

T O R I C O

EL ESPACIO PERSONAL

EN EL CONTEXTO DE

PSICOLOGIA SOCIAL

Y

LA PSICOLOGIA AMBIENTAL

A.

RELACION

ENTRE

LA PSICOLOGIA SOCIAL

Y

LA PSICOLOGIA AMBIENTAL

Los procesos de interacción humana están determinados no sólo por factores cognitivos y sociales, sino también por las características físicas del ambiente.

El ambiente físico circunda todas las actividades de las personas y puede elevar o inhibir las interacciones entre ellas.

El estudio del impacto recurrente del entorno sobre los procesos sociales ha captado la atención particularmente de los psicólogos interesados en la influencia de la presencia, real o imaginada, de los demás sobre los pensamientos, sentimientos y conductas de los individuos, y de aquellos abocados al examen de la interrelación entre la conducta y el ambiente natural y construido.

Ambas aproximaciones a la investigación psicológica -la social y la ambiental- han intentado determinar el efecto del ambiente físico sobre el curso de las interacciones entre los individuos y la manera en que éstos lo usan para modificar sus intercambios sociales.

Aunque la psicología social y la psicología ambiental difieren con respecto a sus antecedentes, al enfoque de su investigación y al énfasis en la teoría, existen muchos intereses comunes entre ambas disciplinas, tanto con respecto a las conductas estudiadas como a las técnicas utilizadas. De hecho, una gran proporción de los investigadores en psicología ambiental, fueron formados originalmente como psicólogos sociales y, aun ahora, estas dos subáreas comparten a muchos de sus miembros.

La relación e intercambio entre la psicología ambiental y la psicología social han sido debatidos fuertemente por dos psicólogos socio-ambientales.

les, Altman (1976)^{2*} y Proshansky (1976)²⁶, quienes presentaron argumentos a favor y en contra de usar los métodos y las aproximaciones teóricas de la psicología social para apoyar el desarrollo de la psicología ambiental.

Tal debate parece ahora obsoleto, ya que, como afirman Aiello, Thompson y Baum (1981), hay una necesidad primordial de desarrollar un sistema de intercambio de información entre las dos áreas. Ellos aseveran:

"... aunque representan áreas de investigación psicológica muy diferentes, creemos que la psicología ambiental y la psicología social son complementarias. El mayor intercambio entre estos dos campos conduciría a un entendimiento más amplio de la conducta humana." (p. 188).

B.

L A

C O N D U C T A

E S P A C I A L

La complementariedad entre la psicología social y la psicología ambiental se ha hecho particularmente evidente en el estudio de la relación entre el espacio -uno de los aspectos del ambiente físico- y el comportamiento social.

La importancia de los factores espaciales en la conducta humana ha sido reconocida por mucho tiempo, aunque las investigaciones controladas de estas variables son de origen relativamente recientes.

A pesar de ello, se ha reportado en los últimos años una cantidad considerable de datos que demuestran la influencia del espacio sobre los procesos de interacción social.

Para explicar estos datos han surgido, dentro de ambas áreas de la psicología, varios conceptos, a saber: espacio personal, territorialidad,

*Algunos de los autores citados a lo largo de esta obra no pudieron ser consultados en su fuente original a causa de su falta de disponibilidad para la autora. No obstante, a fin de facilitar al lector su localización, les he asignado un número de línea y se enlistan en la sección "Referencias Citadas", incluyendo la obra de la que fueron tomados.

facinamiento, privacidad, ecología de pequeños grupos y propincuidad. Se ha ubicado a algunos de ellos más frecuentemente dentro de la psicología social, a otros dentro de la psicología ambiental, y otros más han sido considerados indistintamente como pertenecientes a una u otra área. Tal es el caso del espacio personal, tema central de este trabajo.

Aunque el tópico del espacio personal es incluido comúnmente en los textos de psicología ambiental, muchas de las investigaciones empíricas efectuadas en esta área, han sido conducidas por psicólogos sociales, lo que ha llevado a algunos autores (ej., Horvat, 1981) a considerarlo un tema ya clásico dentro de la psicología social.

Continuación se describirá brevemente el campo de acción de los conceptos de conducta espacial citados y se delinearán su relación con el espacio personal, del que se presentan sólo las ideas fundamentales, puesto que se tratará ampliamente en los capítulos siguientes.

1.

ESPACIO PERSONAL

Las diversas definiciones de espacio personal coinciden en considerarlo como el espacio que una persona establece entre ella y los demás en sus interacciones sociales. Por tanto, el espacio personal está relacionado directamente con la distancia interpersonal y con el ángulo de orientación corporal.

Cumple los propósitos básicos: protege al individuo contra posibles encuentros sociales indeseables y le permite controlar la cantidad y calidad de la estimulación que intercambia con los demás (véase Figura 1).

El tamaño de esta zona espacial cambia de acuerdo con variables individuales, interpersonales e, incluso, situacionales.

Las personas consideran aversivo el hecho de que se les restrinja a interactuar en condiciones de espacio personal inapropiado. Esta situación precipita reacciones emocionales, afectivas y motoras, que varían en función de las características de los participantes de la situación misma.



Figura 1. Espacio Personal.

2.

TERRITORIALIDAD

El tópico de la territorialidad también ha recibido considerable atención en los últimos años, a raíz de las aportaciones de los etólogos y los ecólogos.

Para Bell, Fisher y Loomis (1978), la territorialidad puede considerarse como un grupo de conductas que exhibe un individuo o un grupo, con base en la propiedad percibida del espacio físico (véase Figura 2).

Estas conductas satisfacen importantes motivos y necesidades de los



Figura 2. Territorialidad.

individuos, incluyendo la ocupación, personalización y, en algunos casos, defensa, de un área geográfica.

Algunos investigadores consideran la conducta territorial con base instintiva, otros la estiman aprendida y otros más, como una interacción de instinto y aprendizaje (cf. Ardrey, 1966; Esser, 1971).

Pero independientemente de la posición que se adopte, el concepto de territorialidad es estimulante por su implicación de que los eventos humanos interpersonales involucran no sólo el intercambio verbal, sino un uso activo del ambiente físico.

Los individuos y los grupos humanos exhiben conducta territorial y adoptan una gran variedad de estrategias de defensa de su territorio, que difieren en efectividad. La invasión territorial puede o no conducir a respuestas agresivas, dependiendo de la situación.

Sommer (1969) ha distinguido el espacio personal de la conducta territorial. Afirma que mientras que el espacio personal tiende a ser invisible, portátil, centrado en el cuerpo y regulador de la cercanía en la que interactúan los individuos, el territorio es visible (sus límites están marcados), estacionario y tiende a estar centrado en un lugar físico, regulando con quién se interactúa.

Con frecuencia, el espacio personal y el territorio se traslapan. Por ejemplo, cuando un usuario de biblioteca abandona su mesa temporalmente, deja sus libros como marcas de "su lugar"; esta ubicación en la mesa define su territorio, y la "burbuja" que la persona lleva a su alrededor, define su espacio personal. Cuando reanuda su estudio, su espacio personal y su territorio se traslapan nuevamente.

3.

NACIMIENTO

El crecimiento de la población en los últimos años ha aumentado el valor de una explicación científica del hombre y sus necesidades espaciales. Los investigadores han dirigido cada vez más atención a los proce-

sos y efectos del hacinamiento humano (véase Figura 3).

Stokols (1972) ha enfatizado la importancia de diferenciar entre densidad y hacinamiento. Densidad se refiere estrictamente a la medida física de número de personas por unidad de espacio. Comúnmente se usan dos tipos de manipulación de la densidad: variar la densidad física (se manipula el espacio y se mantiene constante el tamaño del grupo) y variar la densidad social (se manipula el tamaño del grupo y se mantiene constante el espacio).

Por otro lado, el hacinamiento representa un estado motivacional que con frecuencia da por resultado una conducta dirigida a aliviar la restricción espacial percibida. Así, la densidad (física o social) es condición necesaria pero no suficiente para la sensación de hacinamiento.

La investigación con animales ha reportado efectos fisiológicos y conductuales de la alta densidad casi uniformemente negativos. Se ha encontrado que los animales experimentan cambios en los órganos corporales y disrupción en el funcionamiento glandular que afecta la tasa de nacimientos; también experimentan severos trastornos en las conductas sociales y maternas (Christian y David, 1974; Calhoun, 1966).

Las reacciones humanas a la alta densidad parecen depender más de la situación particular. Aunque la densidad no tiene un efecto consistente y totalmente negativo en los humanos, produce consecuencias aversivas en una amplia variedad de dimensiones.

En el área emocional, la alta densidad conduce a alertamiento fisiológico y a respuestas afectivas negativas; también hay evidencia de que está relacionada con enfermedad. En el aspecto social, se ha encontrado que se asocia con menor interacción y con rechazo entre los participantes; también hay datos que sugieren que produce agresión y una menor incidencia de conducta de ayuda. (Para una revisión de este tópico, ver Sundstrom, 1978; Altman, 1975; Bell et al., 1978).

La distinción entre densidad y hacinamiento explica que la alta densidad no siempre tenga consecuencias negativas. Así, aunque ésta contiene aspectos negativos, son las diferencias individuales y situacionales y las condiciones sociales las que determinan si tales aspectos son predominantes y si se origina hacinamiento.

Los estudios de hacinamiento y de espacio personal han comenzado a convergir, tanto a nivel teórico como experimental, y esta convergencia promete ser productiva para ambas áreas de investigación.

Por ejemplo, los hallazgos de Rawls et al. (1972) y Aiello et al. (1977) sugieren que las diferencias en la respuesta a la densidad pueden explicarse parcialmente por las diferencias individuales en los límites del espacio personal.



Figura 3. Hacinamiento.

4.

PRIVACIA

A pesar de que este concepto ha interesado a psicólogos, filósofos, abogados y políticos, se ha hecho muy poca investigación empírica al respecto.

Altman (1975) propone que la privacidad es clave para el entendimiento de las relaciones espacio-conducta, y señala como sus principales características las siguientes:

Es un proceso interpersonal que regula la interacción con los demás.

Puede involucrar diversas relaciones entre diferentes tipos de unidades sociales: individuos e individuos, individuos y un grupo, grupos e individuos, etc.

Controla las fronteras del yo para permitir varios niveles de contacto

con los demás; las personas y los grupos regulan los contactos que reciben de los demás y los que parten de ellos hacia los otros.

Es un proceso dialéctico que implica tanto una restricción de la interacción como una búsqueda de ella; es un interjuego de fuerzas opuestas de accesibilidad-inaccesibilidad que operan de una manera dinámica y mutua (línea).

Para cada momento y circunstancia hay un grado óptimo de acceso desde el yo a los demás, y las desviaciones de este ideal (más o menos contactos que los deseados) son insatisfactorias (véase Figura 4).

Para Altman (1975), la privacidad proporciona un eslabón entre los conceptos de espacio personal, conducta territorial y hacinamiento. Considera al espacio personal y a la conducta territorial como mecanismos para lograr los niveles deseados de privacidad, y describe al hacinamiento -y al concepto relacionado de aislamiento social- como resultantes de no lograr las metas de privacidad.*

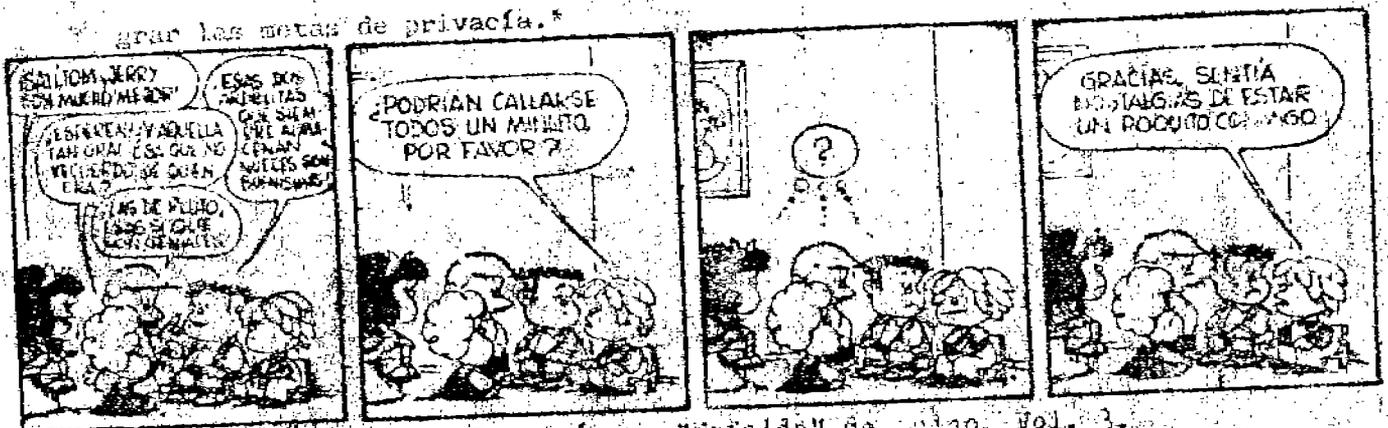


Figura 4. Privacidad. "Mafalda" de Quino, Vol. 3.

5.

ECOLOGIA DE PEQUEÑOS GRUPOS

El estudio sistemático de los arreglos espaciales en los grupos cara a cara ha sido denominado por Sommer (1965) "Ecología de Pequeños Grupos". Generalmente, el arreglo de las personas en el ambiente ha sido una variable incidental en la investigación psicológica, ya que una gran parte de los estudios en esta área implican el reanálisis de datos obtenidos con otros propósitos. No obstante, ha podido demostrarse que la disposición espacial del ambiente afecta la conducta social de los individuos, pues modifica el tipo de comunicación que puede establecerse entre

*Para una explicación más amplia de esta teoría, véase el Capítulo III.

ellos, las relaciones afectivas que forman, el status que se les confiere y su productividad en la tarea.

Uno de los principales investigadores del arreglo espacial es Robert Sommer, quien ha llevado a cabo numerosos estudios para la determinación de la relación social por medio de la configuración espacial en diferentes ambientes: hospitales, cafeterías, bibliotecas, etc. (Sommer 1961, 1965, 1966, 1967a, 1967b).

En una de sus investigaciones, Sommer observó que en el hospital abundan los espacios sociófugos, como los de la sala de espera de las estaciones de ferrocarril, en las que las filas de asientos se encuentran alineadas contra la pared, lo que hace difícil, si no imposible, la conversación. Sommer modificó la distribución del mobiliario de la cafetería del hospital y sus resultados indicaron una solución a la falta de contacto cada vez mayor de las pacientes de ese hospital.

En cambio, en las bibliotecas se desalienta, de manera manifiesta, la interacción social con el fin de que el lector logre concentrarse. En sus estudios observacionales, Sommer encontró que cuando la densidad de la sala era de cero, los primeros ocupantes, si venían solos, tendían a sentarse cada uno en una mesa ubicándose en una de las sillas de los extremos, y las personas que llegaban cuando todas las mesas estaban ocupadas, elegían las que tenían un solo ocupante, sentándose en un extremo cuando el primero se encontraba en la mitad, o viceversa.

Muchos de los conceptos usados en el estudio del liderazgo, como "la figura central", "la posición dominante", "el escalón superior", etc., están basados en analogías espaciales. Bass y Klubeck (1952), al analizar sus datos de discusiones de grupo, encontraron que las personas que ocupan las posiciones de los extremos alcanzaban un status más alto que quienes se sentaban en lugares intermedios. Sommer (1959) encontró que los líderes de pequeños grupos de discusión ocupaban la posición de la cabecera en mesas rectangulares.

La investigación futura en el área de Ecología de Pequeños Grupos hará posible una explicación de las relaciones sociales que incluya al ambiente físico en el que se dan las interacciones entre los individuos y proporcionará los principios para diseñar ambientes funcionales desde el punto de vista de las relaciones sociales.

PROPINCUIDAD

Otra área de interés para los psicólogos sociales con respecto a la relación ambiente-conducta es la proximidad espacial como determinante de la atracción interpersonal.

Se ha encontrado que existen dos tipos de propincuidad que conducen a resultados sociales favorables.

Primero, se ha observado que a menor distancia física objetiva entre dos individuos, habrá mayor probabilidad de que ellos se hagan amigos. El estudio clásico de esta relación fue conducido por Festinger, Schachter y Back (1967)*, quienes investigaron los patrones de amistad de los habitantes de apartamentos de dos proyectos habitacionales. Los autores descubrieron una relación inversa entre la distancia física objetiva que separaba a los departamentos y la atracción entre los ocupantes. Otros estudios han proporcionado evidencia corroborativa de estos datos sobre distancia objetiva y elección de amistades.

Segundo, se ha encontrado que la distancia funcional, definida como la probabilidad de que dos individuos entren en contacto, también predice la atracción. Inclusive, puede ser un predictor más exacto de la amistad que la distancia física objetiva, dadas ciertas características arquitectónicas de los edificios. Por ejemplo, en su estudio, Festinger y sus colaboradores (1967) encontraron que las personas ^{que} utilizaban las mismas escaleras tendieron a establecer más relaciones sociales entre sí que con quienes vivían más cerca pero veían menos.

Rodriguez (1976) señala algunas de las razones que podrían explicar la reiterada correlación positiva entre proximidad física e interacción social. Estas son: (a) la proximidad física ofrece la oportunidad para el establecimiento de contacto social, haciendo posible el desarrollo de la atracción entre personas que inicialmente se desconocían; (b) la oportunidad de un mayor conocimiento mutuo implica una mayor capacidad de predicción de la conducta, la posibilidad de anticipar los costos y recompensas resultantes de la interacción; (c) la familiaridad, por el en

*La primera edición de esta obra fue publicada en 1968.

cuentro frecuente con una persona, conduce a la atracción, como lo ha de mostrado Zajonc (1968) y otros.

Podría agregarse dos razones más: los individuos que viven cerca generalmente comparten algunas características (por ejemplo, la clase social) y, puesto que uno tendrá que seguir interactuando con los vecinos en el futuro, quizá tenderá a ver "su lado bueno, para llevar las cosas de la mejor manera".

Sin embargo, sería ingenuo suponer que un contacto frecuente siempre conduce a una atracción mayor. Más bien parece ser que una mínima distancia física y el contacto social resultante da oportunidad para el intercambio de información, que, posteriormente, puede producir un aumento o decremento de la atracción, de acuerdo con los procesos de comparación social, la similitud entre los participantes, la evaluación implícita, el atractivo físico, etc. (Insko y Schopler, 1980).

II.

EL ESPACIO PERSONAL:

CONCEPTOS GENERALES

A.

ANTECEDENTES

El concepto de espacio personal tiene raíces en la etología, en la antropología y en la arquitectura.

En Etología.

Hediger (1950¹⁷, 1961¹⁸), en sus estudios de los hábitos de los animales en su ámbito natural y en cautiverio, advirtió que, en general, mantenían distancias notablemente constantes con respecto a los demás miembros de su grupo. Identificó tres distancias básicas en los animales: de huida, social e individual.

La distancia de huida se refiere al punto en el cual el animal huye de su depredador. La social es la distancia promedio mantenida entre los miembros de la misma especie; permite que el grupo se mantenga en contacto. La distancia individual es el límite particular (en animales de no-contacto), que ni miembros cercanos de la especie pueden transpasar sin ser rechazados; es una esfera invisible que rodea al individuo.

En Antropología.

En 1966, Edward T. Hall, un antropólogo cultural, escribió un libro denominado "La dimensión oculta", en el que señaló el hecho (hasta entonces no evidente) de que las personas hacen un uso muy activo del espacio al comunicarse entre sí y que las culturas tienen costumbres diferentes al respecto del empleo del espacio.

Hall acuñó el término "Proxémica" para denominar el estudio del uso que hace el hombre del espacio como un vehículo de comunicación. Dos son las áreas centrales tratadas por Hall:

- (1) Propuso un esquema en el que analiza las zonas espaciales empleadas por las personas en diferentes relaciones sociales y ambientales. Las zonas (rotuladas: íntima, personal, social y pública) varían en términos de la calidad y cantidad de estimulación que se intercambia.

(2) Ofreció algunas observaciones generales acerca de cómo usan el espacio los miembros de diferentes culturas y sugirió que las divergencias culturales en la conducta espacial pueden ser una fuente de considerable trastocamiento de la comunicación.

Aunque la aproximación de Hall se basó en entrevistas y observaciones naturales cualitativas, descriptivas, no experimentales, su trabajo estimuló enormemente la investigación en espacio personal.

(En el Capítulo III se expondrá el Modelo Proxémico de Hall).

En Arquitectura.

El arquitecto Robert Sommer es uno de los pioneros de la investigación de los efectos del entorno físico sobre la conducta.

Desde 1959, año en que apareció su primer trabajo denominado "Studies in personal space", Sommer produjo numerosos artículos (1961, 1962, 1965, 1966, 1967a, 1967b) y en 1969 publicó su libro "Personal space. The behavioral basis of design".* En él compendia 10 años de estudio en el campo del comportamiento espacial y de experiencia en la conjugación de la forma ambiental y la conducta humana.

El libro consta de dos partes: la primera es una introducción a la conducta espacial (que incluye algunas consideraciones sobre el espacio personal y las invasiones espaciales, la privacidad y la ecología de pequeños grupos); en la segunda se presenta una aplicación de estos conceptos al diseño de ambientes particulares (hospitales mentales, bibliotecas, escuelas, tabernas, dormitorios universitarios).

Dada la influencia del arreglo espacial sobre la conducta, Sommer insta a los diseñadores, arquitectos y planificadores urbanos a tener en cuenta no sólo aspectos estéticos, sino también de eficiencia y comodidad para el usuario; esto es, les apremia para que adopten como principio rector un funcionalismo basado en la conducta del público involucrado.

Mucho influyeron las publicaciones de Sommer para que el concepto de espacio personal se popularizara y proliferaran los estudios sobre este concepto.

* Versión castellana: "Espacio y comportamiento individual".

B.

DEFINICION

Se han propuesto muchas definiciones de espacio personal. La más común es la planteada por Sommer (1969):

"...el espacio personal se refiere a un área con un límite invisible alrededor del cuerpo de una persona, en la que los extraños no pueden entrar" (1969, p. 26).

Más recientemente, Hayduck (1978) ha definido el espacio personal como

"...el área individual que los humanos mantienen activamente en torno a sí mismos, en la que los demás no pueden indiscurrirse si provocar incomodidad" (1978, p. 118).

En general, las definiciones propuestas por otros investigadores son consistentes con éstas, y subrayan las reacciones negativas a la proximidad de los demás. Ashton y Shaw (1980) señalan que la presencia de otros dentro de los límites del espacio personal puede provocar reacciones muy positivas -como cuando se aproxima alguien querido- o muy negativas -cuando se acerca un enemigo. Por tanto, proponen que se conceptualice al espacio personal como el área alrededor del cuerpo de una persona en la que la presencia de otros evoca una respuesta afectiva.

De la mayoría de las definiciones pueden inferirse las principales características del espacio personal:

- *Es un límite "invisible" que separa al individuo de los demás.
- *Está ligado al cuerpo; la persona lo lleva consigo, pero se aplica sólo en relación a otro individuo y no con respecto a objetos -como muebles.
- *Se expande o se contrae de acuerdo con la situación; se trata, por tanto, de un proceso dinámico.
- *La transgresión de este límite trae consecuencias afectivas: si es deseada, evoca sentimientos positivos; si no lo es, provoca sentimientos de incomodidad y ansiedad y, con frecuencia, escape o agresión.

A menudo se usan como sinónimos los términos 'espacio personal' y 'distancia interpersonal'. Sin embargo, esta última se refiere sólo a las distancias lineales entre los individuos, en tanto que el primero, además de incluir la distancia de interacción, ayuda también al ángulo de orientación corporal que las personas adoptan con respecto a los demás.

C.

DEMARCAACION

DEL

ESPACIO PERSONAL

La investigación en espacio personal guarda estrechas relaciones con otros campos de estudio. En el Capítulo I hemos señalado sus vínculos y discrepancias con los tópicos de la conducta espacial, como territorio, hacinamiento, privacidad, ecología de pequeños grupos y propinuidad.

Además de éstos, existen otros conceptos que también se traslapan con el espacio personal.

Los estudios de comunicación no verbal (ej., Siegman y Feldstein, 1978), de mapeo espacial cognitivo (ej., Downs y Stea, 1973¹³) y de distancia psicológica (ej., Kuethé, 1962, 1964), parecen tener alguna relación con el espacio personal. Y es porque el espacio personal puede ser un tipo de comunicación no verbal, el punto de referencia para un mapa espacial cognitivo y una técnica de medición para la distancia psicológica.

D.

FUNCIONES

El espacio personal sirve a varios propósitos:

Con respecto a los demás:

- (1) Cumple una función protectora contra posibles encuentros sociales indeseables; es un amortiguador de amenazas físicas y afectivas. Horowitz et al., (1964) han señalado que el espacio personal actúa como una "zona corporal tope" que resguarda al individuo de amenazas contra su salud emocional.
- (2) Asume una función comunicativa, pues transmite información sobre el tipo de relación entre los interactuantes y de la clase de actividades que pueden entablarla. Indica las actitudes y sentimientos de las personas y la relación y actividades en que intentan comprometerse.

Con respecto a la propia persona:

- (1) Es un medio para conservar cierta intimidad y para controlar el involucramiento.
- (2) Permite regular y controlar la cantidad y calidad de la estimulación sensorial.

Por otro lado, Rosenfeld (1965) considera que el espacio personal puede ser un rasgo expresivo, pues refleja algunas características de personalidad del individuo y sus actitudes hacia los demás; o una conducta instrumental, dado que las personas usan la proximidad para lograr un propósito deseado; así, los sujetos ^{que} buscan aprobación se aproximan más estrechamente que quienes la evitan.

E.

FORMA

La definición de Hall (1966) del espacio personal como "...una pequeña burbuja protectora que un organismo mantiene entre sí mismo y los demás" (p. 112), implica una conceptualización esférica y rígida del espacio personal, que muchos investigadores han adoptado implícitamente.

Sin embargo, si bien existe una gran carencia de datos empíricos sobre la forma y flexibilidad del espacio personal, se han reportado algunos hallazgos que llevan a abandonar la referencia a la circularidad.

En investigaciones con estudiantes de uno y otro sexo como se ha encontrado que la zona frontal o anterior es más grande que la lateral y que ésta es, a su vez, mayor que la posterior (McFarlane, King y Jaffe, 1965; Levental, Maturo y Schacterman, 1978; Bayduk, 1981).

No obstante, otros investigadores han reportado zonas posteriores más grandes que las frontales en estudios con prisioneros violentos, adolescentes delincuentes y con conductas desviadas (Hilgorth et al., 1971; Newman y Pollack, 1973; Beck y Ollendick, 1976). Kinzel (1970) reportó zonas frontales más grandes para prisioneros no violentos y posteriores mayores para violentos. La razón de estos hallazgos aún no ha sido plenamente dilucidada.

Por otra parte, mientras que Hayduk (1961) no encontró diferencias sexuales en la forma del espacio personal, Pedersen y Heaston (1972) reportaron un efecto de interacción. Las estudiantes permitieron que se les aproximaran más cercanamente de frente que de lado, en tanto que los hombres consintieron una aproximación más cercana de lado que de frente.

Esta evidencia inicial en la exploración de la forma bi-dimensional del espacio personal, muestra que no es circular. Pero, como afirma Hayduk (1978), debe examinarse también una tercera dimensión del espacio personal. Si se consideran dos ejes horizontales (x,y) en ángulo recto describiendo el plano horizontal bi-dimensional en el que puede representarse un espacio personal "circular", la dimensión vertical (z) describe entonces una tercera dimensión del espacio personal (ver: Figura 5). Así, lo que parecía un espacio personal circular, puede describirse más exactamente como: (a) un círculo a nivel del piso; (b) un aro alrededor de la cintura del S; o (c) un cilindro de la altura del S.

Anota Hayduk (1978) que las líneas puntuadas en la Figura 5, describen un espacio personal que no es circular a todos los niveles de altura: es uniforme por arriba de la cintura, pero va disminuyendo hacia abajo.

Sin embargo, este modelo comprende únicamente las áreas que se encuentran alrededor del cuerpo, desde el nivel del piso hasta la altura de la cabeza, pero no incluye el área por arriba de la cabeza. Recientemente, Cochran y Urbanceyk (1982) encontraron que la disponibilidad de espacio vertical se relaciona inversamente con el espacio horizontal; esto es, al reducirse el espacio entre el techo y la cabeza, los S requieren más espacio horizontal para sentirse bien. Con base en estos resultados, los autores sugieren un modelo de burbuja flexible para el espacio personal, que explica que una presión descendente sobre ella produzca una expansión en su dimensión horizontal.

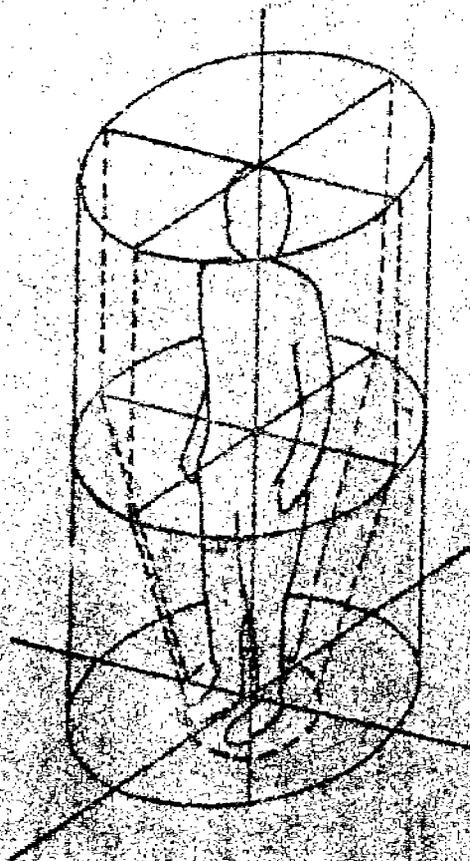


Figura 5. La forma del espacio personal.
(Tomado de Reyduck, 1976)

APPROXIMACIONES

TECNICAS

A. E.

ESPACIO PERSONAL

La literatura de espacio personal ha crecido muy rápidamente en los pasados 15 años. Desafortunadamente, la mayoría de los estudios en esta área se han efectuado sin ningún apuntalamiento teórico; existen en forma desconectada e independiente y, con frecuencia, presentan serias contradicciones.

Ante tal estado de cosas, han surgido varios modelos conceptuales para explicar el uso funcional del espacio personal. No obstante, ninguno ha sido directivo, en el sentido de estimular programas integrativos de investigación. Además, muchas de tales aproximaciones no pueden denominarse propiamente "teorías", ya que no satisfacen convenientemente los criterios necesarios y deseables para ello (Shaw y Costanzo, 1970). Es evidente, entonces, que la teorización en esta área se encuentra en una etapa temprana.

Se han propuesto tres "teorías" de espacio personal:

- *Teoría del equilibrio de la intimidad, de Argyle y Dean.
- *Teoría de la protección, de Dosey y Meisels.
- *Teoría del aprendizaje social, de Duke y Nowicki.

Por otra parte, varios autores han propuesto conceptualizaciones globales de la conducta espacial, en las que incluyen una explicación para el espacio personal:

- *Proxémica, de Hall.
- *Nivel óptimo de privacidad, de Altman.
- *Restricción conductual, de Stokols.

También se han derivado interpretaciones del espacio personal de algunos de los modelos propuestos dentro de la psicología ambiental para explicar la interacción ambiente-conducta.

- *Modelo del stress ambiental.
- *Modelo del alertamiento.
- *Modelo de la sobrecarga de información.

*Continuación expóndremos unas y otras aproximaciones teóricas al espacio personal.

A.

TEORIA DEL
EQUILIBRIO
DE LA
INTIMIDAD

Argyle y Dean (1965) construyeron su teoría partiendo del supuesto de que el nivel de intimidad deseado en las interacciones diádicas está en función de las conductas no verbales predominantes en la relación. Tales conductas están sujetas a fuerzas antagónicas: las de aproximación (instigadas por necesidades afiliativas, por requerimientos de información o por el deseo de retroalimentación social) y las de evitación (debidas al temor de revelar el estado interno o al miedo al rechazo).

Así, el equilibrio en tales tendencias se expresa conductualmente a través de: la cantidad de contacto visual, la distancia interpersonal, el ángulo de orientación corporal, la intimidad del tópico discutido y la cantidad de sonrisa.

Una vez que se ha logrado un nivel confortable de intimidad, cualquier cambio en una de las dimensiones conlleva cambios compensatorios en uno o más de los otros componentes, de tal forma que se restaure el equilibrio perdido. Por ejemplo, una aproximación excesiva por parte de uno de los interactuantes puede trastocar el equilibrio y conducir a una reducción del contacto visual o a una modificación de la postura, de modo de hacerla menos directa. Este proceso de recuperación del equilibrio, y, en consecuencia, del nivel de intimidad deseado, hace que cada una de las conductas sea función de la intimidad, de la misma manera que la intimidad es función de las conductas especificadas.

De este modo, los autores proponen un modelo compensatorio en el que se reúnen varios aspectos de la conducta en diferentes combinaciones para lograr un nivel deseado de intercambio.

Hay evidencia, tanto correlacional como experimental, que brinda apoyo a esta teoría (ej., Argyle y Dean, 1965; Goldberg et al., 1969; Jourard y Friedman, 1970; Patterson et al., 1971; Barter y Benell, 1975); pero

también se han presentado resultados por lo menos parcialmente negativos (ej., Porter et al., 1970; McDowell, 1972; Aiello, 1972; Mahoney, 1974; Russo, 1975).

A pesar de este apoyo heterogéneo y de algunos problemas metodológicos que implica la prueba de sus postulados (Stephenson y Rutter, 1970), esta teoría ha estimulado mucha investigación, probablemente porque, como afirma Patterson (1973a), sus proposiciones son tan perspicaces como sencillas.

B.

TEORIA DE LA PROTECCION

Dosey y Meisels (1969) interpretan el espacio personal como un medio de protección del individuo contra las amenazas externas. Afirman:

"El espacio personal puede concebirse en el sentido de una zona corporal tope... que puede usarse para propósitos protectores. Esto se aplica tanto a amenazas a la autoestima propia como a amenazas de daño corporal" (p. 93).

Esta proposición de la teoría indica una función lineal 'amenaza percibida-espacio personal', siendo el espacio personal la variable dependiente; así, mientras mayor sea la amenaza percibida, mayor será la distancia, es decir, mayor el espacio personal admisible.

Para cualquier grado de amenaza hay un valor de umbral para la distancia: todas las distancias iguales o mayores al umbral son satisfactorias; si la distancia real cae por debajo de este umbral, la persona tratará de incrementarla.

La teoría se refiere tanto a amenazas físicas -de daño corporal- como a amenazas al bienestar emocional -a la autoestima.

Dentro de esta conceptualización pueden ubicarse las formulaciones etológicas (Evans y Howard, 1973), que dicen que el espacio personal funciona en el nivel cognitivo y ha sido desarrollado por un proceso evolutivo para controlar la agresión intra-especie, protegiendo así a los individuos

contra amenazas de ataques físicos.

En realidad, no se ha investigado formal y profundamente ni la relación entre el grado de amenaza y el tamaño del espacio personal y menos aún la noción de umbral que propone esta teoría de la protección.

Aunque algunos estudios han mostrado que la distancia interpersonal varía directamente con la cantidad de amenaza de la situación o de la relación (ej., Bocraem y Flowers, 1972; Guardo y Meisels, 1971; Meisels y Dosey, 1971), aún no es posible hacer una afirmación general de apoyo para la teoría citada.

C. TEORIA DEL APRENDIZAJE SOCIAL

Duke y Nowicki (1972) encontraron en la Teoría del Aprendizaje Social de Rotter (1954)²⁹ una conceptualización teórica viable para entender la conducta de distanciamiento.

La teoría de Rotter explica la conducta dirigida a una meta de la siguiente manera: Dada una situación y un reforzamiento particular, una conducta potencial está en función de la expectativa de que ocurra el reforzamiento ante tal conducta y tal situación, y de la preferencia o valor del reforzamiento en la situación.

Las expectativas están determinadas por la historia de reforzamiento en las situaciones; la expectativa para una situación particular se generaliza a situaciones similares.

Dentro del constructo de las expectativas generalizadas se encuentra el concepto de 'Locus de Control'. Cuando un sujeto percibe un reforzamiento como posterior a una acción suya pero sin ser contingente con ella, sino controlada por una gran complejidad de fuerzas de su entorno, se le denomina 'una creencia en el control externo'. Si la persona percibe que el evento es contingente a su propia conducta, se le llama 'una creencia en el control interno' (Rotter, 1954).

Partiendo de esta conceptualización de aprendizaje social, Duke y Nowicki (1972) derivaron la hipótesis de que las personas orientadas internamente, en comparación con las 'externas', se distancian menos de los extraños, puesto que dependen en menor grado de los demás para obtener reforzamiento social (y pueden sentirse menos amenazadas). En cambio, no habrá diferencias basadas en el locus de control cuando se trate de amigos y de personas de quienes se tengan expectativas específicas (p. 128).

Los autores confirmaron sus predicciones a través de dos estudios en los que emplearon su propia técnica de medición (la Escala de Distancia Interpersonal Confortable) y la Escala de Locus de Control para Adultos de Nowicki y Strickland.

De acuerdo con Hayduk (1978), esta hipótesis no puede ser derivada lógicamente de la teoría de Rotter. Señala que Duke y Nowicki la restringieron al confundir el locus de control con un grupo específico de expectativas (es decir, probabilidades), siendo que éste se refiere al grado en que una persona siente que puede cambiar las probabilidades de distribución de diferentes resultados reforzantes, independientemente de su valor particular.

Los argumentos que relacionan el locus de control con la conducta espacial requerirían especificar el valor reforzante del mantenimiento de diferentes distancias (lo que aún no se ha hecho).

Hayduk concluye que esta hipótesis es sólo una variación de la teoría de la protección, adornada con el término de "locus de control" (1978, p. 121).

D.

PROXEMICA

En su libro "La Dimensión Oculta" (1966), Hall analiza cómo el hombre utiliza el espacio -el que mantiene entre sí y sus congéneres y el que construye en torno suyo en los lugares que habita.

Hall acuñó un nuevo término, Proxémica, que designa las observaciones y

teorías interrelacionadas del empleo que el hombre hace del espacio.

Para Hall, el sentido del espacio en el hombre es una síntesis de la entrada de datos sensoriales de muchos tipos: visual, auditivo, cinestésico, olfativo y térmico. Cada uno es un sistema muy complejo y es modelado y configurado por la cultura. El estudio de la cultura, en el sentido proxémico, es el estudio de la manera en que las personas utilizan su aparato sensorial en diferentes estados emocionales durante distintas actividades, en ambientes y contextos diversos.

Hall (1966) cita tres niveles de estudio de la proxémica: infra-, pre- y micro-cultural.

1. Infracultural.

Esta manifestación proxémica es el comportamiento en los niveles organizacionales inferiores que sustentan la cultura; radica en el pasado biológico del hombre. Aquí, Hall trata lo relacionado con la territorialidad y el control demográfico.

2. Precultural.

Se refiere a la base fisiológica (los órganos de los sentidos) común a todos los seres humanos, a la que la cultura da estructura y significado.

3. Microcultural.

En este nivel se efectúan propiamente las observaciones proxémicas. Tiene tres aspectos:

a) Espacio de caracteres fijos.

Comprende manifestaciones materiales y normas ocultas, interiorizadas, que rigen el comportamiento de los individuos y de los grupos en su espacio construido. Los edificios de casas-habitación o de oficinas son una expresión de pautas de caracteres fijos; se agrupan de modos característicos y están divididos interiormente según normas o diseños determinados culturalmente. Algunos aspectos del espacio de caracteres fijos sólo son evidentes cuando se observa el comportamiento humano; un ejemplo es la frontera invisible que separa un patio de otro en las vecindades. Lo importante en el espacio de caracteres fijos es, afirma Hall, que se trata del molde donde se fragua buena parte del comportamiento.

n) Espacio de caracteres semifijos.

También la estructuración de estos caracteres puede tener un profundo efecto en la conducta. Así, el arreglo de sillas, sofás, mesas y otros muebles en una habitación, puede llevar a mantener a las personas apartadas unas de otras o a reunirías; en el primer caso se trata de espacios sociófugos, en el segundo, de sociópetos.

Señala Hall que es deseable la flexibilidad y la congruencia entre el diseño y la función, para que haya variedad de espacios y la gente se relacione o no, según la ocasión y el humor.

o) Espacio Informal.

Esta categoría es, tal vez, la más importante para el hombre, pues en ella entran las distancias que mantiene en sus interacciones con otras personas. Las normas espaciales informales tienen diferentes límites y un significado tan profundo (aunque tácito), que forma parte esencial de la cultura.

Hall hipotetizó cuatro zonas espaciales que las personas emplean para regular la interacción social: íntima, personal, social y públicas, cada una con una fase cercana y una lejana.

Según Hall, todas las modalidades sensoriales -tacto, olfato, cinestesia, audición, visión- se hallan intrínsecamente relacionadas con el espacio. De esta manera, para Hall las zonas no son importantes en términos de distancia física per se, sino por las posibilidades de comunicación interpersonal que ofrecen. El espacio es un medio dentro del que se dan una variedad de posibilidades conductuales y de canales de comunicación.

En la Tabla 1 se describen las cuatro zonas espaciales y el tipo de relaciones que se pueden establecer en ellas, con sus respectivas posibilidades sensoriales.

Para llegar a determinar tales zonas, Hall observó y entrevistó a personas norteamericanas de clase media, adultas y, en su mayoría, profesionistas. Hall enfatiza que sus descripciones no representan al comportamiento humano en general, sino sólo el de esta muestra.

La segunda faceta del interés de Hall, estuvo relacionada con las diferencias transculturales en el empleo del espacio. Observó que las normas y costumbres de diferentes grupos étnicos y culturales se reflejan en su

Tabla 1. Tipos de relación interpersonal y cualidades sensoriales características de las zonas espaciales de Hall (1966).

Zona Espacial	Relaciones Interpersonales	Cualidades sensoriales
Distancia Intima (0 a 45 cm)	Contactos íntimos (el acto amoroso, la lucha, la protección, el consuelo).	Conciencia intensa del contacto físico con la otra persona; percepción de su olor y su calor. El tacto sobrepasa a la vocalización como primer modo de comunicación.
Distancia Personal (45 a 120 cm)	Contactos entre amigos cercanos e interacciones cotidianas con conocidos.	Menos conciencia de las entradas sensoriales; la visión es normal y proporciona retroalimentación detallada; los canales verbales explican más comunicación que el tacto.
Distancia Social (1.2 a 3.5 m)	Contactos impersonales.	Entradas sensoriales mínimas; la información proporcionada por los canales visuales es menos detallada; se mantiene el nivel normal de la voz; el tacto no es posible.
Distancia Pública (más de 3.5 m)	Contactos formales entre un individuo (un actor, un político) y el público.	No hay entradas visuales detalladas; se emplean conductas no verbales exageradas para complementar la comunicación verbal.

uso del espacio -configuraciones de la casa, arreglos de mobiliario y distancias y ángulos de orientación que las personas mantienen con respecto a los demás. Presentó un análisis cualitativo detallado de las prácticas espaciales de diferentes culturas (alemana, inglesa, francesa, árabe y japonesa). Sin embargo, sus descripciones no analizan sistemáticamente una cultura en relación a las cuatro zonas proxémicas; más bien, típicamente muestran un análisis de la manera en que los miembros de varios grupos culturales difieren en hábitos espaciales.

A este respecto expone, por ejemplo, que ciertas culturas, como las sociedades mediterráneas, árabes y latinoamericanas, exhiben distanciamiento más pequeño que los grupos europeos y americanos caucásicos.

Las afirmaciones cualitativas de Hall sobre la relación entre la cultura y el uso del espacio y su análisis de las zonas espaciales en la interacción social han estimulado un gran cuerpo de investigación empírica.

Con el propósito de determinar la extensión en la que las ideas de Hall han sido confirmadas, Altman y Visel (1979) efectuaron una revisión de cerca de 200 estudios conducidos durante los 10 años posteriores a la aparición, en 1966, de su obra "La dimensión oculta".

Encontraron que hay evidencia que apoya, en términos generales, las afirmaciones de Hall sobre las zonas íntima y personal; pero que se conoce relativamente poco con respecto a las otras dos zonas (social y pública) y sobre qué distancias se usan en qué ambientes en varias relaciones sociales.

E.

NIVEL

OPTIMO

DE PRIVACIA

La formulación de Altman (1975) sugiere que los individuos buscan un nivel óptimo de privacidad.

Concibe la privacidad como un proceso de límites interpersonales que permite a las personas o grupo regular su interacción con los demás. La privacidad es, por tanto, un proceso dinámico que involucra el control selectivo de los

límites del yo.

Altman hace una distinción entre estados deseados y logrados de privacidad (ver Figura 6). Una persona desea, en un momento dado, un cierto nivel de privacidad o contacto con otros; este nivel ideal es un estado interno, individual, que implica pretender determinados niveles de entradas o salidas de estimulación desde y hacia los demás. De acuerdo con experiencias pasadas, con las posibilidades inmediatas y con el estilo personal general, el individuo o el grupo realiza una serie de mecanismos con el propósito de ajustar los límites del yo y lograr el nivel momentáneo deseado de privacidad.

Los mecanismos de privacidad operan como un sistema, a veces sustituyéndose y a veces amplificándose unos a otros. Así, las personas y grupos usan diferentes combinaciones de los mecanismos en diferentes ocasiones y en diferentes circunstancias.

Para Altman, el espacio personal es uno de los mecanismos de regulación de la privacidad, gracias al cual una persona puede alterar su distancia y ángulo de orientación con respecto a los demás. Por ejemplo, al alejarse, la persona indica su deseo de tener más privacidad y corta, así, ciertos canales de comunicación; al acercarse, permite mayor acceso al yo y abre grandes posibilidades de comunicación (tacto, visión detallada, sensación de olor y calor de la otra persona). De esta manera, el espacio personal permite regular el contacto con los demás, y hace más o menos permeables los límites interpersonales.

En este sentido, el esquema conceptual de Altman encaja muy bien con las formulaciones de Hall.

Similarmente, el individuo puede emplear conductas territoriales (posesión, marcado y defensa de objetos y áreas). Al permitir a otros acceder a áreas y objetos personales, se dan mayores oportunidades para la exposición del yo, se proporciona información de índole personal y se establece la etapa previa al contacto íntimo. Impedir que los demás entren en el territorio afirma efectivamente un límite que demarca la intimidad del contacto social.

Un mecanismo más de regulación de la privacidad es la conducta verbal y paraverbal. Esta conducta incluye contenido (lo que la persona dice a los

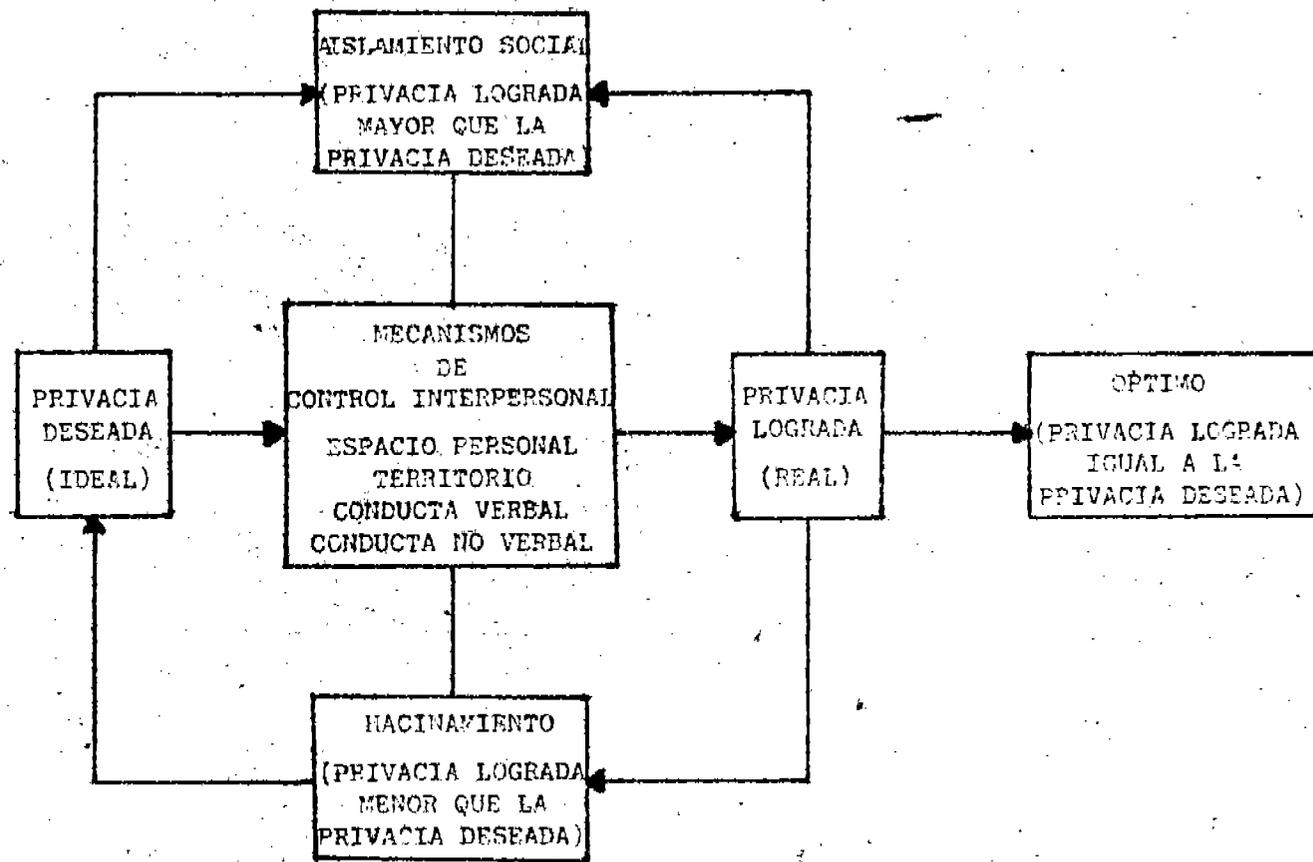


Figura 6. Modelo del Nivel Óptimo de Privacidad, de I. Altman (1975).

demás para hacerse accesible o no) y forma (la manera en que se dicen las cosas: intensidad e inflexión de la voz, pausas, énfasis y otras características estilísticas).

El empleo de esta variedad de mecanismos de control de límites da por resultado un nivel de privacidad logrado, esto es, un nivel real de contacto con los demás. Si el nivel logrado de privacidad es igual al deseado, entonces el sistema de regulación de límites fue acertado. Pero si el logrado es mayor que el deseado, la persona ha sido aislada socialmente más de lo que esperaba. Si, por el contrario, el nivel logrado es menor que el deseado, entonces la persona se sentirá hacinada. Altman considera el hacinamiento como un tipo particular de desajuste en la regulación de la privacidad -cuando fracasan los mecanismos de control de límites y se producen entradas y salidas sensoriales excesivas.

Las reacciones de una persona ante estados desbalanceados pueden ser varias:

En situaciones de hacinamiento: puede incrementar su espacio personal, instalar marcas territoriales más ostensibles, emplear conductas no verbales más vigorosas para comunicar la intrusión no deseada, o intentar usar mecanismos adicionales para reforzar su control de límites.

En situaciones en las que se obtuvo demasiada privacidad, pueden hacerse intentos por lograr más contacto con los demás.

Después de repetidos fracasos de los intentos para lograr un balance entre los niveles logrados y deseados de privacidad, el individuo puede aceptar el hecho de la intrusión o el alejamiento inevitables o incontrolables, o bien, puede cambiar el nivel deseado de privacidad en dirección del nivel logrado.

Independientemente de la modalidad de ajuste que se adopte, el individuo consume energías en los procesos de regulación de la privacidad. Mientras más mecanismos se empleen, mayor será el gasto de energías físicas y psicológicas que, a menudo, se traducen en enfermedad, stress y ansiedad.

F.

RESTRICCION

CONDUCTUAL

Stokols (1972)³⁴ ha propuesto que la dinámica de la reactancia puede operar en la conducta espacial.

Cuando un individuo percibe que los eventos del ambiente están restringiendo o limitando su conducta indebidamente, experimentará sentimientos de incomodidad y tratará de reafirmar su control sobre la situación. Brehm (1966)⁶ llama a este fenómeno 'reactancia psicológica'. Siempre que una persona siente que su libertad de acción está siendo restringida, la reactancia psicológica le lleva a tratar de recuperar esa libertad.

De acuerdo con el modelo de la Restricción Conductual, no es necesario que se experimente la pérdida de control para que ocurra la reactancia; basta con anticipar que puede haber una restricción ambiental. Por ejemplo, la mera anticipación de hacinamiento es suficiente para erigir barreras físicas o psicológicas contra otros.

Si los esfuerzos por recuperar el control resultan inútiles, sobrevendrá la incapacidad aprendida (Seligman, 1975³¹); esto es, el individuo empieza a suponer que sus acciones no tienen efecto sobre la situación, así que detiene sus intentos de obtener control aún cuando desde un punto de vista objetivo, su control se haya restaurado. En otras palabras, aprende que es incapaz. La incapacidad aprendida con frecuencia lleva a la depresión.

El modelo de la Restricción Conductual afirma, entonces, tres pasos básicos: la pérdida de control percibido, la reactancia y la incapacidad aprendida.

Desde esta perspectiva, la aproximación de Altman (1975) del Nivel Óptimo de Privacía, puede explicarse parcialmente por el modelo de la Restricción Conductual.

Este modelo sugiere que el espacio personal sirve para proporcionar un nivel óptimo de libertad conductual. Si el individuo percibe que su li

bertad está siendo restringida por la cercanía física de otros, entonces experimentará reactancia y demandará más espacio personal. Así, tener menos espacio disponible, lleva a un deseo de contar con más (Edney, Walker y Jourdan, 1976).

C.

MODELO

DEL

INTERÉS AMBIENTAL.

Una aproximación teórica ampliamente usada en la psicología ambiental, es la de considerar a muchos elementos del ambiente como factores de stress. Generalmente, el stress es caracterizado en términos de respuestas tanto fisiológicas como psicológicas.

Selye (1956)³² ha propuesto que el stress es un estado corporal que se manifiesta a través del síndrome de adaptación general. Este síndrome es una reacción tripartita, que consta de alarma, resistencia y agotamiento. En la primera etapa, se aceleran los procesos autónomos (tasa cardíaca, secreción de adrenalina, etc.). La segunda etapa, de resistencia, también se inicia con algún proceso autónomo, en el que se emplean varias estrategias para hacer frente al factor ^{de} stress. Si las respuestas de enfrentamiento no son adecuadas, el organismo entrará a la etapa de agotamiento, en la que se consumen todas sus energías.

Pero las reacciones al stress en organismos más complejos, incluyendo los humanos, dependen menos del impacto directo del estímulo y más de las claves mediacionales sujetas a la interpretación del organismo. El mismo estímulo que es factor de stress en una situación, puede no serlo en otra (el estímulo no cambia, pero sí la apreciación que el individuo tiene de él como amenazante).

Lazarus (1966)²¹ sugirió que esta apreciación cognitiva es una función de factores psicológicos individuales (recursos intelectuales, experiencia pasada y motivación) y de aspectos cognitivos de la situación de estímulo específica (control, predictibilidad e inmediatez del estímulo).

Una vez que se ha evaluado al estímulo como amenazante, se ponen en juego estrategias de enfrentamiento. Estas estrategias pueden ser benéficas, como cuando su uso da por resultado el aprendizaje de modos más efectivos de hacer frente al stress. Sin embargo, la exposición prolongada al stress puede conducir a serios efectos posteriores, incluyendo desórdenes mentales, decrementos en la ejecución y resistencia disminuida al stress.

La aproximación del stress asume que las personas mantienen el espacio personal para evitar una gran variedad de factores de stress asociados con la proximidad excesiva. Los investigadores han encontrado indicadores fisiológicos y psicológicos del stress en condiciones de invasión de espacio personal (McBride, King y James, 1965; Evans y Howard, 1973; Middlemast et al., 1975).

Típicamente, el espacio personal se amplía bajo condiciones de stress -por ejemplo, cuando se interactúa con extraños, o en ambientes muy formales, cuando se comunica o se recibe rechazo, o cuando se transmite afecto negativo o evaluativo. Inversamente, los individuos tienen espacios personales más pequeños en situaciones en que se sienten cómodos o seguros.

Evans y Eichelman (1976), al evaluar la aportación de la aproximación del stress a la explicación de la conducta espacial, afirman que ciertamente es útil considerar las invasiones y las restricciones de espacio como factores de stress. Sin embargo, proponen que antes de adoptar el concepto de stress en la interpretación de la conducta espacial, se adquiere un mejor entendimiento de la literatura del stress. También advierten que, si bien la investigación sobre stress está más desarrollada que la espacial, aún se encuentra en una etapa inicial.

H.

MODELO

DE LA

ACTIVACION

Uno de los efectos de la exposición a factores de stress es el aumento en la activación, medida fisiológicamente a través de la actividad au

tónoma (tasa cardíaca, secreción de adrenalina, tasa respiratoria, etc.), conductualmente por un incremento en la actividad motora, o simplemente mediante auto-reportes.

Se ha hipotetizado que la activación es una variable mediadora en numerosas conductas. De ahí que varios psicólogos ambientales hayan tomado este concepto para explicar muchas de las influencias del ambiente sobre la conducta.

Mientras que el modelo del stress incluye una evaluación cognitiva de un estímulo como amenazante, no es necesario que un estímulo lo sea para que se incremente el alertamiento; los estímulos placenteros también son activadores. El modelo de la activación hace predicciones distintas de los efectos de la activación alta o la baja sobre la conducta, en tanto que la aproximación del stress se concentra principalmente en el stress elevado.

La relación entre nivel de activación y ejecución de una tarea se explica a través de la Ley de Yerkes-Dodson. De acuerdo con esta ley, la ejecución se maximiza en los niveles intermedios de activación y va empeorando progresivamente si la activación del individuo aumenta o disminuye en relación a ese punto óptimo. La relación de U-invertida entre la activación y la ejecución varía como una función de la complejidad de la tarea (cf. Berlyne, 1960; Hebb, 1972).

Desde una perspectiva espacial, se esperaría que cuando el espacio personal es inadecuado, habría un incremento en la activación y la ejecución mejoraría o se deterioraría, dependiendo de si la persona se encontrara por arriba, en o abajo del nivel óptimo de activación para la tarea particular.

I.

MODELO

DE LA

SOBRECARGA DE INFORMACION

Una de las consecuencias de la exposición a un factor de stress es que la atención se enfoca sólo en él, en detrimento de otros estímulos relevantes para el funcionamiento del organismo.

Cohen (1977)⁸ y Milgram (1970) han estudiado este proceso de estrechamiento de la atención, y sugieren que el hombre tiene una capacidad limitada para procesar información. Específicamente, cuando la cantidad de información del ambiente excede la capacidad del individuo para procesar todo lo relevante, ocurre una sobrecarga de información. La primera estrategia de enfrentamiento a esta sobrecarga es ignorar la entrada de estímulos; es esta respuesta la que, de acuerdo con los autores, explica los efectos conductuales positivos y negativos de la estimulación ambiental excesiva.

Generalmente, se asigna a los estímulos más importantes para la tarea toda la atención que requieran y se ignoran los estímulos menos importantes.

De acuerdo con el modelo de sobrecarga, una vez que se ha agotado la capacidad para prestar atención a causa de demandas prolongadas, el mínimo requerimiento de atención puede ocasionar una sobrecarga. Los efectos posteriores a la exposición de un factor de stress se atribuyen a una reducida capacidad para atender a claves relevantes.

Milgram (1970) sugiere que el deterioro de la vida social en las grandes áreas urbanas es causado por ignorar las claves sociales periféricas debido a las crecientes demandas del funcionamiento cotidiano.

El modelo de la sobrecarga de información interpreta el mantenimiento del espacio personal afirmando que tal espaciamiento es necesario para evitar la sobreestimulación (cf. Evans y Reichman, 1976). De acuerdo con esta noción, una excesiva proximidad causa que la persona sea sobrecargada con demasiada estimulación social y física (por ejemplo, deta-

lles faciales, claves olfativas, etc.).

Una variante de este modelo es la Teoría de la Estimulación, enunciada por Nesbitt y Steven (1974) para explicar el espacio personal. Ellos afirman:

"... en un ambiente de alta intensidad (de estímulos), es de esperarse que los individuos mantengan alejados con el propósito de moderar la cantidad total de estimulación a que están sujetos. En ambientes privados de estímulos, los individuos podrían acercarse más" (p. 106).

La base de este argumento es que los altos niveles de estimulación ambiental son aversivos y constituyen un factor de stress.

IV.

M E D I C I O N

DEL

E S P A C I O P E R S O N A L

Además de la carencia de modelos conceptuales que guíen la investigación en el área del espacio personal, las contradicciones en los hallazgos reportados en este campo pueden explicarse también por la gran diversidad de técnicas de medición utilizadas para evaluar el espacio personal y la falta de aceptación general de una aproximación única para la medición del fenómeno.

A.
TECNICAS
DE
MEDICION

En términos generales, los múltiples procedimientos de medición del espacio personal pueden agruparse en tres grandes categorías:

1. Técnicas proyectivas.
2. Técnicas directas.
3. Técnicas no obstructoras.

1.

TECNICAS PROYECTIVAS

Las técnicas proyectivas o indirectas han sido las más frecuentemente usadas en los estudios de espacio personal (Altaan, 1975), tal vez por su facilidad de administración, porque resultan atractivas para los Ss y porque permiten ejercer control sobre la situación de estudio.

Tales métodos usan representaciones simbólicas de personas y del propio sujeto, a quien se le pide que realice arreglos espaciales con tales símbolos o que haga juicios acerca de la distancia y/o ángulo de orientación en el que están colocados.

Parten del supuesto de que hay una correspondencia entre las distancias reales de interacción y las distancias representacionales de colocación de figuras.

A lo largo de los años, se han usado muchas modalidades de esta aproxi

mación proyectiva o de simulación, que incluyen el empleo de siluetas o figuras humanas recortadas o dibujadas, muñecos o estatuas miniatura y símbolos abstractos, como círculos o triángulos.

En general, pueden agruparse en dos clases: medidas de colocación de figuras, muñecos o actores y medidas de papel y lápiz.

a) Medidas de colocación de figuras, muñecos o actores.

Esta técnica fue desarrollada inicialmente por Kuethe (1962a), cuyo interés se enfocaba en el estudio del "esquema social", esto es, las percepciones formadas culturalmente en relación a la manera en que se agrupan espacialmente los objetos y las personas. Kuethe usó figuras de fieltro recortadas que representaban a hombres, mujeres, niños, perros y rectángulos. Los Ss tenían que colocar grupos de estos objetos sobre un pizarrón de fieltro en el formato que desearan. Se registraba cómo eran agrupadas las figuras y la distancia a la que se colocaban.

Este formato de estudio se denomina "de colocación libre". Otra aproximación es la de "reconstrucción o recolocación", en la que se presenta a los Ss un arreglo predeterminado durante un breve período y después de retirar las figuras se les pide que las coloquen nuevamente en la forma original.

Otra variación es aquella en la que se coloca en el pizarrón de fieltro una figura que se describe al S como su mejor amigo, un maestro, su madre, etc., y se le solicita que ponga la figura que lo representa a la distancia preferida.

En tanto que Kuethe y sus seguidores han usado la distancia interfigura como una medida de la distancia psicológica (cf. Kuethe, 1962b, 1964; Tolor, 1968; Tolor y Salafia, 1971), otros investigadores la han empleado como medida de espacio personal (cf. Little, 1965; Little, Uleha y Henderson, 1968; Cohen, Sherman y Sherman, 1982).

La colocación de muñecos constituye una técnica proyectiva similar. En este caso, el investigador presenta al S varias figurillas de personas (una de ellas auto-referente) que debe acomodar espacialmente en un salón hecho a escala, representando las características del medio que se

desea estudiar (ej., Roger y Reid, 1978; Peterson et al., 1982).

Little (1965) utilizó otro procedimiento: pidió a sus Ss que colocaran a personas (actrices) de manera tal que indicara un cierto tipo de relación entre ellas (amigas, conocidas casuales o extrañas). Posteriormente, otros autores han utilizado también la colocación de actores humanos para evaluar indirectamente el espacio personal.

Una variante de este procedimiento estriba en pedir a los Ss que juzguen las distancias de interacción de los actores presentados en persona (ej., Haase y Markey, 1973) o a través de fotografías (ej., Cronjé y Möller, 1976).

b) Medidas de papel y lápiz.

En esta técnica también se registran las distancias entre las figuras en situaciones sociales imaginadas, pero se pide al S que responda a siluetas dibujadas en una hoja de papel en lugar de colocar figuras en el pizarrón de fieltro (Dosey y Meisels; 1967; Meisels y Guardo, 1969). Esta modificación incrementa su facilidad de aplicación para grandes grupos de Ss.

Además de siluetas humanas, en las que la figura auto-referente es estacionaria (y otra se le acerca) o móvil (aproximándose a otra) (Pedersen 1973a, 1973b), se han utilizado círculos dibujados en una hoja de papel; cada círculo representa a una persona, y una flecha indica hacia donde se dirige la mirada; los Ss deben colocarlos "a la distancia que represente la manera en que normalmente te colocas con respecto a otra persona en la mayoría de las situaciones sociales (Pedersen y Shears, 1974, p. 840)". (Véanse Figuras 7 y 8).

Otra medida proyectiva es la de Rawls, Trego y McGaffey (1968a)²⁷, que consiste en la presentación de cinco dibujos de un hombre, en diferentes posiciones, uno por página; los Ss tienen que dibujar un círculo alrededor de la figura que los representa para indicar la distancia en la que les gustaría que otra persona permaneciera con respecto a ellos.

Una técnica de papel y lápiz cuyo uso es muy popular actualmente es la

Escala de Distancia Interpersonal Confortable, desarrollada por Duke y Nowicki (1972). Consiste en proporcionar a los Ss una hoja de papel con 8 líneas que partan, en ángulos de 45° , de una posición central (ver Figura 9). Se pide al S que se imagine a sí mismo ubicado en el punto central del diagrama y a otra persona aproximándose a él a lo largo de uno de los radios. Se les instruye para que coloquen una marca sobre la línea para indicar la menor distancia a la que permitirían que alguien se les aproximase antes de sentirse incómodos. Se registra la distancia en milímetros entre la marca en un radio específico y el punto central.

Análisis:

Para Hayduk (1978), el mayor problema de estos procedimientos es su confianza en las capacidades cognitivas de los Ss. Los Ss deben imaginar un medio físico y alguna situación social, así como las características adscritas a la otra siluetas (ej., sexo, edad, relación afectiva). También deben verse a sí mismos desde una perspectiva diferente y realizar una transformación a escala que relacione el tamaño de las figuras con la distancia en la vida real. Estos requerimientos cognoscitivos son, afirma Hayduk, muy grandes y no todos los Ss pueden satisfacerlos.

Por otra parte, la propia situación de estudio y las instrucciones a los Ss hacen particularmente sobresaliente la dimensión de distancia.

2.

TECNICAS DIRECTAS

Las técnicas directas implican la medición de la distancia interpersonal y el ángulo de orientación que el S adopta con respecto a los demás o sus reacciones a varias distancias.

Estas técnicas han sido, de acuerdo con Altman (1975), las segundas en popularidad, después de los métodos indirectos, y su uso se está incrementando aún más, por el interés de los investigadores en evaluar la conducta espacial real, en lugar de representaciones simuladas de ella.

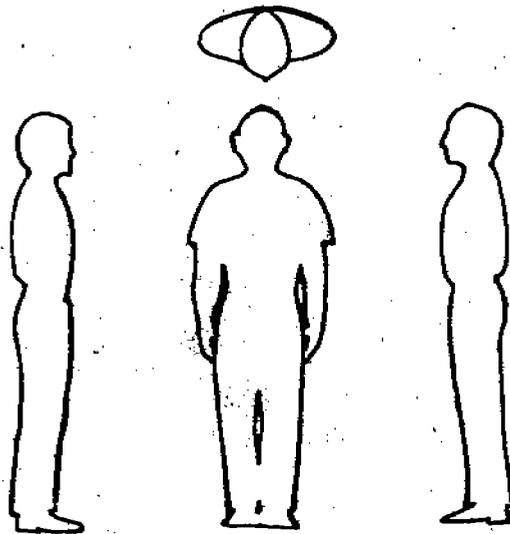


Figura 7. Medida de Espacio Personal de Pedersen.
Tomado de Pedersen, 1973b.

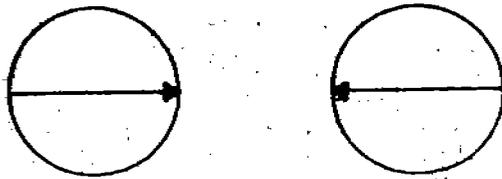


Figura 8. Medida de Distancia Interpersonal de Pedersen.
Tomado de Pedersen y Shears, 1974.

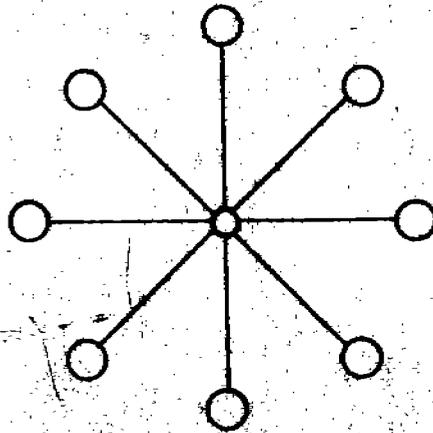


Figura 9. Escala de Distancia Interpersonal Confortable.
Tomado de Duke y Novicki, 1972.

Una característica importante de estas técnicas es que se llevan a cabo en ambientes controlados, en donde el E puede ejercer control sobre la situación y sobre los tipos de respuesta que los Ss exhiben.

También son básicamente de dos tipos: procedimiento de distancia de detenimiento y de selección de asiento.

a) Procedimiento de distancia de detenimiento.

El S se pone de pie en el centro de un área abierta e indica al C (que se está aproximando hacia él) que se detenga cuando empieza a sentirse incómodo. El E mide entonces la distancia entre el S y el C.

En otras variantes de esta técnica, es el S quien se aproxima al C y se detiene en el punto en que se siente cómodo; o bien se promedian las distancias de detenimiento obtenidas al empezar demasiado cerca y alejarse o viceversa. También se ha variado la ubicación del S, colocándolo en una esquina en lugar del centro (ej., Horowitz et al., 1964; Willis, 1966; Pedersen, 1973b; Frankel y Barret, 1971).

Análisis:

Estas técnicas parecen ser altamente reactivas, ya que los Ss son conscientes de que se está observando su conducta espacial, además de que las situaciones de interacción carecen de espontaneidad.

Sin embargo, a pesar de su aparente reactividad y artificialidad, los datos presentados por Eberts (1972)¹⁴ sugieren que el hecho de que los Ss sepan que está siendo medido su espacio personal no influye radicalmente en su tamaño.

Por otro lado, el C debe estar alerta para asegurar que su propio espacio personal no produzca variaciones en la velocidad con que se aproxima en otras claves de detenimiento.

b) Procedimiento de selección de asiento.

Esta técnica implica que el S seleccione la distancia a la que desea sentarse con respecto a un C o que el E coloque la silla del S en un arreglo espacial (distancia y ángulo de orientación) determinado y que registre su reacción.

Análisis:

Aunque esta técnica produce mediciones muy estables (Daniell y Lewis, 1972), conlleva algunos problemas aún no resueltos del todo, como son la posible confusión por los efectos de la postura y por la presencia de los límites visibles de la silla y el que los Ss no tengan mucha libertad de movimiento para hacer reajustes espaciales.

3.

TECNICAS NO OBSTRUCTORAS

En este caso, los Ss no se percatan de que su conducta espacial está siendo observada, puesto que la medición se hace de manera no obstruitoras.

La suposición que subyace al uso de esta técnica es que la distancia que los Ss mantienen entre sí en sus interacciones cotidianas es óptima y que si estuvieran más cerca, sus espacios personales serían invadidos.

Se ha utilizado esta aproximación tanto en medios naturales como en ambientes estructurados.

a) Estudios en medios naturales.

Es relativamente reciente el estudio del espacio personal en ambientes naturales, aunque, de acuerdo con Altman (1975), existe una fuerte tendencia en el incremento de uso de esta estrategia metodológica.

Se ha empleado en los más diversos medios; en patios de recreo y salones escolares, en hospitales, parques, cafeterías y bibliotecas, en la calle, en zoológicos, etc., registrando a los Ss interactuando de pie o sentados (ej., Baxter, 1970; Dabbs y Stokes, 1975; Jones, 1971; Sommer, 1959, 1962, 1967a).

Algunos estudios usan uno o varios Cs; el E los coloca en pasillos, aceras o hileras de personas, creando situaciones en las que los Ss no se pechan su participación en la investigación. El empleo de Cs elimina muchas variables no controladas, produciendo así datos más confiables.

Análisis:

Algunos de los inconvenientes de esta técnica son: la dificultad para obtener observaciones repetidas, para seleccionar a los Ss y para obtener información sobre sus antecedentes. Los investigadores, sin embargo, han tratado de superar estas dificultades aplicando otras tecnologías, como la fotografía o el cine, o bien, realizando estudios en ambientes estructurados con técnicas no obstructoras.

b) Estudios en ambientes estructurados.

El E también puede obtener mediciones del espacio personal de los Ss en medios artificiales de laboratorio simulando la evaluación de otras variables. En este caso, se han usado marcas sobre la pared, el escritorio o el piso para estimar la distancia (ej., Federsen, 1973b). Recientemente, Barnard (1982) construyó un aparato, la Rejilla de Distancia Interpersonal, con la apariencia de un tapete integrado a la decoración del salón experimental. De acuerdo con su autor, el aparato proporciona una medición exacta no obstructora del espacio personal, ya que puede detectar cambios mínimos en la distancia, siendo además portátil y se opera con baterías.

También pueden obtenerse registros no obstructores en un medio de campo que haya sido adaptado por el E; por ejemplo, Jones y Aiello (1973) modificaron un salón de clases para evaluar el espacio personal de los niños, sin que ellos se dieran cuenta.

B.

VALIDEZ

Y

CONFIABILIDAD

El problema de la validez y confiabilidad de los instrumentos de medición del espacio personal ha preocupado a muchos investigadores de la conducta espacial humana.

VALIDEZ

La cuestión de qué miden en realidad los diversos instrumentos de espacio personal y si son indicadores de una misma dimensión del fenómeno o, por el contrario, evalúan diferentes procesos psicológicos, ha dirigido la realización de varios estudios.

Con el propósito de estimar la validez de las diferentes medidas de espacio personal, los investigadores han tomado a una de ellas como criterio, argumentando su validez de construcción, y la han contrastado con las demás.

Criterio: Técnicas directas.

Knowles y Johnsen (1974)³¹ aseveran que las medidas directas pueden reflejar adecuadamente una preferencia generalizada de espacio personal, puesto que están sujetas a poca influencia situacional, en comparación con las no obstructoras.

Si siguiendo este razonamiento, algunos autores han intentado validar los ~~instrumentos proyectivos, tomando como criterio una técnica directa: la~~ distancia de detenimiento.

Por ejemplo, Haase y Markey (1973) encontraron que la mejor alternativa para tal medida era un procedimiento indirecto elaborado específicamente para su estudio (la preferencia de los Ss por las diferentes distancias mostradas por actores humanos), con una correlación de .75; la técnica de colocación de figuras ocupó un segundo lugar ($r=.56$) y después, las mediciones de papel y lápiz (con correlaciones menores de .45).

Rawls, Trego y McGaffey (1968a)²⁷ encontraron que las medidas proyectivas (de colocación de figuras) tuvieron una validez concurrente de .70 con respecto a la medida directa (aproximación del S a otro individuo), pero la correlación entre ésta y las dos medidas de papel y lápiz que aplicaron (en las que se instruyó a los Ss para que dibujaran un círculo y un cuadrado alrededor de una figura autoreferente indicando la distancia interpersonal preferida), fue muy pobre ($r=.34$).

Así mismo, Pedersen (1973b) y Greenberg, Strube y Myers (1980) reportaron que los puntajes obtenidos por medio de un instrumento de colocación de figuras fueron predictivos de la distancia de detenimiento, aunque las magnitudes de estas correlaciones no fueron altas.

Varios estudios se han ocupado de relacionar una medida de papel y lápiz (la Escala de Distancia Interpersonal Comfortable) con las aproximaciones directas de los Ss a otras personas. Duke y Nowicki (1972) -autores de la escala- y Greenberg et al. (1980) obtuvieron correlaciones substanciales entre estas dos medidas. Slane, Pretuskam y Cheyfitz (1981) indicaron que, aunque también encontraron correlaciones significativas, éstas explicaban sólo una pequeña proporción de la varianza y eran significativas únicamente por el gran tamaño de su muestra.

Tennis y Dabbs (1975), por su parte, encontraron que las respuestas de los Ss a una versión modificada de tal escala no reflejaron los patrones de distanciamiento obtenidos al utilizar la medida directa.

Los hallazgos citados parecen sugerir que existe una cierta correspondencia entre la técnica directa de distancia de detenimiento y la medida proyectiva de colocación de figuras, en tanto que su relación con instrumentos de papel y lápiz, como la Escala de Distancia Interpersonal Comfortable, aún es confusa.

Criterio: Técnica no obstructora.

Slane, Petruskam y Cheyfitz (1981) afirman que, puesto que se define al espacio personal como la distancia que las personas mantienen típicamente entre sí mismas y los demás durante sus interacciones cotidianas, las únicas medidas consistentes con tal definición son las no obstructoras. De acuerdo con ellos, el espacio personal es uno de los pocos conceptos psicosociales que pueden observarse directamente, así que no hay duda de que las técnicas no obstructoras deben ser el criterio contra el cual se comparen todas las otras medidas de espacio personal.

Se han realizado varios estudios que comparan las medidas no obstructoras de espacio personal con técnicas directas y con métodos proyectivos.

Peterson, Roscoe y Draper (1982) evaluaron la distancia y la orientación corporal de niños preescolares a través de video-grabaciones de su conducta usual en un salón de clases y también con la técnica proyectiva de colocación de muñecos en un salón a escala. Obtuvieron correlaciones de .01 a .08 entre ambas medidas.

Love y Aiello (1976)²² observaron no obstructivamente, la distancia a la que interactuaban sus Ss y examinaron su relación con una medida directa (distancia de detenimiento) y dos proyectivas (colocación de muñecos y colocación de figuras). Ni una ni otras mostraron relación significativa con la conducta real, a pesar de que se pidió a los Ss que simplemente replicaran su propia conducta exhibida momentos antes. Similares resultados fueron obtenidos por Knowles y Johnsen (1974)²⁰ y Cronjé y Müller (1976).

Tampoco Slane et al. (1981) encontraron correlaciones significativas entre una medida no obstructora de espacio personal, dos de distancia de detenimiento (el S se aproximaba a otra persona o ésta se le acercaba) y cuatro de papel y lápiz (Escala de Distancia Interpersonal Confortable).

En suma, la asociación entre el uso real del espacio y las medidas directas del espacio personal es débil, y lo es más con respecto a las técnicas proyectivas.

Estos resultados pueden explicar algunos de los hallazgos contradictorios de la investigación en espacio personal y llevan a plantear la necesidad de realizar más investigaciones que incorporen medidas múltiples con el propósito de desarrollar un instrumento de espacio personal aceptado ampliamente como válido.

Entre tanto, será conveniente ser precavidos al efectuar interpretaciones de las conclusiones obtenidas con técnicas proyectivas y directas, dada la mínima convergencia obtenida entre éstas y los procedimientos no obstructivos.

C O N F I A B I L I D A D

Se ha estudiado la confiabilidad de las medidas directas del espacio personal.

La técnica de distancia de detenimiento ha producido índices altos de correlación test-retest (Pedersen, 1973b).

Cozby (1973)⁹ reportó correlaciones de .69 a .90 entre una serie de aproximaciones, aún cuando varió la dirección de los acercamientos y el sexo y rol (estacionario o móvil) de los Ss.

Slane et al. (1981) mostraron correlaciones significativas también para la Escala de Distancia Interpersonal Confortable, una medida proyectiva de papel y lápiz.

Nuevamente destaca la necesidad de llevar a cabo investigación sistemática usando distintas técnicas a fin de entender la compleja naturaleza y las diversas funciones del espacio personal.

Son numerosos los factores que influyen en la conducta de espacio personal.

Entre ellos pueden citarse los relacionados con características individuales (como la edad, el sexo, la personalidad, la cultura), aquéllos que involucran la relación existente entre los interactuantes (como la similaridad, el afecto y el rol que desempeñan), los que tienen que ver con la situación específica en que se encuentra el individuo (condiciones de ansiedad, su actividad y el medio físico) y las características (positivas o negativas) de la persona con quien se interactúa.

Aunque gran parte de la investigación en el área de la conducta espacial se ha enfocado a la determinación de la influencia diferencial de cada una de estas variables sobre la distancia interpersonal y la orientación corporal, existen aún inconsistencias en los hallazgos reportados y, en el caso de muchas de ellas, los datos son tan escasos que es difícil extraer conclusiones sólidas.

A continuación se expondrá la investigación relacionada con cada uno de los tópicos señalados.

A.

FACTORES

INDIVIDUALES

Una de las áreas de estudio más populares en este campo de investigación ha sido aquélla que intenta determinar la relación existente entre diversas características individuales y la conducta de espacio personal.

Los factores individuales que han captado la atención de los investigadores son: la edad, el sexo, algunas características de personalidad, ciertos desórdenes psicológicos y la cultura.

1.

EDAD Y PROCESOS DE DESARROLLO

Varios estudios han indicado que el espacio personal está relacionado con la edad cronológica.

La mayor parte de estos estudios se han interesado en los procesos de desarrollo de la conducta espacial. A este respecto, la investigación se ha dirigido básicamente hacia dos consideraciones:

a) La edad mínima en la que se establece la conducta de espacio personal.

Son pocos los estudios que se han ocupado de determinar el momento en el que los niños empiezan a exhibir preferencias de espacio personal. Duke y Wilson (1973) y Eberts y Lepper (1975) encontraron evidencia conductual de espacio personal en niños de 4 a 5 años de edad, pero otros estudios (Meisels y Guardó, 1969) han encontrado que la manifestación de espacio personal se inicia a una edad posterior.

Sin embargo, a pesar de estas estimaciones contradictorias, se ha afirmado que el aprendizaje del manejo del espacio personal por parte del niño es paralelo a su aprendizaje de otras habilidades sociales, y como tal, principia en cuanto tiene contacto con los demás en diferentes situaciones sociales.

Dado que el aprendizaje de la conducta espacial forma parte del proceso de socialización, parece plausible que los mecanismos de espacio personal se establezcan durante la adolescencia temprana, atendiendo a los eventos físicos e interpersonales concomitantes a este período. Así lo han confirmado los trabajos de Tennis y Dabbs (1975) y de Whalen, Flowers, Fuller y Jernigan (1975), quienes encontraron que alrededor del período de la pubertad se exhiben ya patrones espaciales similares a los de los adultos.

b) El proceso de evolución de los mecanismos de espacio personal.

Se ha reportado muy poca investigación que explore la manera en que cambia la conducta espacial al ir creciendo el niño y, además, estos

pocos estudios muestran resultados antagónicos.

Algunos autores han encontrado que el espacio personal disminuye con la edad, en tanto que otros reportan el efecto contrario.

Meisels y Guardo (1969) administraron técnicas de papel y lápiz a niños y niñas de 8 a 15 años y encontraron que usan menos espacio conforme crecen. Resultados similares obtuvieron Petri y Huggins (1975)²⁵ usando la Escala de Distancia Interpersonal Confortable.

Pedersen (1973a) también aplicó una medida proyectiva de figuras infantiles y adultas, a niños de los seis grados de escuela primaria. Observó una tendencia general descendente en el espacio personal al avanzar del primero al quinto grado.

Otros estudios afirman lo opuesto: los niños más pequeños prefieren menores distancias de interacción en los diversos contextos sociales, sugiriendo que puede explicarse por el desarrollo paralelo de la independencia en el niño.

Bass y Weinstein (1971)⁴ examinaron el espacio personal en niños pequeños (de 5 a 9 años) a través de una técnica directa y concluyeron que la cantidad de espacio que los niños usaban se incrementó con la edad.

Aiello y Aiello (1974) hicieron observaciones no obstructoras del espacio personal de parejas de niños de varias edades que platicaban sobre sus programas favoritos de televisión. Descubrieron que los niños pequeños interactuaban a distancias mucho más cercanas y que su espacio personal aumentaba al ir creciendo, hasta que, alrededor de los doce años, su conducta espacial correspondía a las normas adultas.

En un estudio más comprehensivo, en el que se examinó el efecto de la edad sobre la distancia interpersonal a través de un amplio rango de edad (con Sa de 6 a 19 años), Tennis y Dabbs (1975) encontraron también que los de mayores preferían distancias interpersonales significativamente más grandes que los niños pequeños.

Una explicación inmediata de estos hallazgos contradictorios radica

en la diversidad de las técnicas utilizadas; típicamente, los estudios que reportan una relación inversa entre edad y distancia han utilizado técnicas proyectivas, en tanto que aquéllos que afirman una relación directa entre ambas variables han empleado medidas directas y no obstructoras.

Por otra parte, parece haber una interacción compleja entre la edad y otros factores respecto al uso del espacio personal. Uno de ellos es el sexo de los participantes.

Pedersen (1973a) y Tennis y Dabbs (1975) encontraron que los varones de 6-7 años se acercan más entre sí que sus compañeras, y Whalen et al. (1975) reportaron que tanto unos como otras mantienen distancias menores de sus iguales del mismo sexo que de los del sexo opuesto. Sin embargo, alrededor de los 12-13 años, las mujeres permiten aproximaciones más cercanas de sus compañeros varones que de otras niñas.

Las conclusiones de Meisels y Guardo (1969) son similares: parece haber una intensificación temporal de la cercanía espacial entre los pre-adolescentes del mismo sexo, invirtiéndose esta tendencia al final de tal período.

Este hecho puede reflejar la maduración física y social más temprana de las mujeres en la adolescencia. Podría esperarse que posteriormente los hombres empezaran a mostrar también distancias más pequeñas con respecto a los miembros del sexo opuesto que hacia los de su mismo sexo.

Así, los niños y las niñas aprenden las reglas del distanciamiento interpersonal en diferentes tiempos, una indicación de las diferencias de entrenamiento de rol sexual en la sociedad.

DeLong (1970)¹¹ se ha aproximado a esta área desde el otro extremo de la escala cronológica. Su interés está enfocado en los problemas involucrados en la interacción de personas ancianas con poblaciones más jóvenes en el contexto de medios institucionales.

Aparentemente, el deterioro fisiológico que sufren los ancianos les lleva a depender de claves sensoriales diferentes. Por ejemplo, los ancianos tienden a colocarse cada vez más cerca y en ángulos de orientación menos directos con respecto a las personas con quienes interactúan; los adultos jóvenes podrían interpretar esta conducta como antisocial. Para DeLong (1970)¹¹ esto muestra que al ir aumentando en edad, las personas aprenden a usar el espacio diferentemente, en parte para compensar el decremento en sus habilidades.

Heshka y Nelson (1972) llevaron a cabo un estudio de campo en el que analizaron el uso del espacio personal a lo largo de la mayor parte del continuo de edad, desde los 19 a los 75 años. Midieron no obstructivamente las distancias interpersonales entre díadas durante conversaciones casuales; estas mediciones fueron seguidas por cuestionarios que averiguaban algunas características personales de los Ss. Encontraron una relación curvilínea entre la edad y la distancia, es decir, tanto los grupos de menor como los de mayor edad mantuvieron un espacio más pequeño en sus interacciones que los grupos de edad intermedia; las mayores distancias fueron mantenidas por las parejas de alrededor de 40 años de edad.

Los autores citados (Heshka y Nelson, 1972) consideran que puede construirse una hipótesis plausible para explicar el incremento que ocurre en la distancia interpersonal cuando los individuos se aproximan a la adultez, en términos de los cambios en la conducta de dependencia. Afirman que las grandes necesidades de afiliación y aprobación del niño, le llevan a buscar proximidad física, pero que al ir creciendo, sus agentes socializantes desalientan directamente la cercanía, como parte del proceso de entrenamiento de independencia.

Por otro lado, la creciente dependencia, tanto física como emocional, de los ancianos, podría explicar su preferencia por distancias interpersonales cada vez más pequeñas.

2.

DIFERENCIAS SEXUALES

El sexo de las personas involucradas en la interacción es una variable importante en la determinación de las preferencias de espacio personal.

Sin embargo, generalmente ha ocupado un lugar secundario en la investigación en este campo; la mayoría de los estudios la incluyen como una variable más dentro de otras condiciones. Aún así, se han encontrado diferencias sexuales en el manejo del espacio personal, pero el patrón de resultados es confuso.

Esta inconsistencia puede deberse por una parte, a las diversas aproximaciones metodológicas utilizadas, y por otra, a que muy pocas veces los estudios contienen todas las posibilidades de combinación de sexo: algunos autores trabajan sólo con pares del mismo sexo, otros, con parejas heterosexuales; algunos usan Es o Cs exclusivamente femeninos o exclusivamente masculinos y los más, no reportan, controlan o analizan el efecto del sexo de los Ss, los Es o los Cs.

Bajo tales circunstancias, la mayor parte de las investigaciones que se han ocupado del sexo y su efecto sobre la conducta espacial, han concluido que los hombres tienen zonas de espacio personal mayores que las mujeres, pues ellas tienden a aproximarse más a los otros y permiten mayor cercanía de los demás que los hombres (Sommer, 1959; Willis, 1966; Lott y Sommer, 1967; Pellegrini y Empey, 1970).

Así mismo, se ha reportado que, en general, las personas mantienen mayor distancia con respecto a los hombres que en relación a las mujeres. Por ejemplo, DeJulio y Duffy (1977) encontraron que todos los Ss, independientemente del sexo al que pertenecían, eligieron sentarse más lejos de los Es masculinos que de los femeninos. Hansen y Schuldt (1982) también observaron que el sexo del E hacía variar las respuestas de auto-divulgación de sus Ss: cuando el E era mujer, los Ss respondieron más a una distancia menor, mientras que con un E masculino ocurrió mayor divulgación a mayor distancia.

Sin embargo, las preferencias de espacio personal no dependen únicamente del sexo de uno de los participantes, sino de las combinaciones de sexo de los individuos involucrados.

Al respecto, se ha encontrado que las diadas femeninas típicamente mantienen distancias más cercanas y orientaciones corporales menos directas que las formadas por hombres (Little, 1968; Leibman, 1970; Aiello y Jones,

1971; Barnard y Bell, 1982). Estos resultados se han obtenido en una amplia variedad de situaciones, y podrían interpretarse en el sentido de que reflejan la mayor orientación afiliativa que reciben las mujeres durante su socialización y su mayor experiencia con modalidades íntimas no verbales (Jourard y Rubin, 1968).

Los hallazgos de investigación también sugieren diferencias sexuales en la orientación corporal. Jones (1971) y Shuter (1976) encontraron que las parejas femeninas observadas mientras conversaban de pie, adoptaban ejes de orientación más directos que los pares masculinos. En cambio, en un estudio de las preferencias para sentarse en un restaurante, Cook (1970) observó que las parejas masculinas tendían a elegir posiciones más frontales.

Con respecto a las distancias heterosexuales, los reportes indican que generalmente mantienen distancias menores que las parejas masculinas (Harnett, Bailey y Gibson, 1970; Duke y Nowicki, 1972; Brady y Walker, 1978).

Sin embargo, parece haber excepciones. Hill, Blackham y Rusell (1982) estudiaron el efecto de la relación conyugal sobre el espacio personal. Conjeturaron que las necesidades de espacio personal entre parejas casadas serían relativamente pequeñas, puesto que es socialmente esperado un alto grado de intimidad dentro de las relaciones matrimoniales. También predijeron que el espacio personal sería más grande entre un S. pasado y un extraño del mismo sexo y mayor aún entre un S. casado y un extraño del sexo opuesto (aunque esta combinación representaría una día heterosexual). Los resultados confirmaron estas hipótesis.

Así, las conclusiones sobre la relación 'sexo-espacio personal' se complican andamente cuando se consideran otros factores, como la edad, la composición étnica y cultural, y la calidad de la relación entre los participantes.

La primera interacción ('edad x sexo') ya se abordó anteriormente; las demás serán tratadas en las secciones correspondientes.

CARACTERÍSTICAS DE PERSONALIDAD

Desde los primeros años de la investigación en conducta espacial, algunos autores consideraron razonable esperar una relación estrecha entre la personalidad de un individuo y el manejo que hace de su espacio. Actualmente existe evidencia empírica (aunque aún equívoca) que sugiere que las características de personalidad se reflejan en la manera en que las personas regulan sus límites de espacio personal.

Se ha estudiado la relación entre espacio personal y diversos rasgos de personalidad*. Entre ellos pueden citarse: la ansiedad, la autoestima, el autoritarismo, la estabilidad emocional, el locus de control, la autoaceptación, la introversión-extraversión, la evitación social y la dominancia. Muchas de estas relaciones todavía son indefinidas; por tanto, se expondrán a continuación sólo aquellas que han sido relativamente confirmadas.

a) Ansiedad.

Varios estudios han reportado que las personas propensas a la ansiedad mantienen mayores distancias interpersonales que quienes no lo son. Por ejemplo, Smith (1953, 1954) encontró que los Ss altamente ansiosos colocaban las fotografías de otras personas más alejadas de las de sí mismos que quienes eran menos ansiosos. Hallazgos similares fueron obtenidos por Weinstein (1968) y Patterson (1973b).

Sin embargo, en un reciente estudio, Haynes y Ellington (1982) reportaron resultados contrarios a los que podrían esperarse partiendo de tal conclusión. Después de obtener los puntajes de espacio personal a través de la Escala de Distancia Interpersonal Confortable, los autores usaron un procedimiento de agrupamiento jerárquico para formar grupos de Ss

* Patterson (1974)²⁴ ha argumentado que sería mucho más fructífero estudiar grupos de variables de personalidad y no características aisladas y determinar su relación con una tendencia de aproximación general a las situaciones sociales.

máximamente similares con respecto a las distancias en que permitían que otros se les aproximaran. Encontraron que los Ss con grandes zonas de espacio personal eran más estables emocionalmente (y, curiosamente, también calificaron significativamente más alto en el factor de inteligencia del 16 PF).

b) Extraversión-introversión.

Esta variable de personalidad ha sido frecuentemente explorada en términos de sus implicaciones para el distanciamiento interpersonal. En general, la evidencia indica que los extravertidos (personas cuyos intereses y preocupaciones se encuentran en el mundo que les rodea) poseen zonas de espacio personal más pequeñas que los introvertidos (personas que tienden a replegarse sobre sí mismas y tienen dificultades respecto al contacto social).

Así, Cook (1970) y Patterson y Holmes (1966) encontraron que los extravertidos se sentaban más cerca de los demás en varias situaciones de discusión. Williams (1971)³⁶ observó, en cambio, que los introvertidos manifestaban una preferencia por grandes distancias de interacción, pero cuando colocaban su silla respecto al C durante una conversación, no diferían de los extravertidos en distancia.

Sin embargo, Meisels y Canter (1970) no obtuvieron tal relación en ningún caso.

Un hallazgo relacionado con esta característica, indicó que aquellas personas con alta necesidad afiliativa se sentaron más cerca de un extraño que quienes poseían una baja predisposición al contacto social (Jehrabian y Diamond, 1971).

c) Locus de Control

La aproximación del locus de control explica la orientación (interna o externa) de un individuo, como un reflejo de su aprendizaje pasado con respecto a las causas de los eventos. Los 'internos' perciben los reforzamientos bajo el control del yo, en tanto que los 'externos', los ven

controlados por fuentes externas.

Basándose en la suposición de que existe una relación entre la internalidad-externalidad y la conducta espacial, Duke y Nowicki (1972) encontraron que los 'externos' preferían mayores distancias en sus interacciones con extraños que los 'internos'.

Los autores explican sus resultados indicando que si el aprendizaje de un individuo le ha llevado a creer que tiene control sobre la situación, se sentirá seguro interactuando cercanamente con un extraño, a diferencia de la persona que considera que los eventos son controlados externamente.

d) Imagen corporal.

Algunos autores han afirmado que el espacio personal forma parte de la constelación de la imagen corporal, concepto que se refiere no a las características físicas reales del individuo, sino al grupo actitudinal que éste tiene en relación a su cuerpo.

Horowitz (1966)¹⁰ ha presentado formulaciones que sugieren que la frontera de imagen corporal puede relacionarse con el espacio personal. Una persona que perciba sus fronteras de imagen corporal débiles y permeables, intentará crear las condiciones exteriores que le proporcionen artificialmente un límite sustituto y, por tanto, poseerá una zona mayor de espacio personal.

Aunque Dosey y Meisela (1969) no encontraron relación entre tales variables, Frede, Gautney y Baxter (1968) sí confirmaron esta suposición, pues encontraron que los Ss con límites corporales bien definidos, estuvieron más dispuestos a tener contacto cercano con otros, que aquéllos que tenían barreras de imagen corporal débiles.

e) Autoestima, autoconcepto y autoaceptación.

Frankel y Beuret (1971), empleando la técnica de distancia de determinación, evaluaron el espacio personal de individuos que variaban en autoestima. Observaron que los Ss con alta autoestima permitieron aproximaciones más

cercanas que los Ss de baja autoestima.

Por otra parte, Stratton, Tekippe y Flick (1973) examinaron la relación entre el espacio personal y el autoconcepto (considerado como una evaluación de status con respecto al grupo de pertenencia). Encontraron que los Ss con alto autoconcepto se aproximaron más al E en una tarea de distancia de deteniimiento que quienes tenían un autoconcepto medio o bajo. Las distancias de aproximación variaron más en función del autoconcepto para las mujeres que para los hombres, ya que las mujeres con alto autoconcepto se acercaron más que los hombres con alto autoconcepto, y las mujeres con bajo autoconcepto se aproximaron menos que los hombres con bajo autoconcepto.

Finalmente Eberts (1972)¹⁴ encontró que las personas que tenían puntajes bajos en autoaceptación requerían significativamente mayor espacio cuando un C se les acercaba.

En suma, la evidencia de investigación respecto a la relación entre personalidad y espacio personal indica que los extravertidos, los internos (en cuanto a locus de control), los que tienen límites definidos de imagen corporal, los que poseen una alta autoestima, autoconcepto o autoaceptación, exhiben zonas de espacio personal más pequeñas.

Considerando estos resultados, Altman y Visel (1977) proponen que podrían sintetizarse en términos de poder, control o autoconfianza de los Ss, ya que, de acuerdo con los datos, son las personas que se perciben a sí mismas como poderosas o en una situación de control, quienes muestran distancias interpersonales más pequeñas. Consistentemente con esta aproximación, Booraem y Flowers (1972) encontraron que las personas que habían sido sometidas a un entrenamiento asertivo durante seis semanas, usaron menos espacio y estuvieron dispuestos a mantener distancias más cercanas respecto a los demás que los Ss control que habían sido sometidos a una terapia convencional. Resultados similares obtuvieron Weiskott y Cleland (1977).

DESORDENES PSICOLOGICOS

La relación entre los desórdenes socioemocionales y el espacio personal ha merecido la atención de numerosos autores desde el inicio de la investigación en esta área.

Estos estudios han examinado la hipótesis de que las personas con algún desorden psicológico -desajuste emocional, esquizofrenia, violencia extrema, retraso mental- poseen grandes zonas de espacio personal, pues se asume que su conducta psicosocial desviada debe reflejarse en su comportamiento espacial.

a) Desajuste emocional.

Varios estudios han examinado el efecto que tiene el desajuste emocional sobre la conducta de espacio personal.

Weinstein (1965) aplicó instrumentos proyectivos de espacio personal a niños perturbados emocionalmente residentes de una escuela especial, y a niños 'normales' que asistían a una escuela pública común. Sus resultados indicaron que los niños perturbados colocaron mayor distancia entre las figuras que los niños 'normales'.

También Fisher (1967), trabajando con niños con problemas de ajuste a su grupo escolar, y Newman y Pollack (1973), con adolescentes con problemas de conducta, encontraron que éstos prefirieron distancias interpersonales mayores que sus contrapartes ajustados exitosamente a su medio social.

DeJulio y Duffy (1977) observaron que los Ss que puntuaron alto en neuroticismo seleccionaban asientos más alejados del E que quienes habían obtenido puntajes bajos. Así, las personas con tendencias neuróticas, caracterizadas por sentimientos de inadecuación y ansiedad, colocan mayor distancia física entre sí mismas y los demás, lo que, de acuerdo con Sommer (1959), satisface sus necesidades defensivas al disminuir el impacto de la amenaza externa.

b) Esquizofrenia

Tales resultados se hacen más patentes en los casos extremos de desórdenes de personalidad, en particular en la esquizofrenia. Las personas con tal diagnóstico tienden a exhibir un patrón errático de conducta espacial.

Horowitz, Duff y Stratton (1964) compararon esquizofrénicos hospitalizados con otros grupos. Pidieron a sus Ss que se aproximaran a un C y a un perchero; encontraron que los esquizofrénicos se acercaron más al perchero que al C y que sus distancias de aproximación fueron más variables (se acercaban o se alejaban demasiado). Los autores también administraron una medida de papel y lápiz: los esquizofrénicos dibujaron un círculo más amplio alrededor de una figura autoreferente que los demás grupos.

En un estudio de selección de asiento, Sommer (1959) encontró que, en una mesa de seis sillas, los esquizofrénicos elegían el asiento diagonalmente más distante o el inmediatamente adyacente al C, en tanto que los Ss 'normales' preferían distancias intermedias o asientos en ángulo recto.

La conducta espacial de los esquizofrénicos parece satisfacer sus necesidades de aislamiento y de disminución de la estimulación sensorial (Evans y Howard, 1973).

c) Violencia

En uno de los primeros estudios en su campo, Kinzel (1970) examinó la relación entre la violencia y la sensibilidad a la proximidad física en prisioneros. Seleccionó dos grupos de internos: uno con una marcada historia de agresión y el otro, sin ella. Encontró que los reclusos del primer grupo requirieron casi tres veces más espacio a su alrededor para sentirse cómodos que los no violentos.

Los resultados del estudio de Hildreth, Derogatis y McCusker (1971), en el que los reclusos fueron seleccionados al azar y evaluados en sensibilidad a la cercanía física y en agresividad, confirmaron la conclusión de Kinzel.

(1970) de que los presos violentos tienen una zona corporal tope más grande que los no agresivos, pero no apoyaron aquélla de que los Ss violentos son mucho más sensibles a las aproximaciones por la espalda que los no violentos. Hildreth et al. (1971) encontraron tal sensibilidad tanto en unos como en otros.

Observaciones similares fueron hechas por Roger y Schalekamp (1976) con ex-prisioneros sudafricanos violentos comparados con ex-prisioneros no violentos.

En conclusión, puede afirmarse que los desórdenes psicológicos, en cualquiera de las formas citadas, están asociados con una mayor distancia interpersonal y ángulos de orientación corporal menos directos, o bien, con una mayor variabilidad en la distancia o en la orientación mantenidas con respecto a los demás.

5.

FACTORES CULTURALES

Si se parte del hecho de que las personas pertenecientes a culturas o subculturas distintas poseen experiencias de aprendizaje diferentes, cabría esperar variaciones en la conducta espacial, tanto a nivel transcultural como entre grupos subculturales dentro de una misma cultura.

a) Culturas.

Las observaciones antropológicas de Hall (1966) le llevaron a concluir que las pautas y costumbres culturales se reflejan en el uso del espacio y que las diferentes culturas podrían ubicarse en una dimensión de normas de contacto alto-bajo con respecto a la conducta pública. Describió a las naciones mediterráneas, latinoamericanas y de Medio Oriente como "culturas de contacto" —pues usan distancias de interacción muy cercanas—, y a las del Norte de América y de Europa Occidental, como "culturas de no contacto" —ya que son reservados en sus ob-

municaciones interpersonales.

Partiendo de las nociones de Hall, algunos investigadores han llevado a cabo estudios estructurados con el propósito de someter a prueba tales supuestos. Sin embargo, los hallazgos aún son escasos y contradictorios.*

Watson y Graves (1966) compararon el comportamiento espacial de estudiantes árabes y americanos que participaban en grupos de discusión. Encontraron que los árabes exhibieron una orientación corporal más directa, mantuvieron menos distancia uno del otro, tuvieron más contacto físico y visual y hablaron más fuerte que los americanos.

Empleando la técnica de colocación de figuras, Little (1968) también reportó diferencias entre culturas de contacto y culturas de no contacto. Encontró que los italianos y griegos mostraron distancias interfigura más cercanas, en tanto que los suecos y escoceses exhibieron distancias mayores; los norteamericanos dieron respuestas intermedias.

Sommer (1968)³⁹ solicitó, mediante un cuestionario, a estudiantes americanos, ingleses, suecos, alemanes y pakistaníes, que evaluaran en cuanto a intimidad, diversas configuraciones de asientos en una mesa (en ángulo recto, adyacentes u opuestos). Aunque todos los grupos consideraron a los asientos adyacentes como los más íntimos, los alemanes, a diferencia de los americanos, ingleses y suecos, evaluaron los asientos en ángulo recto como menos íntimos; los pakistaníes percibieron como notablemente menos alejados los asientos opuestos.

Sussman y Rosenfeld (1982) observaron la distancia adoptada por estudiantes norteamericanos, venezolanos y japoneses mientras conversaban. Encontraron que los venezolanos -representantes de las supuestas culturas de contacto latinoamericanas- mantuvieron distancias significativamente más cercanas que los japoneses -miembros de una cultura considerada de bajo contacto. Los norteamericanos fueron intermedios.

Watson (1970)³⁵ reportó también estas diferencias entre norteamericanos

*Para una revisión detallada de la literatura relacionada con las diferencias culturales en el uso del espacio, consúltese a Aiello y Thompson, 1980.

y latinoamericanos, pero Fortson y Larson (1968) encontraron patrones de distanciamiento similares entre unos y otros, aunque mayor variabilidad entre los latinoamericanos.

En general, los estudios citados se han efectuado con la participación de Ss que residían en un país extranjero en el momento del estudio. Por tanto, de acuerdo con Aiello y Thompson (1980), debe tenerse mucho cuidado en cuanto a las generalizaciones que parten de datos recolectados con Ss de esta categoría, pues pueden diferir de sus compatriotas en diversos factores, como en experiencia y educación.

Algunos autores se han preocupado por esta variable y, para controlar sus efectos, han estudiado el distanciamiento interpersonal y el ángulo de orientación corporal de los individuos dentro de su propia cultura. Por ejemplo, Shuter (1976) condujo un estudio de campo en tres ciudades de América Latina -San José, Panamá y Bogotá- con el propósito de examinar si los latinoamericanos (a quienes los investigadores en proxémica han considerado pertenecientes a una gran cultura de contacto) observan en realidad un comportamiento espacial similar, independientemente de su nacionalidad. Sus resultados mostraron que Costa Rica y Colombia difieren significativamente entre sí, en términos de distancia y orientación corporal: los interactuantes costarricenses conversan más cerca entre sí y con ejes de orientación más directos que los colombianos; los panameños muestran distancias y orientaciones intermedias. Parece ser que las culturas centroamericanas prefieren un alto involucramiento en sus interacciones, en tanto que las sudamericanas se preocupan por mantener una mayor distancia interpersonal en las situaciones públicas.

En un estudio de laboratorio, Noesjirwan (1978) registró los patrones proxémicos de indoneses y de australianos en sus propios países. Encontró que los indoneses (descritos como pertenecientes a una cultura de contacto) usaron distancias interpersonales más pequeñas y ángulos menos directos de orientación corporal, en comparación con los australianos (cultura de no contacto).

Mazar (1977) también estudió a miembros de culturas de contacto (España y Marruecos) y de no contacto (Estados Unidos). Observó a pares de

extraños en una situación similar en cada país: sentados en una banca pública. No encontró apoyo para la afirmación de que los árabes y los españoles mantienen distancias interpersonales más pequeñas que los norteamericanos, pues en todos los países los Ss tendieron a sentarse en los extremos opuestos de la banca. Por tanto, concluyó que, bajo ciertas restricciones físicas (la longitud y forma de las bancas), el patrón de espacio personal de extraños que interactúan es similar a través de las culturas.

Otro problema relacionado con el hecho de que los miembros de distintas culturas se estudiaran en un país extranjero es que muy probablemente su conducta espacial ha sido influida por las normas de la cultura en la que han residido por tiempo indefinido.

A fin de determinar los efectos de la aculturación (proceso que se describe como la transición de una estructura cultural a otra, por medio de la adopción de la forma dominante) sobre la conducta de espacio personal, Roger y Mjoli (1976) compararon dos grupos de Ss africanos que habitaban una misma área geográfica pero que diferían en el grado de aculturación a las normas occidentales. Encontraron que los grupos no aculturados mostraron distancias significativamente mayores y ángulos de orientación menos directos que los aculturados. Reportaron también una interacción 'aculturación-estatus': los aculturados colocaron a la cultura auto-referente más lejos de la que representaba al jefe, mientras que los no aculturados se colocaban más lejos del jefe.

Engbretson y Fuller (1970)¹⁵ observaron, mediante un instrumento proyectivo, el distanciamiento interpersonal de nativos japoneses, japoneses hawaianos y americanos caucásicos. Obtuvieron diferencias significativas entre los primeros y los segundos, pero no entre éstos y los norteamericanos. Aparentemente, estos hallazgos de cambios en la conducta de espacio personal, indican una transición cultural japonesa-norteamericana.

El estudio de Sussman y Rosenfeld (1982) aporta más información a este respecto por su análisis del efecto de la interacción cultura-idioma sobre el espacio personal. Observaron a estudiantes venezolanos, norteamericanos y japoneses mientras conversaban y encontraron que cuando los Ss extranjeros hablaban en inglés, usaron distancias similares a

las empleadas por los norteamericanos; en cambio, cuando hablaban sus lenguas nativas, los venezolanos se sentaron más cerca y los japoneses más lejos. Los autores afirman que el uso de un idioma extranjero evoca en quien lo habla un conjunto de conductas apropiadas culturalmente, entre las que se encuentra la distancia interpersonal y el ángulo de orientación corporal.

b) Subculturas

En los Estados Unidos, el interés de los investigadores se ha enfocado también a la búsqueda de estilos diferentes en el uso del espacio personal entre diversas subculturas, como blancos, negros, mexico-americanos y puertorriqueños.

En general, hay evidencia de que los grupos subculturales tienden a interactuar entre sí en distancias más pequeñas que con extraños, pero aún son inconsistentes los hallazgos sobre el rango de distancias que adoptan los miembros de subculturas diferentes cuando interactúan.

Willis (1966) reportó que los negros mantienen distancias de conversación mayores que los blancos.

Confirmando los hallazgos de Willis (1966), Baxter (1970) llevó a cabo un estudio en un zoológico y encontró que los mexico-americanos se acercaban más entre sí, los blancos eran intermedios y los negros eran más distantes. Reportó también una variación de la conducta de espacio personal de acuerdo con el ambiente: los mexico-americanos interactuaron más cercanamente en ambientes exteriores y los negros, en interiores.

Jones (1971) tomó fotografías de parejas de negros, puertorriqueños, italianos y chinos interactuando en varios barrios de Nueva York. No obtuvo diferencias en la distancia o el ángulo de orientación entre los diferentes grupos.

Estos resultados contradictorios, con frecuencia se complican aún más con interacciones estadísticas que involucran, entre otros factores, al sexo y a la condición socio-económica.

Con respecto a la relación entre sexo y factores étnicos con el espacio personal, Jones y Aiello (1973), en un estudio con niños escolares, en contraron que las niñas negras se acercaban más entre sí que las blancas, siendo intermedios los varones de ambos grupos étnicos.

En otro estudio de su línea de investigación, Aiello y Jones (1971) ob tuvieron diferencias entre niñas y niños blancos, pero no en puertorri~~queños~~ queños y negros.

Baxter (1970) reportó patrones similares de espaciamento para las pare jas de negros y las de blancos: las díadas hombre-mujer interactuaron más cerca, seguidas por las femeninas y finalmente por las masculinas. Sin embargo, en los mexico-americanos fueron las parejas femeninas las que interactuaron más cerca.

Por otro lado, se ha sugerido que el factor que realmente explica las diferencias (y similitudes) encontradas entre las diferentes subcultu~~ras~~ ras en cuanto a la conducta espacial es el nivel socio-económico, ya que, aunque los miembros de una subcultura determinada pueden variar grandemente en sus condiciones de vida, los miembros de un grupo económico tienden a vivir bajo condiciones relativamente similares.

Para probar esta hipótesis, Scherer (1974) observó a niños en sus pa~~tios~~ tios de recreo. En el primero de dos estudios, comparó a niños negros y blancos de nivel socioeconómico bajo y no encontró diferencias en sus distancias de interacción. En el segundo estudio, hubo niños de dos cla~~ses~~ ses socio-económicas (media y baja) y de ambos grupos étnicos; los resultados indicaron que los niños blancos y negros de clase media usaron distancias de interacción similares, pero mayores que los de cla~~se~~ se baja.

B.

FACTORES

INTERPERSONALES

Una de las áreas más populares de la investigación en espacio personal es aquella en la que se intenta determinar el impacto de diferentes tipos de vínculos sociales sobre la conducta espacial.

Se han explorado varias facetas de las relaciones interpersonales: la similaridad percibida entre los participantes, las relaciones afectivas que mantienen y los roles sociales que desempeñan.

1.

SIMILARIDAD

Varios estudios han mostrado que la similaridad percibida entre los participantes les lleva a mantener distancias cercanas en sus interacciones.

Byrne, Ervin y Lambert (1970) evaluaron diversos rasgos de personalidad de estudiantes hombres y mujeres. De acuerdo con estos datos, formaron parejas heterosexuales similares o disimilares, que enviaron a "tomar un refresco". A su regreso, el E midió la distancia que mantenían entre sí al pararse frente a su escritorio. Los resultados indicaron que las parejas similares se acercaron más que las disimilares.

En un estudio proyectivo, Little, Uleha y Henderson (1968) encontraron que las figuras descritas como sustentadoras de opiniones políticas afines, fueron colocadas más cercanamente que aquellas con opiniones divergentes.

Allgeier y Byrne (1973) mostraron también que las necesidades de espacio personal de un individuo con respecto a un extraño, se reducen cuando éste posee actitudes similares a las suyas.

Además de la afinidad en personalidad, opiniones y actitudes, la similaridad en otras dimensiones se asocia con zonas de espacio personal más pequeñas. Por ejemplo, se ha encontrado que los individuos similares en

edad (Willis, 1966), raza (Campbell, Kruskal y Wallace, 1966) y status (Lott y Sommer, 1967), mantienen distancias más pequeñas en sus interacciones que quienes no son semejantes.

Puede derivarse una posible explicación para esta relación entre similitud y espacio personal de los hallazgos de Byrne (1971), que indican que, generalmente, las personas anticipan interacciones favorables con quienes son similares a ellas. Por tanto, puede esperarse que la percepción de similitud lleva a un individuo a estar más dispuesto a interactuar cercanamente, pues sentirá una menor posibilidad de amenaza.

2.

RELACIONES AFECTIVAS

Existe abundante evidencia empírica que apoya una relación inversa entre conocimiento, atracción o afecto y distancia interpersonal.

Una de las primeras investigaciones efectuadas con el propósito de determinar si la relación afectiva entre las partes interactuantes tiene influencia sobre los límites de espacio personal, fue la realizada por Little en 1965. El autor atribuyó a figuras (en el Estudio 1) y a actrices (en el Estudio 2) diferente grado de involucramiento -extraños, conocidos casuales y amigos cercanos- y pidió a sus Ss que las arreglaran de acuerdo con tales criterios. Sus resultados indicaron que el conocimiento atribuido a las figuras y a las actrices participantes en la interacción diádica, afectó la distancia asignada, esto es, aquellas descritas como amigas fueron colocadas con menor distancia entre sí, y las extrañas, con mayor distancia.

Kleck (1967) examinó los errores cometidos por los Ss al reconstruir la distancia original entre fotografías auto-referentes y de otras personas, en función de la relación afectiva existente entre ellos. Encontró que los Ss colocaban más cerca de su fotografía la de las personas que les agradaban y más lejos las de aquellas que les eran desagradables.

Gurwitsch (1969) examinó si esta relación obtenida con Ss adultos es adop-

tada también por los niños. Sus resultados indicaron que los niños entre los 11 y los 12 años asumen ya una correlación entre cercanía interpersonal y proximidad física. Hallazgos similares fueron reportados por Guardo y Meisels (1971b) y Bass y Weinstein (1971)⁴ quienes usaron también técnicas de colocación de figuras.

Otros investigadores (Duke y Nowicki, 1972; Leventhal, Maturro y Schanerman, 1978; Haynes y Ellington, 1982) midieron el espacio personal mediante la Escala de Distancia Interpersonal Comfortable y obtuvieron que los Ss permitían aproximarse más cercanamente a sus amigos que a extraños.

Willis (1960) empleó una técnica más directa. Instruyó a 40 estudiantes experimentadores para que registraran la distancia a la que conversan con extraños, conocidos, amigos y amigos cercanos en sus interacciones cotidianas. Sus resultados indicaron que las relaciones entre las personas ^{se} reflejan en el uso que hacen del espacio.

Las investigaciones citadas hasta aquí sólo han inferido los vínculos existentes entre los interactuantes. Otros estudios han determinado el contenido real de la relación entre los Ss o, incluso, la han manipulado.

Por ejemplo, King (1966) estudió las interacciones amigables y no amigables ocurridas entre niños pequeños y su efecto sobre sus relaciones espaciales. Encontró una fuerte relación entre el porcentaje de conductas amigables ejecutadas por un niño con respecto a otro durante el juego libre y la distancia que el segundo niño mantenía con respecto al primero.

Aiello y Cooper (1979)¹ variaron el nivel de afecto (positivo y negativo) involucrado en las interacciones de niños de diversas edades. Encontraron que a los diez años, los niños mantenían ya la distancia que reflejaba sus sentimientos respecto al otro: aquéllos que se atraían mutuamente se paraban más cerca y adoptaban ángulos de orientación corporal menos directos, que quienes se desagradaban.

Con el propósito de controlar la interacción de los participantes, Re-

dersen y Shears (1974) sometieron a sus Ss a uno de tres tratamientos que diferían en la oportunidad que les daba para conocerse: confinamiento (situación no estructurada en la que los Ss permanecían juntos en un cubículo), juego (situación competitiva de juego interpersonal) y control (los Ss eran separados). Los dos tratamientos que implicaron interacción produjeron situaciones similares: el espacio personal se redujo del pre- al post-test. Este no fue el caso en la condición control.

Eberts y Lepper (1975) concluyeron también que las necesidades de espacio personal se reducen en los Ss que están comprometidos en una interacción social.

Rosenfeld (1965) pidió a sus Ss que intentaran ganarse o evitar la aprobación de un C. En la condición de aprobación encontró que los Ss, además de sonreír, mostrar contacto visual y usar gestos positivos, colocaron sus sillas más cerca del C.

En suma, la relación inversa entre afecto y distancia interpersonal ha sido confirmada consistentemente, a través del uso de diferentes técnicas y en diversos ambientes.

Interacción 'Relaciones Afectivas X Sexo':

Numerosos estudios han revelado que la compleja relación entre afecto y espacio personal depende, en gran medida, del sexo de los participantes en la interacción.

En conjunto, la evidencia muestra que el efecto de la atracción sobre el espacio personal es mayor para las mujeres; los varones tienden a mostrar una conducta espacial similar con amigos, conocidos y extraños.

En un estudio con una muestra predominantemente femenina, Haynes y Ellington (1982) encontraron que los Ss permitieron que se les aproximaran más sus amigas, después sus amigos, en seguida extraños del mismo sexo y, finalmente, los extraños del sexo opuesto. En cambio, en un estudio efectuado sólo con hombres, los Ss no usaron una distancia diferente cuando se aproximaron a extraños o amigos (Naus y Eckensore, 1974).

Utilizando un instrumento proyectivo, Guardo (1969) encontró que las niñas colocaron menos distancia entre una figura auto-referente y la que representaba a su mejor amiga; los niños, en cambio, mostraron menor distancia inter-figura en situaciones de afecto negativo (ej., con un compañero a quien temían). Estos hallazgos fueron replicados por Meisels y Guardo (1969) y Hayes y Siders (1977).

En una investigación de campo, Heshka y Nelson (1972) fotografiaron parejas de adultos mientras conversaban en la calle y, con esa base, estimaron la distancia entre los interactuantes. Después de tomar la fotografía, el E se acercaba a los Ss y les pedía que indicaran el tipo de relación que mantenían. Observaron una relación inversa entre el vínculo afectivo y la distancia interpersonal, pero sólo para las parejas femeninas o heterosexuales; la distancia entre las parejas hombre-hombre no cambió en función de la relación personal entre ellos.

Sin embargo, los resultados de López Flores (1979), obtenidos con una muestra de estudiantes mexicanos, contradicen estas conclusiones. Con base en las respuestas de los Ss a un instrumento sociométrico, el autor formó dos grupos (uno de mujeres y otro de hombres) cuyos miembros mantenían relaciones de atracción y dos grupos con relaciones de rechazo. Encontró que, aunque en general las mujeres mantuvieron distancias más cercanas que los hombres, no hubo diferencias significativas entre los dos grupos femeninos (el de relaciones de atracción y el de relaciones de rechazo). Sin embargo, la relación afectiva sí hizo variar la distancia interpersonal en los grupos masculinos: los miembros del grupo de atracción (o positivo) se mantuvieron más cerca que los del grupo de rechazo (o negativo).

Estos hallazgos contradictorios podrían explicarse parcialmente por dos cuestiones metodológicas: primero, no se obtuvo un puntaje individual de espacio personal, sino que se promediaron las distancias de los miembros del grupo respecto a todos los demás y, segundo, debido a la falta de disponibilidad de Ss, no hubo seguridad de que los grupos negativos estuvieran formados sólo por miembros que se rechazaban.

A diferencia de la distancia interpersonal, el ángulo de orientación corporal como componente del espacio personal, ha recibido poca atención de

quienes investigan el efecto de la interacción 'afecto X sexo' sobre el espacio personal. A este respecto, Mehrabian (1968) reportó que las mujeres mantenían una orientación más directa en relación a un C neutral, moderadamente directa con un C por quien sentían simpatía y menos directa con un C que les era desagradable. Los datos masculinos mostraron una orientación similar (moderadamente directa) ante Cs neutrales y desagradables, pero menos directa con C agradables.

En cambio, Byrne, Baskett y Hodges (1971)⁷ encontraron que mientras los hombres prefirieron interactuar cara a cara con quienes les eran agradables, las mujeres, en situaciones similares, prefirieron ángulos de orientación corporal menos directos.

Una posible explicación de que la relación entre atracción y proximidad física se mantenga sólo para las mujeres, puede derivarse del proceso de socialización diferencial para hombres y para mujeres.

Según Bell et al. (1978, p. 150), los hombres, a quienes se les socializa para que sean independientes y con autoconfianza y para que teman a involucramientos homosexuales, se encuentran en una situación ambivalente cuando interactúan muy cercanamente con mujeres u hombres que les son agradables; con mujeres, la proximidad física puede evocar inquietud respecto a la dependencia, y con hombres, acerca de la homosexualidad. Las mujeres, en cambio, aprenden que deben ser dependientes y a no temer la intimidad con los miembros de su mismo sexo y, en general, a sentirse a gusto en situaciones afiliativas. Por tanto, tienen menos dificultad para responder en términos espaciales a quienes les son simpáticos.

Por otro lado, el que los hombres usen menos distancia que las mujeres en situaciones de afecto negativo, podría explicarse también por las expectativas sociales relacionadas con el rol sexual. Se espera que los hombres sean más agresivos y muestren menos ansiedad ante situaciones amenazantes, en tanto que se enseña a las mujeres a ser pasivas y temerosas; en consecuencia, interpondrán más distancia cuando interactúan con extraños o en situación aversivas.

En conclusión, los datos sugieren que las mujeres, en comparación con los hombres, manipulan más el espacio para controlar sus relaciones sociales.

ROLES SOCIALES

Algunos estudios han enfatizado la influencia del status en la conducta espacial y han demostrado que la distancia entre los interactuantes está relacionada con el rol que desempeñan.

Hay evidencia que sugiere que los individuos que poseen un alto status (que se encuentran en un rol dominante) usan distancias de interacción más pequeñas que los otros miembros del grupo.

Roger (1976) llevó a cabo un estudio de laboratorio en el que utilizó medidas de colocación de muñecos y de distancia de detenimiento. Encontró que los puntajes de espacio personal de los líderes fueron significativamente más pequeños que los de los no líderes.

En una investigación posterior, Roger y Reid (1978) examinaron el efecto de la diferenciación del rol sobre el espacio personal en reclutas de la marina. Los autores trabajaron con grupos de 4 Ss -líder, no líder y dos miembros comunes- y midieron las distancias entre las sillas que habían ocupado durante la tarea de solución de problemas. Los líderes ocuparon las áreas más pequeñas.

Los resultados del estudio de McKenzie y Strong (1981), efectuado con miembros del servicio de policía, apoyaron sólo parcialmente esta conclusión, pues observaron que se aplica únicamente cuando los líderes interactúan con personas de status similar o superior al suyo.

Por otro lado, se ha encontrado que los individuos que ocupan un rol de subordinados prefieren una mayor distancia cuando interactúan con quienes poseen un status más alto.

A este respecto, Engebretson y Fullmer (1970)¹⁵ reportaron que sus Ss hicieron colocaciones más distantes entre una figura auto-referente y una que representaba a una autoridad, que en relación a sus iguales.

Dean, Willis y Hewitt (1975) examinaron el espacio personal de miembros de la marina de diferentes rangos. Encontraron que, al iniciar una in-

teracción, los Ss se paraban más lejos de los oficiales superiores que de sus iguales^o subordinados.

En la investigación de Roger y Reid (1978), descrita anteriormente, los no líderes ocuparon las áreas más grandes y tendieron a aislarse de un subgrupo formado por el líder y uno de los miembros comunes.

Los hallazgos respecto al status y al ángulo de orientación son equívocos. Edward (1973) encontró que las personas de alto status adoptan ángulos de orientación corporal más directos en sus interacciones; sin embargo, Roger y Mjoli (1976) obtuvieron diferencias de orientación insignificantes entre quienes discrepaban en status.

Una de las implicaciones de estos hallazgos es que la distancia parece ser un indicador más poderoso de las diferencias de status que el ángulo de orientación corporal.

En suma, los resultados reportados indican que los individuos de alto status, quienes ejercen un mayor control sobre la situación, poseen zonas de espacio personal más pequeñas que los demás.

C.

FACTORES

SITUACIONALES

Las variaciones en la conducta espacial no están determinadas únicamente por factores individuales o interpersonales, sino que dependen también de variables situacionales.

Entre éstas se han examinado: las condiciones de ansiedad, la actividad que realizan los interactuantes, sus experiencias demográficas y el medio físico en el que se encuentran.



SITUACIONES DE ANSIEDAD

Varios investigadores han propuesto que la calidad afectiva de las situaciones en las que ocurre la interacción afecta el tamaño del espacio personal. Al respecto se ha observado que, generalmente, las situaciones de tono negativo precipitan zonas espaciales más grandes.

En su estudio, Karabenick y Meisels (1972) encontraron que los Ss mantenían distancias mayores en relación a un C cuando se les dijo que su ejecución en una tarea no había sido buena, y menores cuando recibieron retroalimentación positiva.

En otro experimento (Dosey y Meisels, 1969), se indujo ansiedad en los Ss al indicarles que se estaba evaluando su atractivo físico y sexual. La predicción de que la ansiedad incrementaría el uso del espacio fue claramente apoyada: los grupos de la condición de ansiedad permanecieron a mayor distancia que los de no ansiedad.

Brady y Walker (1978) investigaron también los efectos de la ansiedad inducida situacionalmente sobre la distancia interpersonal. En la situación de alertamiento de la ansiedad, se pidió a los Ss que discutieran un incidente interesante mientras su competencia social era evaluada desde el otro lado de una cámara de Gesell. Se encontró un incremento significativo de la distancia interpersonal en esta situación en comparación con la situación de baja ansiedad.

En contraste con estas conclusiones, Meisels y Dosey (1971) reportaron que los Ss a quienes se produjo cólera a través de insultos personales mostraron distancias de interacción más pequeñas que los Ss no encolerizados. Los autores conjeturaron que tal aproximación facilita la comunicación de la cólera y tiene un significado de venganza. Sin embargo, el efecto de la ansiedad en realidad pudo haber sido oscurecido por la posición fija de las sillas en la situación experimental, lo que limitó las respuestas de espaciamiento de los Ss.

Por otro lado, hay un creciente cuerpo de literatura indicando que el hacinamiento evocado por proximidad física, implica una situación de ansiedad. Se ha sugerido que los efectos diferenciales de tal situación

puede explicarse parcialmente por las diferencias individuales en los límites de espacio personal; así, los Ss con preferencias individuales de espacio personal lejano, que característicamente intentan mantenerse alejados de los demás, experimentarán mayor alertamiento en un ambiente hacinado —con indicaciones fisiológicas, conductuales y subjetivas de incomodidad—, en comparación con aquéllos que prefieren una distancia interpersonal cercana (Dooley, 1975¹²; Rawls, Trego, McGaffey y Rawls, 1972; Aiello, DeRisi, Epstein y Karlin, 1977).

2.

ACTIVIDAD

El espacio personal también es afectado por la naturaleza de las actividades en las que están comprometidos los interactuantes. Así, tanto la distancia interpersonal como el ángulo de orientación corporal, serán diferentes si las personas mantienen una conversación casual, se encuentran realizando una tarea cooperativa o están compitiendo.

En uno de los primeros estudios en esta área, Sommer (1962) exploró los límites espaciales dentro de los que ocurre una conversación confortable. Colocó dos sofás uno frente al otro —proporcionando así a los Ss la posibilidad de sentarse cara a cara o lado a lado— y varió sistemáticamente la distancia entre tales muebles. Sus resultados indicaron que cuando la distancia entre los sofás era menor de 1.05 m se prefería conversar cara a cara; más allá de esta distancia, los Ss se sentaban contiguos en el mismo sillón.

Este estudio fue replicado subsecuentemente por Canter (1974), quien obtuvo límites de 96.5 cm para la conversación frente a frente.

Los resultados de Mehrabian y Diamond (1971) apoyaron este hallazgo, pues indicaron que las orientaciones de 180° son claramente perjudiciales para la conversación.

En otro estudio, Sommer (1965) observó la orientación corporal de los individuos que se encontraban en situaciones de cooperación y de competencia. Encontró que los individuos que estaban cooperando se sentaban uno al la-

do del otro, es tanto que los que se encontraban compitiendo preferían sentarse frente a frente.

Por ejemplo, Buscio y Sommer (1967)²³ encontraron que los Ss (niños y estudiantes preuniversitarios) que anticipaban una competencia se sentaron más distantes que los que esperaban una interacción cooperativa. Resultados similares obtuvieron Batchelor y Goethals (1972) y Gordon, Kaplan, Finestone y Cowan (1973).

3.

EXPERIENCIAS DEMOGRÁFICAS

La noción de que las experiencias respecto a la proximidad física afectan las preferencias de espacio personal, aunque sugerente, ha sido poco estudiada. Sin embargo, existe alguna evidencia de que la densidad de la casa y el número de hermanos tienen influencia sobre el comportamiento espacial.

Por ejemplo, con una muestra de mujeres estudiantes, Cozby (1978)⁹ encontró que la densidad de la casa de las Ss (número de cuartos por persona) se correlacionaba con el tamaño de su espacio personal.

Los resultados de Haynes y Ellington (1982) mostraron que quienes habían experimentado una mayor densidad en su casa mostraban una zona intermedia de espacio personal, en tanto que quienes tenían experiencia con un menor número de residentes en su casa, tenían o zonas pequeñas o zonas grandes de espacio personal.

Algunos autores han mostrado una correlación positiva entre el espacio personal y el número de hermanos: los mayores requerimientos de espacio personal se asocian con un mayor número de hermanos (Pawls, Trego y McGaffey, 1968b²⁸; Booraem, Flowers, Bodner y Satterfield, 1977). Haynes y Ellington (1982) reportaron, en cambio, una interacción 'número de hermanos X sexo': mientras más hermanos menores tenía un S, permitía que amigos del mismo sexo se acercaran más, y mientras más hermanos mayores tenía, más lejos mantenía a los amigos del sexo opuesto.

MEDIO FISICO

El ambiente físico es otro factor que influye en la conducta de espacio personal. Se ha mostrado que varias características arquitectónicas de las habitaciones, la ubicación del individuo en áreas exteriores o interiores y su posición dentro del salón experimental, afectan el espaciamiento interpersonal.

Cochran y Urbančeyk (1982) manipularon la altura del techo del cuarto experimental y midieron, a través de la técnica de distancia de detenimiento, los requerimientos horizontales de espacio personal. Al reducirse la distancia entre el techo y la cabeza (condición de techo bajo), los Ss, independientemente de su sexo y de su estatura, requirieron más espacio personal para sentirse cómodos.

White (1975) reportó que el espacio personal se incrementaba al reducirse el tamaño del cuarto y viceversa.

Little (1965) estudió la influencia del ambiente físico particular (exterior o interior) sobre el comportamiento espacial. Instruyó a los Ss para que colocaran a dos actrices una frente a la otra, imaginándose que se encontraban en diferentes ambientes: la sala de espera de una oficina, la esquina de una calle, el lobby de un edificio público y un lugar indefinido, simplemente llamado "el campus". Las distancias máximas ocurrieron en la sala de espera de una oficina y aunque las mínimas variaron, se observó una tendencia que sugiere que la esquina de una calle o un ambiente exterior similar, evocó las distancias de interacción más cercanas.

Jxter (1970) obtuvo una interacción 'medio físico X subcultura': los grupos blancos tendieron a interactuar consistentemente en ambientes exteriores e interiores; en cambio, los mexico-americanos se acercaron más cuando interactuaron en exteriores, mientras que los grupos negros se mantuvieron más cerca en interiores.

Con respecto a la posición del individuo en una habitación, Dabbs, Fullan y Carr (1973)¹⁰ encontraron que los Ss que estaban en una esquina

del salón experimental mantenían mayores distancias interpersonales cuando se les acercaba otro S en comparación con aquéllos que se encontraban en el centro del mismo. Los resultados de Tennis y Dabbs (1975) revelaron también las preferencias de los Ss por distancias mayores en la esquina que en el centro.

D.

C A R A C T E R I S T I C A S D E L A P E R S O N A - E S T I M U L O

El espacio personal es afectado por las características de ambos participantes en la interacción social, y no sólo por las del actor, ya que los individuos se acercan más a unas personas y se alejan de otras, dependiendo de los rasgos particulares que éstas posean.

1.

P E R S O N A S C O N A T R I B U T O S N E G A T I V O S

Hay evidencia que indica que las personas usan su espacio personal para controlar su interacción con individuos que tienen algún estigma, ya sea visible (por ejemplo, obesidad, amputación de un miembro u otra incapacidad física) o conocido indirectamente (como epilepsia, una enfermedad mental, homosexualidad o drogadicción).

La investigación de Kleck, Buck, Goller, Condon, Pfeiffer y Vukcevic (1968) ilustra el efecto del estigma sobre la conducta espacial. En una entrevista pre-experimental, se hizo creer a los Ss que un C tenía epilepsia. Posteriormente, ellos tenían que elegir un asiento entre varios colocados a diferentes distancias del C. Los Ss mantuvieron mayores distancias con respecto al C que creyeron epiléptico que en relación al C control. Además, en una tarea de colocación de figuras, los Ss asignaron más distancia entre una figura auto-referente y aquellas que representaban a individuos con un estigma no visible (epilépticos y pacien-

tos mentales) que en relación a los que poseían un estigma observable a simple vista (amputados).

En un estudio de campo, llevado a cabo en el vestíbulo de un aeropuerto, Worthington (1974) midió el espacio personal y el tiempo de un encuentro entre los Ss -elegidos entre quienes pasaban- y un C normal o uno que simulaba un estigma (se encontraba sentado en una silla de ruedas y tenía inserto en una fosa nasal un tubo que terminaba bajo su solapa). El espacio personal fue significativamente mayor con respecto al C con el estigma visible en comparación con el normal, pero la cantidad de tiempo pasado en el encuentro no fue diferente, lo cual indica, según la autora, que los Ss estuvieron igualmente dispuestos a ayudar, pero no querían contagiarse de cualquier cosa que tuviera el C estigmatizado.

Wolfgang y Wolfgang (1971) aplicaron la técnica de colocación de figuras a estudiantes universitarios y obtuvieron resultados similares: los Ss se colocaron significativamente más lejos de los drogadictos, homosexuales y personas obesas que de sus iguales 'normales'.

Los resultados del estudio de Lerner (1973) mostraron que también los niños de 6 a 8 años responden con mayor distancia ante figuras obesas que ante delgadas.

Recientemente, se ha puesto atención a la conducta de distanciamiento interpersonal de quienes se encuentran en compañía de alguien que fuma. Kunzendorf y Denny (1982) encontraron que los Ss examinados con una medida de distancia de deteniimiento, se mantuvieron más alejados de un C que fumaba que de uno no fumador.

Por otra parte, obtuvieron una correlación positiva entre el número de cigarrillos que los Ss reportaron que fumaban diariamente y su distancia de aproximación. Así, puede concluirse que los fumadores poseen zonas de espacio personal más grandes y que las otras personas se mantienen a mayor distancia con respecto a ellos.

VI.

ESPACIO PERSONAL

OPTIMO

Gran parte de la investigación en espacio personal se ha enfocado al examen del efecto que factores individuales, interpersonales, situacionales y los relacionadas con la persona-estímulo, tienen sobre la conducta de distanciamiento y de orientación corporal. No obstante, los investigadores en conducta espacial también se han interesado en determinar los cambios que corresponden a variaciones en el espacio personal. A este respecto, han intentado determinar el espacio personal óptimo dentro del cual se da una interacción más positiva y se reduce la ansiedad, así como el espacio personal idóneo para lograr cambios de actitud e incrementar la autodivulgación en condiciones de consejo.

A.

CALIDAD DE LA INTERACCIÓN

Sundstrom y Altman (1976) sugirieron que existe una relación curvilínea entre distancia de interacción y reacciones afectivas. Su hipótesis predice que la relación entre los participantes será más agradable si interactúan en una distancia intermedia, que si lo hacen muy cerca o demasiado lejos.

A este respecto, se han reportado hallazgos conflictivos. Algunos estudios han obtenido esta relación curvilínea entre distancia y agrado. Por ejemplo, Patterson y Schreest (1970) encontraron que los Ss consideraron a los Cs más amistosos cuando conversaron con ellos a una distancia de 1.20 m, y menos cuando estaban a 60 cm o a 1.80 m.

Boucher (1972) obtuvo resultados paralelos usando esquizofrénicos como Ss. Los terapeutas entrevistaban durante 10 minutos a los pacientes, cuyas sillas se encontraban fijadas en el piso a distancias inapropiadamente cercanas, apropiadas o inapropiadamente lejanas. Los resultados indicaron que se dio más atracción del S hacia el entrevistador en la condición de distancia apropiada que en las otras dos.

Otras investigaciones han proporcionado sólo apoyo parcial a la hipótesis de Sundstrom y Altman (1976).

Baker y Shaw (1980) condujeron un experimento en el que parejas de sexo opuesto discutían tópicos de alta, media o baja intimidad mientras estaban de pie uno enfrente del otro a una distancia de 30, 60 o 165 cm. Después de la discusión, los participantes calificaban sus reacciones a las diferentes distancias en varias dimensiones. Aunque los puntajes mostraron una relación no lineal entre los sentimientos personales y la distancia interpersonal, no se dió un decremento de las reacciones positivas en la distancia de 30 cm. Estas reacciones relativamente positivas a las distancias cercanas puede ser una consecuencia de la relación afectiva existente previamente entre los participantes.

En el experimento de Ashton, Shaw y Worsham (1980), se expuso a parejas heterosexuales de amigos y de extraños a 6 diferentes distancias interpersonales y se evaluó su reacción ante cada distancia. Los resultados mostraron que las reacciones fueron menos positivas al disminuir la distancia entre los extraños, pero más positivas para los amigos. Aparentemente, si se trata de una pareja de amigos, ocurre una reacción negativa cuando la otra persona se encuentra demasiado lejos, y si son extraños, cuando están demasiado cerca.

Así, la relación curvilínea entre distancia y respuestas afectivas se mantiene para parejas de extraños, pero no para amigos. De hecho, hay evidencia de investigación que sugiere que la cercanía entre los participantes en la interacción funciona como indicador de atracción para los observadores.

Mehrabian (1968) presentó a sus Ss fotografías de personas que se encontraban interactuando a diferentes distancias. Encontró que los Ss juzgaban que había una relación más positiva entre las personas que interactuaban a una distancia de 1.20 m que entre aquéllos que estaban a 3.60 m.

Russo (1967) pidió a los Ss que evaluaran 5 diferentes arreglos diádicos para sentarse de una pareja del mismo sexo. Los resultados mostraron que cuando los arreglos eran más distantes, los Ss indicaron que habría menor conocimiento, amistad y conversación entre los interactuantes.

En un estudio con niños de 6o. grado, Guardo (1965) obtuvo también una

relación inversa entre las distancias de parejas de figuras impresas y las asignaciones de conocimiento y atracción que hicieron los niños.

Haase y Tepper (1972) mostraron a sus Ss fotografías de entrevistas cliente-consultor. Encontraron que cuando las imágenes mostraron al consultor a una menor distancia del cliente y teniendo una orientación corporal más directa con respecto a él, los Ss lo evaluaron como más empático y comprensivo.

En un estudio en el que el E manipuló el ángulo de orientación corporal, las orientaciones cara a cara dieron por resultado mayor atracción entre los participantes que los arreglos de los asientos en ángulo recto (Mehrabian y Diamond, 1971).

En suma, la proximidad y la orientación directa parecen facilitar el intercambio interpersonal entre los amigos, pero no entre extraños, para quienes es más deseable una distancia intermedia.

Por otra parte, estos dos factores producen, para un observador, la impresión de agrado o contacto positivo entre los interactuantes.

B.

A N S I E D A D

Varios estudios señalan que el mantenimiento de un espacio personal inapropiado se asocia con considerable ansiedad e incomodidad.*

Por ejemplo, Dabbs (1971) encontró que cuando un C se sentaba demasiado cerca del S, éste se mostraba tenso e irritado, lo que no ocurría cuando se mantenía a una distancia mayor.

Similarmente, Bergman (1971)⁵ reportó que los Ss en grupos de discusión con sillas separadas por 5 cm de cada lado mostraron más sudor palmar (una medida de ansiedad) que los Ss cuyas sillas se encontraban separadas por 90 cm.

Dinges y Setting (1972) pidieron a los Ss que evaluaran la ansiedad que

sentirían si estuvieran en una serie de situaciones (representadas en fotografías de consejeros y clientes) en las que las distancias inter-
figuras variaban desde los 75 cm hasta los 2.25 m. Las distancias muy
cercanas o muy lejanas recibieron los puntajes más altos de ansiedad.

Rogers, Rearden y Hillner (1981) también propusieron que la distancia
intermedia entre el S y el entrevistador es la más confortable, pues
fomenta la conversación con un mínimo de ansiedad. En su experimento,
los Ss discutían tópicos personales, sociales y académicos con una en-
trevistadora, quien se encontraba a una distancia de 60 cm, 1.5 m o
2.7 m. La ansiedad auto-reportada fue menor en la distancia intermedia
y mayor mientras se discutieron asuntos personales.

En una investigación sobre el ángulo de orientación corporal, Haase y
DiMattia (1970) pidieron a clientes, administradores y consejeros que
evaluaran cuatro arreglos para sentarse: lado a lado, de frente, en
ángulo recto y de frente a lo largo de una mesa. En general, el arre-
glo en ángulo de 90° fue considerado el más cómodo.

En un estudio similar, Widgery y Stackpole (1972) reportaron que, en
una situación de consejo, los Ss estaban más satisfechos cuando se sen-
taban del mismo lado del escritorio que cuando lo hacían a través de
él, especialmente los Ss ansiosos.

En general, y en consonancia con las conclusiones de la sección ante-
rior, los datos sugieren que las distancias intermedias y las orienta-
ciones indirectas evocan menos ansiedad e incomodidad en los partici-
pantes en la interacción.

C.

P E R S U A S I O N

Algunos estudios han explorado los efectos que producen diferentes dis-
tancias entre un comunicador y un S sobre la persuasión.

En el experimento de Albert y Dabbs (1970), un comunicador (amigable u
hostil) transmitía mensajes persuasivos a un S que se encontraba senta-

do a 30 cm, 1.20 m o 4.50 m de él. Se midieron varios efectos: la atención al mensaje, la destreza atribuida al comunicador y el cambio de actitud, y se encontró que los tres fueron mayores en la distancia intermedia; es decir, la distancia de 1.20 m fue la óptima para el logro de la influencia.

Goldman (1980) también varió la distancia entre un entrevistador y el S. El entrevistador mantenía o no contacto visual con el S y lo reforzaba verbalmente cuando expresaba actitudes favorables a los deportes intercolegiales. Los resultados indicaron que el cambio de actitudes ante el reforzamiento verbal fue menor cuando el entrevistador se mantuvo a 60 cm del S y sin mantener contacto visual con él, y mayor cuando estuvo más distante (a 1.5 m).

Greene (1977) encontró que el efecto de la distancia sobre el acatamiento conductual era modificado por el tipo de retroalimentación proporcionada al S. En el contexto de una clínica de reducción de peso, se sometió a los Ss (mujeres), durante una entrevista, a una de dos condiciones de distancia (60 cm o 1.5 m) y a una de dos condiciones de retroalimentación verbal (aceptante o neutral). Se encontró que la cercanía física fortaleció el apego a las recomendaciones dietéticas del consejero cuando se ofreció retroalimentación aceptante, pero disminuyó cuando se expresó retroalimentación neutral. Así, la proximidad física pareció fortalecer los efectos de la retroalimentación verbal (ya sean positivos o adversos).

D.

AUTODIVULGACION

La investigación reciente ha evaluado la influencia del espacio personal sobre la conducta de autodivulgación en situaciones de consejo.

Leconte, Bernstein y Dumont (1981) seleccionaron y evaluaron aleatoriamente extractos de sesiones de entrevistas consejero-cliente, que difierían en la distancia mantenida entre ellos. Sus resultados indicaron que los consultores se comunicaron más concretamente en una distancia

interpersonal intermedia (1.25 m) que en una cercana (75 cm) o lejana (2 m). Así mismo, hubo mayor autodivulgación afectiva del cliente en la distancia intermedia en comparación con las otras dos y en el segundo tercio de la entrevista.

Otros autores han examinado el efecto conjunto de la distancia y el tó-
pico discutido sobre la productividad verbal.

Stone y Morden (1976) sometieron a sus Ss a una de tres distancias de in-
teracción con una entrevistadora; durante los 15 minutos de la entrevista,
los Ss discutieron asuntos personales, sociales y académicos. Los au-
tores reportaron un efecto de interacción: hubo mayor productividad ver-
bal respecto a tópicos personales en la distancia intermedia (1.50 m).

Lassen (1973) obtuvo resultados similares. Durante una entrevista de in-
greso, sus Ss (pacientes esquizofrénicos) hablaron más sobre temas inti-
mos en una distancia intermedia (1.80 m) que en una cercana o lejana.

En cambio, Rogers et al. (1981) no replicaron la interacción significa-
tiva entre el tópico y la distancia en cuanto a la productividad verbal.
En su estudio, la distancia afectó la ansiedad, pero no la autodivulga-
ción, la cual se incrementó al progresar la entrevista.

También se ha reportado una interacción 'distancia X sexo'.

Hansen y Schuldt (1982) encontraron que la cantidad de tiempo que los Ss
hablaban en respuesta a preguntas diseñadas para evocar autodivulgación,
varió en función de la distancia física entre el E y el S. Los Ss respon-
dieron más cuando la distancia interpersonal fue de 1.80 m que cuando fue
de 90 cm, pero sólo cuando el E fue hombre.

Hazelwood y Schuldt (1977) reportaron un hallazgo similar con Es y Ss
masculinos.

En un estudio con parejas femeninas y masculinas, Skotko y Langmeyer
(1977) encontraron que los varones incrementaron significativamente la
duración de la charla al incrementarse la distancia entre ellos hasta un
cierto punto; en contraste, las mujeres ante esta situación, mostraron
una tendencia no significativa a disminuir el tiempo de la conversación.

Los datos disponibles llevan a concluir que en situaciones de consejo, ocurre una mayor autodivulgación cuando la distancia entre el consejero y el cliente es intermedia, aunque esta relación puede modificarse cuando se conjugan otras variables, como la intimidad del tópico a tratar y el sexo de los participantes.

V.II.

I N V A S I O N E S

D E

E S P A C I O P E R S O N A L

Las diferencias individuales, los factores interpersonales, las condiciones situacionales y las características de la persona con quien se interactúa, determinan la zona de espacio personal preferida por una persona.

Cuando otro individuo transgrede dicha zona, o cuando la persona se ve obligada a irrumpir en la de otros, se habla de INVASION DE ESPACIO PERSONAL. En el primer caso, el S es la víctima de la invasión; en el segundo, él es el invasor.

A.

EL SUJETO
COMO VICTIMA
DE LA INVASION

Una gran parte de la investigación en el área de invasión de espacio personal se ha interesado en determinar las reacciones que provoca en el S una aproximación física excesiva por parte de un C.

La evidencia ha indicado que, en general, el hecho de que un extraño se acerque demasiado, es aversivo y tiene consecuencias sobre diversas conductas individuales (como la ejecución de una tarea) y sociales (como el ofrecimiento de ayuda).

Otros estudios han permitido concluir que las características del invasor y de la víctima hacen variar las respuestas que se emiten ante la intrusión de espacio personal.

También se ha reportado que los grupos, y no sólo los individuos, son susceptibles a la invasión espacial.

1.

RESPUESTAS A LA INVASION ESPACIAL

La invasión de espacio personal puede evocar en la víctima tanto respuestas motoras, como afectivas y fisiológicas.

a) Respuestas Motoras.

Los investigadores han registrado la ocurrencia de una amplia variedad de respuestas motoras ante la intrusión espacial.

La más patente es la huida, escape o retirada del S del lugar de la invasión, pero también se presentan reacciones no verbales, como cambios de postura, giros de la cabeza, erección de barreras, miradas al invasor, inclinación del torso, automanipulación (frotamiento de la cara, de la ropa, del pelo), etc.

Numerosos experimentos han mostrado las reacciones conductuales de los Ss ante la invasión de su espacio personal.

Uno de los primeros experimentos de este campo fue efectuado por Felipe y Sommer (1966) en un hospital psiquiátrico. Los autores examinaron la reacción de los pacientes a la intrusión espacial en un jardín de descanso y en una sala de reunión. Un C (desconocido para los Ss) se aproximaba a uno de ellos y se sentaba a su lado. La respuesta de huida fue sorprendente: durante el primer minuto de la invasión en el jardín, el 20% de los Ss invadidos -y ninguno de los de control- dejaron sus lugares; cuando transcurrieron 20 minutos se habían marchado 65% de los Ss experimentales y sólo 35% de los de control. Además, muchos de los pacientes invadidos mostraron señales de incomodidad, como voltear el rostro, frotarse el cuerpo con las manos, cambiar de postura y hablar entre dientes.

Patterson, Mullens y Romano (1971) condujeron un estudio análogo en una biblioteca universitaria. Un C se sentaba en uno de varios arreglos en relación al S: en la silla de enfrente, en la inmediata al lado de él, o a dos o tres sillas de distancia. A mayor cercanía de la invasión, los Ss se alejaron del lugar más rápidamente. Además de la reacción de huida, los Ss invadidos emitieron conductas no verbales que reflejaban incomodidad: miradas al invasor, inclinación del torso, bloqueo (poner una mano o codo entre ellos y el invasor), movimientos de agitación, giro de la cabeza en dirección opuesta al intruso, evitación de contacto visual y erección de barreras.

En una investigación de laboratorio en la que el S tenía que estar involucrado en una interacción diádica con el C, McDowell (1972) encontró que

la invasión de espacio personal produjo en la víctima un movimiento significativo de alejamiento con respecto al invasor. El análisis de la secuencia de fotografías de la interacción reveló que la cantidad me dia del movimiento de alejamiento en la condición de no invasión fue de 6.12 cm; en cambio, en la condición de invasión, fue de 25.43 cm.

la conducta de escape también fue sobresaliente en uno de los experimentos de campo de Konecni, Libuser, Morton y Ebbesen (1975). Los autores observaron que los peatones (hombres y mujeres) cruzaban la calle más rápido que los Ss control cuando un C del mismo sexo había invadido su espacio personal mientras esperaban el momento de cruzar la calle.

Varias conductas no verbales fueron registradas por Veno (1976) en un es tudio llevado a cabo en el tunel del tranvía. Un C se aproximaba frontalmente a un S hasta que éste emitía una de las siguientes respuestas: agresiva (mirar fijamente al C, elevar la postura, levantar la cabeza o caminar hacia el C) o sumisa (huir, sonreír, voltear al lado opuesto, bajar la cabeza o iniciar una conversación con el C). En general, los hombres emitieron más respuestas agresivas que las mujeres (la conducta de sonreír fue emitida, curiosamente, sólo por mujeres), y los hombres jóvenes y los de edad media fueron más propensos a usar la conducta agresiva como medio de detener a un invasor, en comparación con los más viejos.

b) Respuestas afectivas.

La investigación ha proporcionado evidencia del impacto emocional que provo ca la intromisión de extraños en el espacio personal.

Numerosos estudios—como los citados arriba— han reportado la manifestación de expresiones no verbales de incomodidad e insatisfacción del S an te la invasión espacial. Sin embargo, pocos han efectuado una medición directa de las respuestas afectivas de la víctima.

Un ejemplo de estos últimos es el estudio de Fisher y Byrne (1975), en el que se aplicó a los Ss, después de la invasión, una escala de sentimientos que constaba de seis pares de adjetivos bipolares (ej., contento-triste, agradable-desagradable), y sumaron las respuestas a los adjetivos pa-

ra obtener una medida de estado afectivo a lo largo de la dimensión positivo-negativo. Encontraron que, en general, los Ss expresaron más sentimientos negativos cuando fueron invadidos cercanamente por un C, aunque los sentimientos reportados fueron diferentes para hombres y para mujeres, dependiendo del ángulo de orientación adoptado por el invasor.

c) Respuestas fisiológicas.

Además de la respuesta de huida, de las conductas no verbales y de las manifestaciones afectivas, algunos estudios han evidenciado la ocurrencia de altos niveles de alertamiento fisiológico como consecuencia de las invasiones de espacio personal.

En un experimento de laboratorio, McBride, King y James (1965) encontraron que la respuesta galvánica de la piel (una medida de alertamiento fisiológico) de los Ss era mucho mayor cuando se les acercaba un extraño a 30 cm, que cuando lo hacía a 90 cm o a 2.70 m. Así mismo, la respuesta galvánica de la piel fue mayor cuando la aproximación era de frente que de lado.

~~También un experimento de campo ilustra los efectos de la invasión espacial sobre el alertamiento fisiológico (Middlemast, Knowles y Matter, 1976). En un cuarto de baño público, el C usaba un mingitorio inmediatamente adyacente al del S (un usuario desconocido) o uno más distante; en la condición control, el C no estaba presente. La investigación en fisiología indica que el stress retrasa el inicio de la micción y abrevia su duración. Si la invasión de espacio personal efectivamente causa stress, eran de esperarse estas dos reacciones. Los resultados del estudio confirmaron esta suposición: en la condición de invasión, en comparación con la de no invasión, la latencia de la respuesta de micción de los Ss fue mayor y su duración, menor.~~

CONSECUENCIAS DE LA INVASION

La aversión que causa en la víctima la invasión de su espacio personal tiene efectos importantes sobre su comportamiento individual y social. Aunque la investigación en esta área aún es escasa, hay dos conductas que han recibido atención: la ejecución de una tarea y la conducta de ayuda.

a) Ejecución de una tarea.

Barefoot y Kleck (1970)³ realizaron uno de los pocos estudios que han investigado las consecuencias de las invasiones de espacio personal sobre la ejecución de una tarea. Ellos encontraron decrementos en la ejecución de tareas de procesamiento de información en situaciones de intrusión espacial.

Dentro del paradigma de la Facilitación Social, Elliot y Cohen (1981) hicieron que un C coactor mantuviera una de tres distancias (2.5 cm, 1.11 m o 2.11 m) con respecto al S, quien tenía que realizar una tarea de palabras ocultas. Aunque la presencia del coactor no produjo un efecto de facilitación social sobre la ejecución, los resultados mostraron un patrón consistente de interacciones 'distancia X sexo' en las medidas verbales: los hombres reportaron que les fue más difícil concentrarse, que su ejecución les había parecido más pobre y que se sintieron más incómodos en las condiciones de distancia cercana y lejana. Para las mujeres, este patrón de auto-reporte se dió en la distancia moderada. Los autores sugieren que estas diferencias podrían estar relacionadas con las distintas metas buscadas por hombres (la tarea en sí misma) y por mujeres (aspectos interpersonales de la situación).

b) Conducta de ayuda.

Las consecuencias de las invasiones de espacio personal pueden considerarse también en términos psico-sociales, ya que las atribuciones que hacen las víctimas con respecto a los motivos y disposiciones de perso-

alidad del invasor, determinan sus subsecuentes interacciones con él.

Konecni et al. (1975) encontraron, en una serie de experimentos de campo, que una invasión estacionaria del espacio personal de peatones que esperaban cruzar la calle, decrementó la frecuencia con que regresaban al invasor un objeto que había "perdido"; sin embargo, si el objeto era de gran valor para el invasor (unas llaves versus una pluma), éste recibía ayuda por parte de los Ss. En cambio, cuando la invasión fue más severa (mientras esperaban y también mientras atravesaban la calle), los Ss ayudaron al invasor con mucha menor frecuencia, independientemente del valor del objeto "perdido".

En otra investigación (Baron y Bell, 1976), los invasores requirieron directamente la ayuda de sus víctimas. Los Cs invadían o no el espacio personal de estudiantes que se encontraban sentados en una cafetería universitaria y les pedían su ayuda para completar un proyecto de semestre "importantísimo" para ellos. Contrariamente a los hallazgos de Konecni et al. (1975), se encontró que los Ss se dispusieron más a prestar ayuda en la condición de invasión que en la de no invasión.

En un estudio posterior, Baron (1978) manipuló la necesidad aparente del invasor. Observó que cuando ésta era alta, el C recibía significativamente más ayuda en la condición de invasión que en la de no invasión; sin embargo, cuando las necesidades del solicitante parecían relativamente bajas, se obtuvo el patrón contrario.

Además, los Ss reportaron reacciones de afecto positivo a las invasiones de espacio personal cuando la necesidad aparente era alta, pero negativo cuando era baja.

Los resultados contradictorios reportados por Konecni et al. (1975) y por Baron y Bell (1976) y Baron (1978), podrían imputarse a las diferentes atribuciones que hicieron los Ss de los invasores como resultado de los distintos procedimientos utilizados. En los estudios de Baron, los participantes pudieron haber atribuido la cercana aproximación física del C a sus intentos por obtener ayuda. En cambio, en el experimento de Konecni y colaboradores, es más probable que los Ss atribuyeran la intrusión espacial del C a características personales negativas.

CARACTERISTICAS DEL INVASOR

Con frecuencia, las respuestas ante la invasión de espacio personal va rían en función de las características del intruso.

Aunque a este respecto se han llevado a cabo pocos estudios, se han re portado hallazgos sugerentes con relación a la edad, el sexo y el status del invasor.

a) Edad.

Fry y Willis (1971) hicieron que niños y niñas de diferentes edades (5, 8 y 10 años) se pararan a 15 cm de adultos que se encontraban en una fi la para el teatro. Observaron que los niños de 5 años recibieron una res puesta positiva de las víctimas; los de 8 años fueron ignorados y los de 10 fueron tratados como invasores adultos, recibiendo reacciones negati vas.

b) Sexo.

Hay alguna evidencia que indica que los invasores de sexo masculino pro ducen una reacción más fuerte e inmediata que los de sexo femenino.

Babbs (1971) encontró que los hombres, en comparación con las mujeres, evocaron más respuestas de alejamiento de las personas que invadieron.

Ahmed (1979) observó, en un estudio llevado a cabo en una biblioteca, que los intrusos masculinos evocaron una respuesta más rápida de huida que los femeninos, tanto para los Es hombres como para las mujeres.

Krail y Leventhal (1976) y Harris, Luginbuhl y Fishbein (1978) obtuvie ron resultados similares.

Sin embargo, en otros estudios de invasión espacial (Fisher y Byrne, 1975; Polit y LaFrance, 1977), el sexo del intruso no afectó diferencial mente las reacciones de los Ss.

c) Status.

Barash (1973) examinó la relación entre el status del invasor y las reacciones de las víctimas. Los Cs diferían en el atuendo que llevaban al efectuar la invasión del espacio personal en Ss estudiantes. Quienes se vistieron con ropas similares a las de un profesor universitario (con saco y corbata) provocaron respuestas de escape más presurosas que aquellos que se vistieron de manera informal (con pantalones de mezclilla).

4.

CARACTERISTICAS DE LA VICTIMA

Las respuestas a la intrusión espacial varían también en función de los propios atributos de la persona que sufre la invasión.

De ellas se han estudiado escasamente la edad y la estatura, y con más profusión, el sexo.

a) Edad.

Veno (1976) encontró que los hombres jóvenes y de edad media (entre los 18 y los 50 años) responden al invasor con conductas de enfrentamiento (mirarlo fijamente, levantar la cabeza y elevar la postura), en comparación con los mayores de 50 años, quienes confían más en una conducta de sumisión (huir, sonreír, bajar la cabeza, etc.) para detener al intruso.

b) Estatura.

También Veno (1976) reportó una relación altamente significativa entre estatura y tipo de respuesta a la invasión. Fue más probable que los hombres más altos usaran conductas de enfrentamiento y que los menos altos utilizaran conductas sumisas. Asimismo, los individuos más altos emitieron su respuesta de corte a la invasión a una mayor distancia con respecto al C que los de menos estatura.

c) Sexo.

Aunque algunos estudios han reportado que los hombres son más susceptibles que las mujeres a la invasión de espacio personal (ej., Garfinkel, 1964¹⁶), otros han indicado lo contrario, es decir, que las mujeres exhiben reacciones más negativas a las intrusiones que los hombres (ej., Felipe y Sommer, 1966). En realidad, la relación parece ser mucho más compleja, pues la variable 'sexo' interactúa con otros factores -como la orientación corporal del intruso y el énfasis de la invasión- al determinar la reacción que provocará el invasor.

Fisher y Byrne (1975) manipularon el ángulo de orientación que adoptaba el invasor con respecto al S y observaron una fuerte interacción 'orientación X sexo'. Un C invadía a Ss estudiantes que estaban sentados solos en una mesa de la biblioteca durante 5 minutos en una posición frontal o lateral. Posteriormente, llegaba un E y, después de explicar que estaba conduciendo un estudio de formación de impresiones, hacía al S varias preguntas con respecto a su estado afectivo, su percepción de la calidad estética y de hacinamiento del ambiente, su atracción hacia el invasor y la atribución de sus motivos. Se observó que, independientemente del sexo del invasor, los hombres respondieron negativamente en todas las escalas aplicadas ante una invasión de frente, y las mujeres lo hicieron cuando el invasor se sentó a su lado.

Los Cs (hombres y mujeres) del estudio de Ahmed (1979) llevaron a cabo invasiones sentándose al lado de hombres y mujeres solos en una biblioteca. Sus resultados confirmaron los hallazgos de Fisher y Byrne (1975): las mujeres se retiraron más rápidamente que los hombres ante esta invasión lateral.

Patterson, Muller y Romano (1971) encontraron que las mujeres interponían más bloqueo físico cuando el invasor se sentaba en una posición adyacente, en tanto que los hombres lo hicieron cuando el C ocupó la posición frontal. Y en un segundo estudio, Fisher y Byrne (1975) observaron que, aún sin ser invadidos (y probablemente con el propósito de evitarlo), los hombres erigieron barreras, colocando libros y efectos personales, entre ellos y los asientos de enfrente, y las mujeres lo hicieron entre ellas y las posiciones adyacentes.

Los autores señalan que una posible explicación para estas diferencias sexuales observadas tiene que ver con el proceso de socialización. En tanto que se enseña a los hombres a ser relativamente competitivos, las mujeres aprenden a ser relativamente afiliativas (Maccoby, 1972). Por otro lado, la evidencia de investigación ha indicado que los individuos generalmente se sientan frente a frente en situaciones competitivas, y adyacentes en condiciones cooperativas y afiliativas. Así, es posible que los hombres perciban a un extraño que ocupa una posición frontal como presentando un reto competitivo; de manera similar, las mujeres podrían percibir el hecho de que un extraño se sienta a su lado como un requerimiento injustificado de afiliación.

Otros estudios han explorado la respuesta diferencial de hombres y mujeres ante una invasión enfática -cuando el C resalta la situación de invasión- en comparación con una invasión silenciosa.

Polit y LaFrance (1977) encontraron que, en una biblioteca, las mujeres se retiraron significativamente más pronto que los hombres cuando la invasión se hizo enfática a través de un breve intercambio verbal que el C tuvo con el S (una pregunta por parte del invasor con respecto a la disponibilidad del asiento).

Los hallazgos del estudio de Sundstrom y Sundstrom (1977), llevado a cabo con estudiantes sentados en exteriores y solos en el campus universitario, también mostraron que las mujeres se fueron más rápidamente si el C les pedía permiso para sentarse (condición de invasión enfática). Sin embargo, los hombres tendieron a irse más rápidamente ante invasiones silenciosas.

Ahmed (1980) obtuvo resultados contrarios a éstos. En un centro comercial, un C (hombre o mujer) invadía el espacio personal de Ss masculinos y femeninos, haciéndoles o no una pregunta. Se encontró que los hombres invadidos con una pregunta caminaron significativamente más rápido que las mujeres.

Este autor señala que el medio en el que se llevaron a cabo unas y otras investigaciones puede explicar esta contradicción. Aparentemente, una biblioteca, e inclusive la propia universidad, son consideradas como parte del mundo de un hombre, en tanto que el centro comercial es más del mundo

de la mujer; de hecho, se ven más mujeres en el centro comercial y más hombres en la biblioteca. Así, los individuos pueden sentirse más incómodos cuando, encontrándose en un medio que no es el suyo, ven invadido su espacio personal.

De cualquier modo, es claro que, ante los resultados obtenidos, debe asumirse que la invasión de espacio personal es percibida diferentemente por los hombres y por las mujeres.

5.

INVASION ESPACIAL A GRUPOS

La investigación sobre invasión de espacio personal ha mostrado que, al igual que los individuos, los grupos de personas tratan de defender su propia zona espacial y responden como una unidad ante el intruso.

En un estudio de esta línea (Knowles, 1972), efectuado en la calle, un C se aproximaba a una pareja de peatones que transitaban en la dirección opuesta. El invasor caminaba de tal manera que parecía que intentaba pasar entre las dos personas. Más de la mitad de las parejas se acercaron para evitar una intrusión e, incluso, algunas reprendieron al C. Se encontró también que la evitación de la invasión era mayor en las diadas heterosexuales que en las constituidas por mujeres o por hombres.

Así, parece ser que tanto los individuos como los grupos, mantienen sus límites de espacio personal y para lograrlo, usan diversos mecanismos.

B.

EL SUJETO COMO INVASOR

Un grupo más pequeño de investigación sobre invasión espacial se ha interesado en examinar las reacciones de las personas cuando se encuentran en una situación de ser "invasores" de espacio personal, bien porque mediante el procedimiento experimental se les da la opción de invadir a

otros o bien porque se les fuerza a ello.

Varios estudios han mostrado que, así como las personas reaccionan negativamente cuando alguien invade su espacio personal, también les es aver_sivo aproximarse demasiado a los demás, ya sean individuos solos o inter_actuando en grupos. Sin embargo, su respuesta varía en función de sus ca_racterísticas y las de la víctima de la invasión.

1.

RESPUESTAS A LA INVASION ESPACIAL

Las personas no sólo reaccionan cuando son invadidas; también son sensi_bles a las fronteras de espacio personal de los demás. Si tienen la posi_bilidad, evitan inmiscuirse en el espacio personal de otros; si no la tienen, muestran intensas respuestas afectivas.

a) Respuestas de evitación.

En uno de los primeros estudios de esta área (Barefoot, Hoople y McClay, 1972), un C (hombre o mujer) se encontraba sentado a una de tres distan_cias de un bebedero en un edificio público. Se encontró que los Ss se acercaban a tomar agua cuando el C estaba a 1.5 o a 3 m del bebedero, pe_ro fue menos probable que lo hicieran si se hallaba a 30 cm de él. Así, los Ss tendieron a evitar un acto que normalmente ejecutaban, si al hacer lo invadirían el espacio personal de otra persona.

Knowles (1973) dió a los Ss la oportunidad de elegir entre rodear o pa_sar en medio de un grupo de varias personas que se encontraban conver_sando en un vestíbulo. Observó que sólo el 25% de los trans_antes pasa_ron a través del grupo; en cambio, el 75% de los Ss cruzaron entre un grupo control de barriles de objetos diversos.

b) Respuestas afectivas

Efran y Cheyne (1974) estudiaron sistemáticamente las reacciones de los Ss cuando se encontraban en una situación tal que no podían evitar pasar

en medio de una pareja de personas que estaban conversando en un corredor. Observaron que los Ss dieron numerosas muestras de incomodidad: en el momento de la invasión, muchos de ellos mascullaban abundantes excusas a los Cs, miraban al piso, bajaban la cabeza o cerraban los ojos. Además, los Ss reportaron fuertes sentimientos de desagrado y malestar.

2.

CARACTERISTICAS DE LA VICTIMA Y DEL INVASOR

La permeabilidad que los Ss conceden a las fronteras de espacio personal de los demás depende tanto de sus propias características como de los atributos de las víctimas.

Aunque se han estudiado escasamente, hay algunos datos con respecto a la raza, la estatura, el status y el sexo.

a) Raza.

En un experimento de campo, Dick (1976) ubicó a cuatro Cs hombres (dos negros y dos blancos) enfrente de una máquina expeditora de chicles, de tal manera que los Ss tenían que invadir su espacio personal para poder dar vuelta a la perilla del aparato y obtener un chicle gratis. Se encontró que los Ss negros invadieron significativamente más al C negro que al blanco.

Hendricks y Bootain (1976) registraron la distancia que los Ss (mujeres blancas estudiantes) mantenían con respecto a uno de dos Cs (uno blanco y otro negro). Los Ss que interactuaron con el C negro prefirieron la mayor distancia para separarse y mostraron más reacciones de incomodidad, que quienes interactuaron con el C blanco.

b) Estatura.

Caplan y Goldman (1981) efectuaron un estudio en el que se daba opción a quienes transitaban por el corredor de una estación de ferrocarril, de invadir el espacio personal de un C alto o de uno bajo de estatura. Los

resultados mostraron que los Ss prefirieron invadir el espacio personal de los Cs bajos de estatura que el de los altos.

Este estudio y el de Veno (1976) proporcionan evidencia de que la estatura es una característica suficientemente fuerte que, por sí sola, afecta de manera significativa el espaciamiento interpersonal.

c) Status

Knowles (1973) manipuló el status de las personas (Cs) que se encontraban interactuando en un pasillo y cuyo espacio personal podían invadir o no los Ss, a través del vestido. Encontró que los individuos de bajo status (vestidos convencionalmente) fueron invadidos más a menudo que los de alto status (vestidos llamativamente). Así, los Ss fueron especialmente cautelosos cuando se trataba de invadir el espacio de personas de alto status.

d) Sexo

Buchanan, Goldman y Juhnke (1976) observaron que es más aversivo invadir el espacio masculino que el femenino, particularmente para los hombres. En el Experimento 1 dieron a los Ss -quienes eran ocupantes regulares de un gran edificio de oficinas- la opción de invadir o no el espacio personal de un C (masculino o femenino) que se colocaba en uno de los dos paneles de selección de piso del elevador del edificio. Se observó que los Ss (tanto hombres como mujeres) tendieron a usar el panel disponible para marcar su piso de destino, evitando de esa manera invadir el espacio personal del C, más aún cuando éste era hombre.

En el Experimento 2, ambos paneles fueron ocupados al mismo tiempo, uno por un C femenino y otro por uno masculino. En esta situación, en la que era inevitable la invasión del espacio personal de uno de los Cs, los hombres eligieron invadir al C femenino y las mujeres no mostraron preferencia.

En uno de sus estudios, Cheyne y Efran (1972) variaron la composición sexual de las parejas de Cs que los Ss tenían que invadir. Encontraron

que los Ss pasaron con menor frecuencia entre las díadas heterosexuales que entre las formadas por mujeres o por hombres.

Con respecto al sexo del invasor, Dick (1976) encontró que las mujeres eran más cautelosas al invadir el espacio personal de los Cs. Y en el estudio de Caplan y Goldman (1981), en tanto que las mujeres prefirieron invadir el espacio personal de Cs de baja estatura, los hombres invadieron el de los Cs altos.

3.

INVASION ESPACIAL A GRUPOS

Los resultados de investigación han mostrado que es aversivo invadir el espacio personal no sólo de los individuos sino también de los grupos.

Knowles (1973) hizo variar el tamaño del grupo de Cs que interactuaban y encontró que un número más pequeño de Ss -personas que transitaban por el pasillo en el que se encontraban interactuando los Cs- atravesaban los grupos de cuatro Cs que los de dos.

En otro estudio, Knowles, Kreuser, Haas, Hyde y Schuchard (1976) colocaron a grupos de varios tamaños en una banca de un vestíbulo y registraron los cambios en los patrones de circulación de los transeúntes cuando pasaban por el lugar donde se encontraban los Cs. Observaron que al incrementarse el número de Cs en la banca, los Ss se alejaban más.

Lindskold y Wayner (1981) descubrieron que no es sólo el tamaño del grupo lo que determina la intrusión espacial de un invasor potencial, sino que también interviene el tamaño percibido del espacio.

En un primer estudio, mostraron a sus Ss transparencias fotográficas de dos o cuatro personas con diferentes distancias entre ellas, y les pidieron que hicieran estimaciones de la magnitud de tales distancias. Los resultados indicaron que los Ss percibieron que el espacio entre los Cs era más estrecho en los grupos de cuatro personas que en los de dos, aun cuando objetivamente eran iguales.

En el segundo estudio, los Ss predijeron el porcentaje de personas que caminarían a través de un grupo de dos o cuatro personas que estaban par-

das a igual distancia. La conducta del intruso hipotético estuvo en función tanto del número de miembros del grupo como de la amplitud espacial percibida.

En un experimento conducido en un centro comercial, Cheyne y Efran (1972) variaron las distancias entre los miembros de las parejas de Cs. La intrusión se incrementó cuando había más de 1.2 m de distancia entre los Cs. Aparentemente, mantenían una relación menos personal en esta distancia.

Sin embargo, no únicamente estos factores afectan la invasión espacial. En otro experimento de Cheyne y Efran (1972), dos Cs estaban de pie en un corredor a una distancia de 1.05 m entre sí. En una condición, los Cs conversaban y mantenían contacto visual, en la otra condición, no hablaban y sus rostros estaban orientados hacia direcciones opuestas. La diferencia en el número de personas que caminaron entre los Cs en estas dos condiciones fue altamente significativa: quienes estaban conversando fueron invadidos con mucha menor frecuencia.

Así, además del número de personas que forman el grupo y del espacio percibido entre ellas, la relación que éstas mantengan influye en la decisión del individuo de invadir las o no espacialmente.

VIII.

C O N D U C T A S

C O M P E N S A T O R I A S

El uso del espacio, especialmente en la situación diádica, está interrelacionado con otros aspectos no verbales de la relación social.

Así, el espacio personal forma parte de un sistema de conductas que se compensan o se refuerzan unas a otras a fin de lograr el nivel deseado de interacción.

Argyle y Dean (1965) han intentado explicar este proceso de compensación a través de su "Teoría del Equilibrio de la Intimidad".*

Esta teoría predice que cuando los interactuantes alcanzan un punto de equilibrio en la expresión no verbal de la intimidad interpersonal, cualquier cambio sustancial en una de las conductas, originará un cambio compensatorio en una o varias de las otras.

Tales conductas, que Mehrabian (1969) ha llamado "claves de inmediatez", incluyen principalmente la distancia interpersonal, la orientación corporal y el contacto visual; pero otras conductas, como la inclinación del cuerpo, la sonrisa, la gesticulación, el volumen de la voz y respuestas automanipulativas, también forman parte de este proceso compensatorio.

El planteamiento de Argyle y Dean ha dado considerable impulso a la investigación sobre la relación compensatoria entre los mecanismos de espacio personal y otros factores de inmediatez interpersonal, y de ella han podido derivarse ya algunos enlaces conductuales.

Se examinarán a continuación las relaciones reportadas entre la distancia interpersonal, la orientación corporal y el contacto visual, en sus diferentes combinaciones, y entre el espaciado interpersonal y otras conductas no verbales.

Finalmente, se presentará una formulación conceptual que explica la ocurrencia competitiva de reacciones compensatorias y recíprocas.

*Ver Capítulo III.

A.

DISTANCIA INTERPERSONAL

Y

ORIENTACION CORPORAL

La distancia interpersonal y el ángulo de orientación corporal, componentes del espacio personal, están relacionados sistemáticamente; ambos se conjugan en diferentes combinaciones para lograr mantener el nivel óptimo de intimidad.

Varios estudios han demostrado consistentemente que mientras más cerca se encuentra una persona con respecto a otra, más se volteará en sentido opuesto. Esto es, al disminuir la distancia entre los individuos, el ángulo de orientación corporal que mantienen entre sí llega a ser menos directo, y viceversa.

Patterson (1977) condujo un estudio de campo en el que observó a parejas de Ss que interactuaban de pie. Encontró que mientras más cerca estaban uno del otro, elegían orientaciones menos confrontadoras. La correlación obtenida entre las dos variables fue de 0.54.

Pellegrini y Empey (1970) midieron la distancia y el ángulo de orientación que adoptaba un S al sentarse en relación a un C. Encontraron que al disminuir la distancia, el ángulo de orientación se alejaba de la aproximación frontal, tanto en hombres como en mujeres. Aiello y Jones (1971) y Felipe y Sommer (1966) reportaron hallazgos similares.

Sin embargo, la investigación no siempre ha apoyado esta relación. McDowell (1972) hizo que un C se mantuviera a una de dos distancias (48 y 97 cm) del S y registró su eje de orientación. Observó que en la distancia cercana, los Ss no adoptaron un ángulo de orientación menos directo con respecto al C, hallazgo contrario al que se esperaba. Probablemente algunos factores metodológicos, como el limitado número de observaciones realizadas, podrían explicar estos resultados.

B.

DISTANCIA INTERPERSONAL

Y

CONTACTO VISUAL

En el campo de la investigación sobre conductas compensatorias, el área más popular ha sido aquella que examina la relación entre la distancia y la mirada.

La mirada mutua o contacto visual es particularmente importante en la interacción diádica, pues es una fuente de información sobre el interactuante, proporciona retroalimentación constante sobre el desarrollo de la interacción y permite expresar agrado o aprobación.

Se ha demostrado repetidamente el interjuego entre la distancia y el contacto visual: cuando las personas están más próximas entre sí, su contacto visual disminuye; cuando se encuentran más distantes, incrementan sus miradas mutuas.

El primer estudio a este respecto fue conducido por Argyle y Dean (1965). Los Ss estuvieron sentados a diferentes distancias de un C (60 cm, 1.3 o 3 m). El C mantenía su mirada fija en el S y, consecuentemente, se daba contacto visual cuando el S lo miraba. Los resultados indicaron que la frecuencia y duración del contacto visual se incrementó con la distancia, especialmente entre parejas heterosexuales.

En un segundo estudio, los autores mostraron a los Ss una fotografía de tamaño natural de la cara de una persona que tenía los ojos abiertos o cerrados. Como se predijo, los Ss eligieron distancias más cercanas en relación a la fotografía que mostraba los ojos cerrados, en comparación con la que los tenía abiertos.

También Goldberg, Kiesler y Collins (1969) encontraron diferencias en la conducta visual observada en diferentes distancias de interacción. Los jueces reportaron que los Ss que se sentaron a una distancia cercana (75 cm), pasaron el 30% del tiempo mirando la región de los ojos del entrevistador, mientras que quienes se sentaron a 1.3 m de él, lo miraron el 50% del tiempo.

Sin embargo, se han presentado algunos datos que no corroboran la relación directa entre distancia y contacto visual.

Los resultados del estudio de Mahoney (1974) indicaron que la conducta de miradas mutuas no varió en sus tres condiciones de proximidad espacial. Y Patterson et al. (1971) observaron que la frecuencia de miradas del S hacia un C invasor aumentó al ir disminuyendo la distancia entre ambos. Los autores proponen una posible explicación: puesto que las aproximaciones muy cercanas son poco comunes, pueden implicar una mayor necesidad de información visual sobre el invasor.

Por otro lado, se han reportado diferencias sexuales que afectan la relación entre distancia y contacto visual.

McDowell (1972) encontró que las mujeres mantenían más contacto visual que los hombres en dos diferentes condiciones de distancia, aunque en la distancia cercana, hubo relativamente más miradas mutuas entre mujeres y relativamente menos entre hombres.

Aiello (1972) obtuvo una relación lineal entre las dos variables pero sólo para hombres; la conducta de mirar de las mujeres cuando estaban en frente del C fue menor en la distancia cercana, mayor en la intermedia y disminuyó nuevamente en la lejana.

En una serie de experimentos de campo, Buchanan et al. (1977) examinaron el efecto del contacto visual sobre la conducta de invasión del S. En la mayoría de los casos, los Ss se acercaron al C que ofrecía menos contacto visual; la mirada directa del confederado al invasor potencial decrementó la intrusión de su espacio personal. Sin embargo, el sexo de los participantes en la interacción fue importante. Las mujeres eligieron invadir el espacio personal del C femenino que miraba directamente, tanto en la situación en la que el otro C era ^{un} hombre que también miraba directamente, como cuando era una mujer que apartaba la mirada. Para ellas, el contacto visual no fue aversivo y pudo haber sido interpretado como un gesto amigable. Este resultado apoya el hallazgo de Aiello (1972) que indica que las mujeres se comprometen en contactos visuales más frecuentes y más largos que los hombres.

C.

ORIENTACION CORPORAL

Y

CONTACTO VISUAL

El ángulo de orientación corporal y el contacto visual también están relacionados positivamente: mayor contacto visual corresponde a orientaciones corporales más directas, y ejes de orientación menos confrontados producen reducciones en las miradas mutuas.

Si una persona se sienta enfrente de otra, es muy probable que capte su mirada y, en consecuencia, pueda -o tenga que- iniciar una conversación. Si quiere establecer una atmósfera menos íntima, elegirá sentarse en ángulo recto, ya que de este modo podrá mirar a la otra persona tanto o tan poco como juzgue conveniente. Y si no desea interactuar, se sentará adoptando un ángulo de orientación aún menos directo, por ejemplo, adyacente a la otra persona, ya que esta posición restringe al mínimo el contacto visual.

Esta relación lineal entre ángulo de orientación y contacto visual ha sido reportada por varios autores (Patterson, 1973b, 1977; Sommer, 1965; Cook, 1970).

D.

DISTANCIA INTERPERSONAL

Y

OTRAS CONDUCTAS NO VERBALES

Varios estudios han examinado otras facetas de la conducta no verbal en relación con la distancia.

En términos generales, han encontrado que en condiciones de cercanía física, las personas exhiben conductas que cumplen funciones compensatorias. Entre ellas se encuentran: la inclinación del cuerpo, la sonrisa, la gesticulación, el volumen de la voz y respuestas automanipulativas.*

*Estos estudios son congruentes con la investigación de Invasión de Espacio Personal, reportada en el Capítulo VII.

Algunos autores (ej., Argyle y Dean, 1965; Coutts y Ledden, 1977) han reportado una relación compensatoria entre distancia e inclinación del cuerpo: las distancias excesivamente cercanas se asocian con inclinación del cuerpo hacia atrás, en tanto que distancias mayores, con inclinación hacia adelante. Sin embargo, Patterson, en dos estudios diferentes (1973b y 1977), no encontró cambios en la inclinación corporal cuando modificó la distancia interpersonal.

Mahoney (1974) comparó la tasa de respuestas de las conductas de inclinación y bloqueo bajo niveles variantes de proximidad espacial, con aquellas que se dieron en una condición de no invasión. Observó que, contrariamente a lo que se esperaba, la invasión cercana decrementó estas reacciones compensatorias específicas. Con base en estos datos, Mahoney afirmó que la proximidad espacial "congela" al S; esto es, hace que deje de ejecutar los movimientos que normalmente realiza.

Coutts y Ledden (1977) confrontaron a sus Ss con una entrevistadora que incrementó, decrementó o sostuvo la distancia que había mantenido en una sesión inicial, y registraron, entre otras, su conducta de sonreír. Cuando la entrevistadora se acercó, los Ss le sonrieron menos e, inversamente, cuando se alejó, le sonrieron más. La sonrisa y las otras reacciones compensatorias observadas (miradas e inclinación y orientación corporales) son interpretadas por el autor como mecanismos que manipularon los Ss a fin de restablecer el equilibrio de intimidad alcanzado en la sesión inicial.

En un estudio reportado por Sundstrom (1978), parejas femeninas de amigas y extrañas discutieron varios tópicos a 75 cm o a 1.35 m. Se obtuvieron medidas de diversas reacciones a las dos distancias, pero sólo

la gesticulación reveló un efecto confiable estadísticamente atribuible a la distancia. Las amigas gesticularon casi con igual frecuencia en ambas distancias, mientras que las extrañas gesticularon más en la distancia cercana que en la moderada.

Ford, Cramer y Owens (1977) evaluaron la relación entre volumen de la voz durante la conversación y la distancia interpersonal. Encontraron que las personas, especialmente las mujeres, que hablan quedamente, se ubican más cerca de su interlocutor y aquéllas con voz fuerte, se colocan más lejos.

Watson y Graves (1966) también encontraron que la mayor proximidad se asocia con un decremento en el volumen de la voz.

Durante una interacción estructurada entre el S y una C, Kleck (1970) manipuló la distancia a la que se colocaban. ~~Encontró que los Ss mostraron~~ más frecuentemente conductas automanipulativas (como frotarse el cuerpo o la cara o rascarse la cabeza) cuando se encontraban a 1.2 m de la C, que cuando estaban a 3 m de ella. Resultados similares fueron obtenidos por Argyle y Dean (1965). Kleck (1970) sugiere que estas reacciones automanipulativas pueden ser el resultado del incremento en el alertamiento fisiológico que ocurre en las distancias cercanas.

E.

COMPENSACION
Y
RECIPROCIDAD

Mehrabian (1968) hizo variar -a través de instrucciones- la actitud del S hacia un C imaginario. Observó que al incrementarse el grado de atrac-

ción, los Ss se acercaban más y, contrariamente a lo predicho por la no ción de la compensación, adoptaban ejes de orientación más directos y tenían mayor contacto visual.

Así, la atracción entre los participantes y, en general, su evaluación de la situación, afectan los enlaces entre las conductas de inmediatez.

De acuerdo con Patterson (1976), estos factores pueden explicar la evidencia conflictiva obtenida al respecto de las reacciones al distanciamiento interpersonal.

Su formulación conceptual, que amplía la de Argyle y Dean (1965), plantea que cuando una pareja ha alcanzado un equilibrio en el nivel de intimidad y uno de los miembros efectúa un cambio en alguna de las conductas de inmediatez (por ejemplo, disminuye la distancia entre ellos), la otra persona sufrirá un alertamiento que, dependiendo de sus cogniciones acerca de la situación, será considerado un estado emocional positivo o negativo. Si la persona lo considera negativo, emitirá una respuesta compensatoria (se alejará, modificará su orientación corporal, disminuirá su contacto visual, etc.); en cambio, si lo considera positivo, exhibirá una respuesta recíproca (se acercará aún más al otro, lo mirará, le sonreirá, etc.). Así, la evaluación de la situación establece si los efectos emocionales de la interacción cercana serán negativos o positivos, y éstos, a su vez, determinan si se evocarán reacciones compensatorias o recíprocas.

S E C O N D A P A R T E

I N F O R M E S

T E

I N V E S T I G A C I O

Dentro del marco de investigación de espacio personal que se ha expuesto, destacan algunas limitaciones importantes de los estudios efectuados en esta área.

Muchos de ellos se han conducido en ambientes artificiales de laboratorio, empleando instrumentos proyectivos -cuya validez como técnicas de evaluación del uso real del espacio es cuestionable-, o medidas indirectas -que han resultado altamente reactivas y hacen que la conducta del S carezca de espontaneidad.

Comparativamente, es mínimo el número de estudios realizados en situaciones de campo, sin obstaculizar ni poner restricciones a la conducta del S.

El presente trabajo de investigación consta de cuatro estudios que examinaron, con técnicas no obstructoras, los mecanismos de espacio personal puestos en juego en interacciones cotidianas en diferentes ambientes naturales. El Estudio I se efectuó en un zoológico, el II en un parque, el III en una cafetería y el IV en una biblioteca.

Por otra parte, una gran proporción de los estudios sobre espacio personal se han ocupado de determinar las dimensiones, efectos y relaciones de la distancia interpersonal, y han omitido el análisis del segundo componente del espacio personal: la orientación corporal.

Este trabajo investigó ambos elementos: los Estudios I y II se relacionan con la distancia interpersonal, y el III y IV con el ángulo de orientación corporal.

Como se ha indicado, el espacio personal varía en función de diversos factores, entre los que se encuentran la edad y el sexo.

Aunque se han investigado ampliamente las diferencias sexuales en la conducta de espacio personal, los resultados son equívocos. Si bien muchos investigadores coinciden en reportar que los varones tienen fronteras espaciales menos permeables que las mujeres, existen discrepancias en lo que se refiere al comporta-

miento espacial de díadas femeninas y heterosexuales.

Los Estudios I y II examinaron los mecanismos de espacio personal adoptados por parejas de las tres combinaciones de sexo: formadas por dos mujeres, por dos hombres y por un hombre y una mujer.

La mayoría de las investigaciones enfocadas al estudio del efecto de la edad sobre el espacio personal, se han interesado en el aprendizaje de las normas espaciales y han sido conducidas principalmente con niños pequeños y mayores; muy pocos se han ocupado de analizar rangos de edad más amplios.

Los Estudios I y II compararon los límites y el manejo del espacio personal de personas de diferentes grupos de edad.

La evidencia ha mostrado que la intrusión de un extraño en el espacio personal es aversivo y puede evocar en la víctima reacciones de diversa índole.

Los Estudios II y IV analizaron la ocurrencia de respuestas motoras como consecuencia de las invasiones espaciales.

Se presentan a continuación los problemas e hipótesis, el método, los resultados y el análisis de cada uno de los cuatro estudios y, finalmente, las conclusiones generales de este trabajo inicial de investigación sobre la conducta de espacio personal de Ss mexicanos.

E S T U D I O I

D I S T A N C I A I N T E R P E R S O N A L

E N F U N C I O N D E
*** ***** ***

L A E D A D Y E L S E X O
*** ***** * *****

PROBLEMA:

Este estudio tuvo el propósito de examinar las distancias que emplean las personas al interactuar en un ambiente natural.

Se planteó el problema:

¿Existe diferencia en la magnitud de la distancia interpersonal sostenida por parejas de diferente sexo y edad que interactúan en escenarios naturales?

HIPOTESIS:

Sobre la base de trabajos de investigación anteriores, se formularon las siguientes hipótesis:

1. Las parejas constituidas por personas de sexo masculino mantendrán distancias interpersonales mayores que las diadas femeninas y las heterosexuales.
2. Las parejas de adolescentes y de ancianos sostendrán distancias interpersonales más pequeñas que las de jóvenes y las de adultos.

M E T O D O

Sujetos

Se estudiaron 200 parejas de personas que se encontraban en un área de observación establecida por el E en el zoológico de Chapultepec de la Cd. de México.

Se incluyeron en este estudio sólo aquellas personas que reunían las siguientes características:

- Aproximarse al área de observación en pareja (no se consideraron grupos mayores de dos).
- Mantener una separación entre sus torsos (no se incluyeron parejas en las que uno o ambos miembros mantenían su brazo en los hombros o en la cintura del otro).

- .No llevar paquetes grandes.
- .No llevar niños en brazos ni carriolas de bebé.
- .Detenerse por lo menos durante 10 segundos enfrente del animal exhibido en el área de observación.
- .Mantener una posición lado a lado.
- .Pararse en ambos pies, sin recargarse sobre el barandal.

Fueron descartadas las parejas cuyos miembros parecían (por su fisonomía e idioma) extranjeros.

Variables

Variables Independientes:

- Sexo: Se estudiaron tres combinaciones de sexo:
 - .Masculino. Díada constituida por varones.
 - .Femenino. Pareja de mujeres.
 - .Heterosexual. Pareja formada por un hombre y una mujer.
- Edad: Se estudiaron cuatro niveles de edad:
 - .Adolescentes. Parejas cuyos miembros tienen una edad aparente de 11 a 15 años.
 - .Jóvenes. Ambos miembros de la pareja con edad aparente de 16 a 24 años.
 - .Adultos. Pares de personas con edad aparente de 25 a 60 años.
 - .Ancianos. Díadas de personas mayores de 60 años.

No se incluyeron pares de personas con edades cruzadas.

No fue posible obtener registros de parejas femeninas y heterosexuales de adolescentes, ni masculinas y femeninas de ancianos, ya que su concurrencia como tales al área de observación especificada en el protocolo fue mínima, y en la mayoría de los casos no satisficieron los

criterios establecidos para considerarlos como Ss.

Variable Dependiente:

-Distancia Interpersonal. Se tomaron dos medidas de esta variable:

.Entre puntos cercanos. Distancia en centímetros entre los dos puntos corporales más cercanos de una pareja.* El registro se efectuaba cuando los miembros de la pareja permanecían de pie uno al lado del otro, en el área de observación establecida por el E en el zoológico.

.Entre torsos. Distancia en centímetros que separa los torsos de las personas, excluyendo los brazos y las piernas.

Instrumentos

Para la recolección de datos se empleó una cámara fotográfica equipada con lente telefoto.

Un E actuó como fotógrafo y otro como observador.

*Un examen de los registros fotográficos obtenidos durante el estudio piloto, mostró que los puntos corporales más cercanos entre los Ss eran, generalmente, las manos o los codos, pero variaba el espaciamiento entre los torsos; es decir, dos parejas podían tener la misma distancia entre sus puntos cercanos y diferir en la ubicación de sus cuerpos, estando, en un caso, con los brazos extendidos y, en otro, con los brazos cruzados. Y viceversa: dos parejas con un espaciamiento similar entre sus cuerpos, podían variar la distancia entre puntos cercanos con sólo modificar la posición de sus brazos.

Por tanto, fue necesario utilizar una segunda medida de distancia interpersonal.

Algunos autores (McDowell, 1972; Scherer, 1974; Ford et al, 1977) han determinado la distancia interpersonal a través de la proyección de una línea vertical que pasa por el centro del cuerpo de cada S, midiendo después la distancia entre las dos líneas sobre el eje horizontal. Sin embargo, al efectuar estas medicio-

La Hoja de Registro incluyó los siguientes datos:

- . Datos generales: fecha y hora.
- . Sujetos: número de fotografía, sexo y edad de la pareja.
- . Distancia: entre puntos cercanos (dimensión en fotografía-dimensión real; entre torcos (dimensión en fotografía-dimensión real).
- . Observaciones.

Durante el proceso de análisis de las fotografías se utilizó una ampliadora de negativos.

Ambiente de Investigación

Con base en algunas observaciones piloto de los patrones de interacción y del flujo de tráfico en algunos ambientes naturales, se seleccionó el Zoológico de Chapultepec de la Cd. de México, y en éste se eligió un área de observación: la jaula de los cachorros de león.

Las razones de su elección fueron las siguientes:

- . Tiene un flujo de tráfico moderadamente alto.
- . Generalmente, las personas se detienen unos minutos a observar a los animales exhibidos.
- . Su ubicación permite al observador y al fotógrafo colocarse a una distancia adecuada para la impresión fotográfica sin ser ostensibles para los Ss. (Durante el estudio piloto se observó que, en general, los Ss no se percataban de que estaban siendo fotografiados. Esto puede deberse al uso frecuente que muchos de los paseantes hacen de la cámara fotográfica).

Las observaciones se llevaron a cabo entre las 11 y las 14 horas,

nes en los registros fotográficos de varias parejas, se detectó que la dimensión corporal de los Ss conducía a obtener estimaciones espurias de la distancia; esto es, podían obtenerse puntajes de distancia similares para una pareja de personas obesas que se encontraban cerca una de la otra, y para una diada de individuos delgados, alejados uno de otro.

En consecuencia, se decidió adoptar como una segunda medida de distancia interpersonal, la distancia entre los torcos.

los días miércoles, jueves y viernes, ya que los lunes y martes el zoológico permanece cerrado y durante los fines de semana el flujo de visitantes es tan alto que impide a las parejas mantener una distancia interpersonal observable en situaciones de menor densidad; no permite que las personas se detengan en el área de observación el tiempo mínimo necesario para obtener la impresión fotográfica y existen muchos obstáculos (otras personas) entre la cámara y los Ss.

En el área de observación, el fotógrafo y el observador permanecían en un sitio específico, a una misma distancia del punto en el que los Ss se detenían a mirar a los animales.

Con el propósito de contar con un referente para determinar el equivalente en centímetros de la distancia interpersonal registrada en la fotografía, se midió la dimensión de los cuadros que conforman el enrejado de la jaula del área de observación.

Tratamiento de los Datos

Se efectuó un análisis de varianza para los datos de edad (jóvenes y adultos) y sexo (masculino, femenino y masculino-femenino). Se empleó, además, la prueba de rango de Duncan para tres grupos independientes con n's desiguales para probar las diferencias entre los puntajes de las parejas masculinas de adolescentes, jóvenes y adultos, y entre los de las parejas heterosexuales de jóvenes, adultos y ancianos.

Procedimiento

Durante cada una de las sesiones de observación, el fotógrafo y el observador se situaban a aproximadamente 15 metros enfrente de la jaula especificada, de tal manera que quedaban a espaldas de las personas que se detenían en ese punto.

Una vez que una pareja con las características requeridas se dis-

tenía en el área de observación frente a los animales exhibidos, el observador efectuaba un conteo de 5 segundos* a partir del momento en que ambos Ss se colocaban uno al lado del otro, parados en ambos pies y sin recargarse; al final de este período daba una indicación al fotógrafo para que accionara el obturador de la cámara. Si durante estos 5 segundos los Ss cambiaban de posición, se iniciaba un nuevo conteo, siempre y cuando la pareja volviera a colocarse como se indicó anteriormente.

A continuación, el observador anotaba en su Hoja de Registro, el número de fotografía, el sexo y la categoría de edad de la pareja,** y las acotaciones pertinentes.

Análisis de las fotografías.

Además de los criterios mencionados anteriormente para considerar a los pares como Ss, sólo se incluyeron en el estudio los negativos que reunían las siguientes características:

- .mostrar una silueta completa de la pareja;
- .ser identificables claramente las líneas delimitantes de ambas personas; y
- .no tener movimiento aparente.

*Al realizar el estudio piloto se registró el tiempo de permanencia de las parejas frente a los escenarios de los animales exhibidos. Se observó que, una vez que se detenían, buscaban la mejor posición y posteriormente permanecían sin cambiarla durante un promedio de 11 segundos. Con base en este hallazgo, se usó en este estudio un lapso de 5 segundos, con dos propósitos: (1) obtener registros homogéneos de todas las parejas, sin que el fotógrafo tuviera que decidir arbitrariamente el momento de la toma de la impresión fotográfica, y (2) evitar efectuar el registro en momentos en que era muy probable que los Ss se movieran.

**La exactitud de los juicios del observador con respecto a la edad de los Ss, fue evaluada en un período de entrenamiento durante el cual se le pidió que ubicara la fotografía de 30 personas de diferente edad en una de 4 categorías: adolescentes (11 a 15 años), jóvenes (16 a 24 años), adultos (24 a 59 años) y ancianos (más de 60 años). Estos juicios fueron contrastados con las edades verdaderas de las personas de las fotografías, siendo correctos en un 94% de los casos.

Usando los cuadros de 35 milímetros de película (en negativo), se proyectaba la imagen de la pareja sobre el tablero-base de una ampliadora fotográfica, cuyo cabezal se mantenía a una altura constante.

En la fotografía proyectada se obtuvo la distancia en centímetros existente entre los dos puntos corporales más cercanos y entre los largos de los miembros de la pareja; a estas mediciones se les denominó "distancias aparentes".

Se midió también el tamaño de uno de los cuadros de la jaula de los animales exhibidos en el área de observación. Tales cuadros fueron tomados como referentes, ya que se conocía su magnitud real. Con base en la proporción 'dimensión real-dimensión en fotografía', se calcularon las "distancias reales" de interacción de cada pareja.

La comparación entre las mediciones de distancia 'en vivo' y las calculadas a través de la fotografía, mostró que esta técnica es bastante precisa (se obtuvo un error promedio de 2.5 cm).

R E S U L T A D O S

La Figura 10 muestra las medias de la distancia entre los puntos corporales más cercanos de las parejas involucradas en este estudio.

Con respecto a la variable 'sexo', los datos muestran la dirección predicha en la Hipótesis 1. Para las parejas de jóvenes y adultos (únicas en las que se dieron las 3 combinaciones de sexo), los hombres mantuvieron mayor distancia entre sí ($\bar{x}=8.26$); las parejas femeninas fueron intermedias ($\bar{x}=6.07$), y el menor espaciamiento ocurrió entre las diadas constituidas por un hombre y una mujer ($\bar{x}=4.17$). El análisis de varianzas reveló una diferencia estadísticamente significativa entre estos tres grupos ($F=5.24$; $gl=2/169$; $p<.01$).

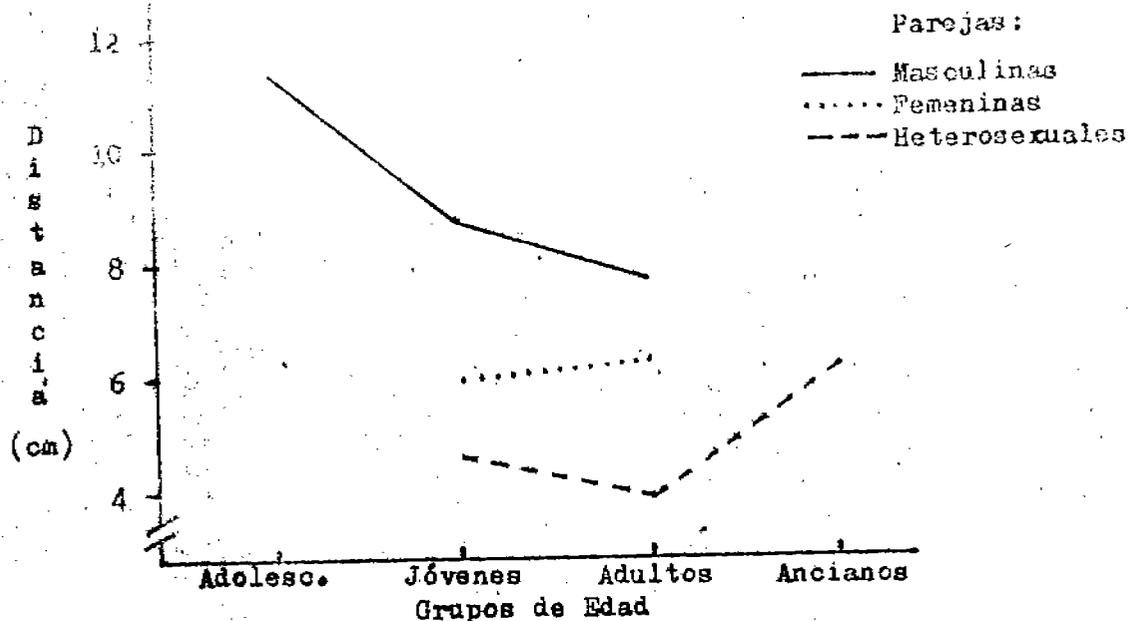


Figura 10. Medias de la distancia entre los puntos corporales más cercanos de miembros de parejas masculinas, femeninas y heterosexuales, observados mientras se encontraban de pie, uno al lado del otro.

Los distintos grupos de edad, en cambio, no difirieron significativamente en las distancias interpersonales que adoptaron ($F=0.69$; $gl=1/169$; ns).

Las comparaciones, con la prueba de rango de Duncan, de los puntajes de distancia observados para los grupos masculinos de adolescentes, jóvenes y adultos (ver Tabla 2), así como para los grupos heterosexuales de jóvenes, adultos y ancianos, tampoco mostraron dife-

Tabla 2. Análisis estadístico de los puntajes de distancia en centímetros entre los puntos corporales más cercanos de parejas masculinas de adolescentes, de jóvenes y de adultos, con la prueba de Rango de Duncan.

	G r u p o		
	Adolescentes	Jóvenes	Adultos
Media	11.39	8.61	7.79

Diferencia entre medias	Valores de R_p con $gl=92$ y $p=.05$
Adolescentes y Adultos: 3.60	< 6.91
Adolescentes y Jóvenes: 2.78	< 8.90
Jóvenes y Adultos: 0.82	< 5.87

Tabla 3. Análisis estadístico de los puntajes de distancia en centímetros, entre los puntos corporales más cercanos de parejas heterosexuales de jóvenes, de adultos y de ancianos, con la prueba de rango de Duncan.

	G r u p o		
	Jóvenes	Adultos	Ancianos
Media	4.59	3.95	6.07
	Diferencia entre medias		Valores de Rp con $gl=83$ y $p=.05$
	Jóvenes y Ancianos: 1.48	<	3.78
	Jóvenes y Adultos: 0.64	<	3.02
	Adultos y Ancianos: 2.12	<	3.60

rencias significativas (ver Tabla 3).

Así, fue rechazada la Hipótesis 2 que proponía que la distancia interpersonal sería mayor al incrementarse la edad de los miembros de la pareja hasta la adultez, volviendo a disminuir en la ancianidad. Inclusive la tendencia de los datos parece indicar una relación curvilínea entre la edad y la distancia inversa a la dirección planteada. Esto es, el mayor distanciamiento se observó, para las parejas masculinas, entre los adolescentes, los jóvenes fueron intermedios y los adultos interactuaron más cercanamente; por otro lado, la distancia interpersonal de las parejas heterosexuales de jóvenes fue mayor que la de los adultos, pero esta relación decreciente cambió para los ancianos: ellos mantuvieron más distancia entre sí que los jóvenes.

Esta tendencia curvilínea de la distancia interpersonal en función de la edad, puede observarse en la Figura 10.

Además de la distancia entre los puntos corporales más cercanos de la pareja, se tomó otra medida de distancia interpersonal: entre los torsos de los miembros de la pareja.

La correlación obtenida entre ambas resultó significativa ($r=.78$), siendo mayor para las parejas heterosexuales de ancianos ($r=.90$)

y para las masculinas de jóvenes ($r=.89$), y menor para las díadas masculinas de adultos ($r=.68$) y para las femeninas de jóvenes ($r=.71$).

La tabla 4 muestra las medias de la distancia entre los torsos de las parejas estudiadas. Estos datos fueron analizados de manera similar a los de las distancias entre los puntos corporales más cercanos y se obtuvieron los mismos resultados.

Se observaron diferencias altamente significativas ($F=14.73$, $gl=2/169$, $p<.001$) entre las distintas combinaciones de sexo; fue mayor la distancia entre los pares de hombres ($\bar{X}=27.3$) y similar entre las parejas femeninas ($\bar{X}=18.3$) y entre las de hombre-mujer ($\bar{X}=17.4$). Sin embargo, no hubo diferencias entre los dos grupos de edad ($F=0.38$; $gl=1/169$; ns).

Las pruebas de rango de Duncan para las parejas masculinas de adolescentes, jóvenes y adultos y para las díadas heterosexuales de jóvenes, adultos y ancianos, tampoco revelaron diferencias atribuibles al factor 'edad'.

No obstante, también aquí fue posible observar la tendencia curvilínea anotada previamente entre los datos de distancia y edad.

Tabla 4. Evaluaciones de la distancia entre los torsos de los miembros de las parejas, para cada combinación de edad y sexo.

S E X O	E D A D				
	Adolescentes	Jóvenes	Adultos	Ancianos	
Masculino	\bar{X}	29.7	27	27.8	
	G	9.3	14.6	12.6	
	n	11	48	36	
Femenino	\bar{X}		18.3	17.9	
	G		9.9	8.7	
	n		11	8	
Homo-Fem	\bar{X}		18.1	17.4	18.3
	G		7.4	9.9	10.9
	n		24	45	17

D I S C U S I O N

Los resultados del presente estudio revelaron efectos diferenciales de la variable 'sexo' sobre la distancia interpersonal y confirmaron, por tanto, la Hipótesis 1.

Se encontró que las díadas de hombres usaron significativamente más distancia y que las parejas formadas por un hombre y una mujer se mantuvieron más cerca entre sí que las constituidas por dos mujeres.

Este hallazgo apoya parcialmente los reportes de estudios previos, pues si bien coinciden en señalar que son los pares masculinos los que mantienen la mayor distancia en sus interacciones, hay discrepancias en lo que respecta a las parejas femeninas y a las heterosexuales.

Algunos investigadores (ej., Shuter, 1976; Brady y Walker, 1978; Sussman y Rosenfeld, 1982) han encontrado que las parejas femeninas conversan sustancialmente más cerca que las heterosexuales, en tanto que otros (ej., Baxter, 1970; Duke y Nowicki, 1972) han reportado lo contrario.

Entre los factores que contribuyen a explicar esta contradicción pueden citarse las diferentes técnicas de medición utilizadas, el medio físico y cultural en el que han sido conducidos los estudios y la relación existente entre los miembros de las parejas estudiadas.

Aunque es evidente la necesidad de efectuar más investigación en esta línea, parece claro, al menos bajo las condiciones específicas de este estudio, que las parejas heterosexuales tienden a mantenerse más cerca entre sí. Pudo observarse informalmente que gran parte de las díadas de hombre y mujer (principalmente de jóvenes) se aproximaban y detenían en el área de observación manteniendo un estrecho contacto físico: tomados del brazo, con el

brazo de uno o de ambos sobre los hombros del otro, o rodeando con el brazo la cintura del compañero.* Esto se observó menos frecuentemente entre las parejas femeninas, y rara vez entre las masculinas.

La Hipótesis 2 planteaba diferencias en la distancia interpersonal mantenida por los distintos grupos de edad.

De acuerdo con los hallazgos de Heshka y Nelson (1972), se esperaba una relación de U-invertida entre la edad y la distancia: las parejas de menor y de mayor edad sostendrían una distancia más pequeña en sus interacciones que los pares de edad intermedia.

Las diferencias entre los grupos no fueron significativas. Sin embargo, los datos mostraron una tendencia inversa a la predicha: el menor distanciamiento se observó entre los jóvenes y los adultos, y el mayor, entre los adolescentes y los ancianos.

Ninguno de los estudios concernientes a la relación entre edad y espacio personal ha analizado el uso del espacio a lo largo de todo el continuo de edad. La mayor parte de ellos han sido conducidos con niños de diferente edad (ej., Duke y Wilson, 1973; Eberts y Lepper, 1975; Teanis y Dabbs, 1975) y muy pocos con ancianos (DeLong, 1975¹¹). Sólo Heshka y Nelson (1972) cubrieron de los 19 a los 75 años de edad.

En el presente estudio se proyectó inicialmente ampliar la cobertura de edad, examinando el espacio personal de niños, adolescentes, jóvenes, adultos y ancianos. Sin embargo, durante el estudio piloto se hizo evidente que no sería factible registrar la distancia interpersonal de parejas de niños, ya que, en general, no satisfacían algunos de los criterios establecidos para ser considerados SS, a saber: se aproximaban al área de observación en grupos de más de dos personas (con otros niños o con adultos) y no se mantenían lado a lado, sin recargarse en el barandal, duran-

*Las parejas en esta situación de contacto (en la que la distancia entre sus torsos era de cero), no fueron incluidas en el estudio.

te los 10 segundos indicados.

Tampoco se incluyeron en la muestra pares femeninos y heterosexuales de adolescentes, ni femeninos y masculinos de ancianos, pues los adolescentes asisten al zoológico principalmente en diadas masculinas y los ancianos en parejas heterosexuales.

Es necesario, por tanto, llevar a cabo investigaciones que involucren parejas de todas las edades y de las tres combinaciones de sexo, aún en escenarios distintos. Así mismo, sería deseable examinar las distancias de interacción de parejas cuyos miembros pertenecen a diferentes grupos de edad.

Los Ss de este estudio fueron parejas preestablecidas (de amigos, conocidos, esposos, hermanos, novios, etc.) que interactuaban en un ambiente natural. La investigación previa (Pedersen y Shears, 1974; Eberts y Leppert, 1975; Haynes y Ellington, 1982) ha indicado que la relación afectiva que las personas mantienen entre sí, juega un rol fundamental en la determinación de la conducta espacial. Este factor pudo haber contribuido a la variabilidad observada dentro de los grupos. Parece razonable esperar que si pudiera ejercerse mayor control sobre las relaciones interpersonales de los Ss observados, emergerían diferencias más confiables.

En la presente investigación se efectuó la evaluación de la distancia entre los interactuantes a través de registros fotográficos. Aun cuando esta técnica se ha usado relativamente poco para la observación de la conducta espacial (Hashka y Nelson, 1972; Scherer, 1974; Ford et al., 1977; Mazur, 1977), posee varias ventajas sobre otras, ya que permite obtener mediciones no obstructoras y totalmente objetivas de la conducta de espaciamiento, evitando así, los juicios oculares que requieren una alta confiabilidad entre observadores.

E S T U D I O I I

REACCIONES A LA
***** * ***

INVASION DE ESPACIO PERSONAL:
***** *** ***** *****

E F E C T O S D E
***** ***

LA EDAD DE LA VICTIMA
*** ***** *** *** *****

Y EL SEXO DEL INVASOR
* *** ***** ***** *****

PROBLEMAS:

El propósito de este estudio fue analizar las conductas diferenciales que emiten las personas en respuesta a una aproximación espacial por parte de otro individuo.

Se plantearon los siguientes problemas:

1. ¿Los individuos responden diferentemente cuando su espacio personal es invadido por una mujer que cuando es invadido por un hombre?
2. ¿La edad de la persona cuyo espacio personal es invadido, implica diferencia en su respuesta a la invasión?

HIPOTESIS:

Los resultados de investigaciones previas han conducido al planteamiento de las hipótesis:

1. En una situación de invasión de espacio personal por un extraño de sexo femenino, los Ss (hombres) permanecerán sentados más tiempo y exhibirán menos reacciones compensatorias que ante un invasor masculino.
2. Ante la invasión de su espacio personal por un extraño, los jóvenes y los ancianos permanecerán en su sitio más tiempo y mostrarán menos reacciones compensatorias que los adultos.

M E T O D O

Sujetos

Los Ss de este estudio fueron 60 hombres, 20 jóvenes (16 a 24 años), 20 adultos (25 a 60 años) y 20 ancianos (más de 60 años), que se encontraban sentados solos en una banca de un parque.

Los criterios para considerar a una persona como S fueron:

- .Estar sentado en una banca de 3 m de longitud.
- .Ser la única persona que ocupe la banca.
- .Tener por lo menos un pie en el piso.
- .No tener objetos (barreras) a su lado sobre la banca.

Un confederado de sexo masculino y otro de sexo femenino actuaron como invasores. Un observador se encargó de efectuar los registros.

Variablies

Variablies Independientes:

- Sexo del invasor: .Femenino
.Masculino
- Edad del sujeto: Se estudiaron tres niveles de edad:
 - .Jóvenes: Personas con edad aparente de 16 a 24 años.
 - .Adultos: Personas con edad aparente de 25 a 60 años.
 - .Ancianos: Personas con edad aparente de más de 60 años.

Variablies Dependientes:

- Latencia de escape:
 - Cantidad de tiempo en minutos desde el momento en que ocurre la invasión hasta que el S deja la banca.
- Reacciones compensatorias:
 - Frecuencia de ocurrencia de cinco clases de conducta emitidas por el S ante la invasión.
 - a) Cambio de posición. Sin modificar su ubicación en la banca, el S inclina el torso hacia adelante o hacia un lado, o voltea el torso y/o ambas rodillas en dirección opuesta al invasor.
 - b) Alejamiento. El S se aleja del invasor, no

viéndose por lo menos 5 cm.

- c) Erección de barreras. El S coloca cualquier objeto entre él y el invasor.
- d) Miradas al invasor. El S dirige su mirada al rostro, cuerpo o libro del invasor.
- e) Cambio de actividad. El S ejecuta una actividad diferente a la que realizaba antes de la invasión.

Instrumentos

La técnica usada para la recolección de datos fue la Observación Estructurada.

Se empleó un registro de frecuencia para las reacciones a la invasión; el tiempo total de observación fue de diez minutos.

La Hoja de Registro incluyó:

.Datos generales: fecha, hora, invasor.

.Sujeto: número de S, edad.

.Conducta: actividad inicial, latencia de escape y frecuencia de reacciones compensatorias a la invasión (cambio de posición, alejamiento, erección de barreras, miradas al invasor y cambio de actividad).

Observaciones.

Se utilizó una segunda Hoja de Registro para anotar la frecuencia de las reacciones compensatorias ocurridas en cada uno de los cinco intervalos de dos minutos en que se dividió el período total de observación.

Para efectuar los registros se empleó también un cronómetro.

Ambiente de Investigación

Este estudio se llevó a cabo en un parque de la Cd. de México conocido como "de los Venados".

Este parque es visitado diariamente por un gran número de personas.

de todas edades y condiciones. Asisten a él tanto hombres como mujeres, aunque ellas (a diferencia de los hombres), generalmente acuden acompañadas.

El parque cuenta con bancas de metal de 1.50 y de 3 m de largo, las que están distribuidas uniformemente en toda el área del parque que, además de prados, posee zonas de juegos infantiles, fuentes y monumentos.

Las invasiones se efectuaron entre las diez y las trece horas, siempre que las condiciones climáticas lo permitieron, con excepción de los sábados y los domingos, días en que la gran afluencia de paseantes en el parque impide que se den las condiciones requeridas para el estudio.

Diseño

Se empleó un diseño factorial 2 (Sexo del invasor: femenino, masculino) X 3 (Edad del S: jóvenes, adultos y ancianos), con 6 condiciones y 10 Ss en cada una.

Tratamiento de los Datos

Los resultados obtenidos se analizaron estadísticamente por medio de análisis de varianza y X^2 , con un nivel de significación preestablecido de 0.05.

Procedimiento

El invasor y el observador no interactuaban en absoluto durante la sesión de trabajo en el parque.

El observador caminaba unos metros adelante del invasor e identificaba a la persona que reunía las características indicadas para ser considerada como S. Una vez hecho esto, se sentaba en una de las bancas ubicadas diagonalmente con respecto a la que ocupaba el S, de tal manera que pudiera verlo claramente sin hacer ostensible su observación. Anotaba en la Hoja de Registro los datos del S y

la actividad que realizaba.

Dos minutos después, el confederado se acercaba al S en un ángulo de 45° en relación a la banca y, sin hacer contacto visual, se sentaba a 30 cm de él.* En seguida empezaba a leer un libro. No se dirigía al S a menos que éste le hablara (lo que ocurrió para preguntar la hora), en cuyo caso contestaba lacónicamente.**

Si el S permanecía sentado más de diez minutos, el invasor se levantaba y se marchaba al final de este lapso.

En el momento en que el invasor tomaba asiento, el observador echaba a andar su cronómetro. Después aparentaba leer y escribir mientras efectuaba el registro.***

El registro concluía en cuanto el S se retiraba (dejaba la banca) o cuando transcurrían diez minutos.

R E S U L T A D O S

Ante la invasión de su espacio personal por un extraño, 21 de los 60 Ss (35%) dejaron la banca que ocupaban durante el período de diez minutos de duración del registro.

* Los invasores fueron sometidos a un período de entrenamiento con el propósito de que lograran sentarse a la distancia requerida (30 cm de hombro a hombro) en relación al S, con un margen de error de 5 cm.

** Sin embargo, en tres casos (dos para el C masculino y uno para el femenino), la naturaleza de la pregunta y la insistencia del S, forzaron al C a dar contestaciones más amplias, por lo que tales Ss tuvieron que ser descartados.

*** El observador y uno de los Cs participaron en dos sesiones de entrenamiento de registro, en las que practicaron la recolección de datos. El menor índice de confiabilidad obtenido fue de 89%.

Tabla 5. Porcentaje de Ss que escaparon ante la invasión de su espacio personal, en cada condición de sexo del C y edad del S.

Sexo del Confederado	Edad del Sujeto		
	Jóvenes	Adultos	Ancianos
Masculino	40	30	40
Femenino	30	30	40

Sin embargo, el porcentaje de Ss que escaparon en relación a los que no lo hicieron, no difirió en las distintas condiciones experimentales, tanto con respecto al sexo de los Cs como a la edad de los Ss (véase Tabla 5).

En lo que se refiere a la latencia de escape de las personas que huyeron, los resultados no mostraron diferencias significativas ni para la variable 'sexo' ($F=0.03$, $gl=1/15$, ns), ni para el factor 'edad' ($F=2.11$, $gl=2/15$, ns). No obstante, los datos muestran una tendencia de U-invertida con respecto a la edad. Como se observa en la Figura 11, la latencia de escape de los jóvenes y de los ancianos fue menor que la de los adultos, especialmente ante el invasor masculino; es decir, cuando fueron invadidos por un hombre, los Ss se marcharon más rápidamente.

Para los Ss que permanecieron en la banca durante todo el período de invasión, el análisis de varianza de los puntajes compuestos de sus reacciones compensatorias mostró un efecto significativo de la variable 'edad' ($F=8.71$, $gl=2/40$, $p<.01$), pero no de la de 'sexo' ($F=1.73$, $gl=1/40$, ns).

Los jóvenes y los ancianos exhibieron más reacciones compensatorias ante la invasión espacial ($\bar{X}=5.6$ y 4.3 , respectivamente) que los adultos ($\bar{X}=2.9$). Esta respuesta fue mayor ante el C masculino que

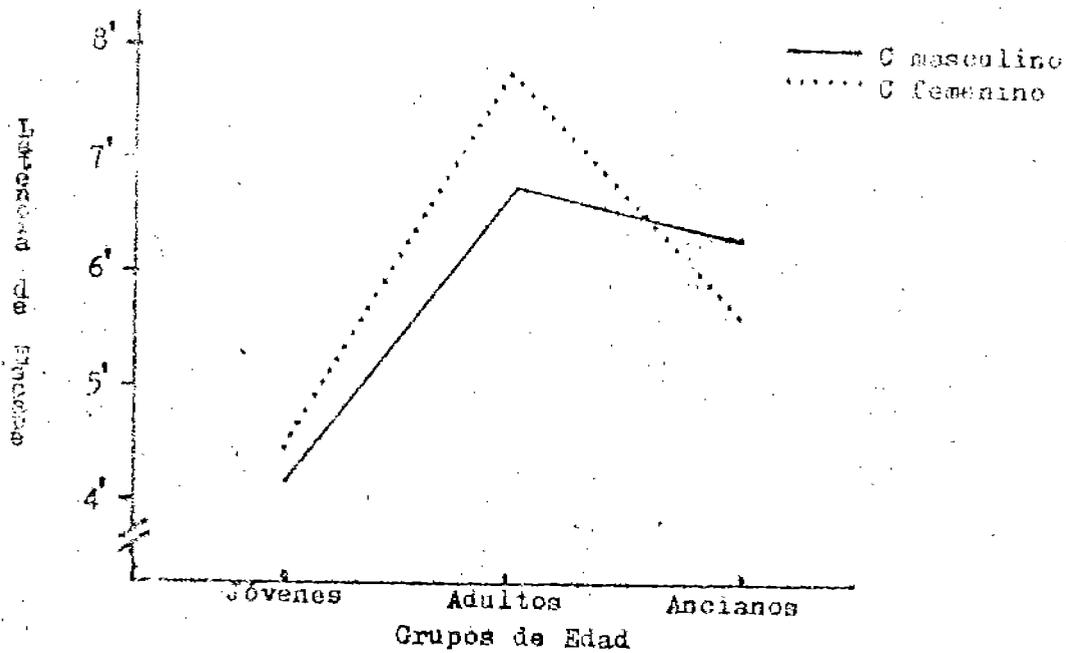


Figura 11. Media de la latencia de escape (en minutos) de los Ss de diferente edad ante la invasión de su espacio personal por un hombre o una mujer confederados.

ante el masculino, aunque no significativamente (véase Figura 12).

De esta manera, ninguna de las dos hipótesis planteadas fue confirmada:

- 1) No hubo diferencias en el tiempo que los Ss permanecieron sentados ni en el número de reacciones compensatorias que mostraron

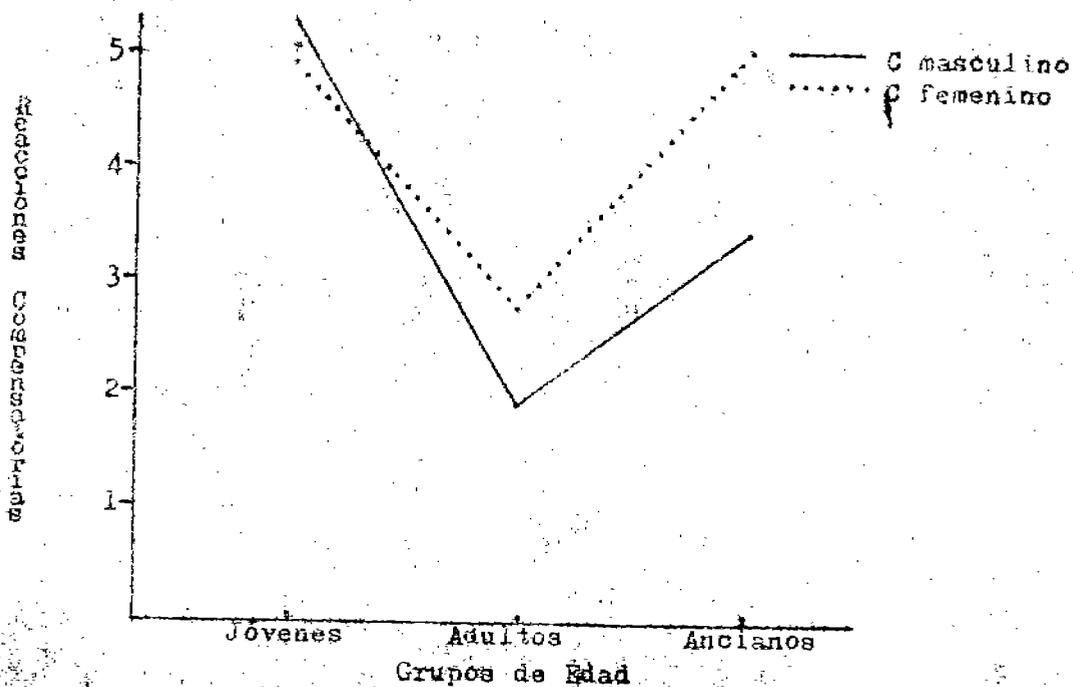


Figura 12. Puntajes medios de reacciones compensatorias emitidas por los Ss (jóvenes, adultos y ancianos) ante la invasión de su espacio personal por un C (hombre o mujer).

cuando una mujer invadió su espacio personal, que cuando lo hizo un hombre.

Además, la tendencia de los datos indicó que la latencia de escape de los Ss que se marcharon fue menor ante el C masculino, y que quienes permanecieron en su sitio en la banca, exhibieron más respuestas compensatorias ante el C femenino.

- 2) Aunque los Ss jóvenes, adultos y ancianos difirieron en su respuesta a la invasión significativamente, los datos mostraron una dirección inversa a la que se predijo: los jóvenes y los ancianos fueron más susceptibles a la invasión, pues permanecieron sentados en la banca menos tiempo y mostraron más reacciones compensatorias, que los adultos.

Por otro lado, las reacciones compensatorias emitidas con más frecuencia fueron las miradas al invasor (64.9%), seguidas por los cambios de posición (23.8%); el alejamiento y el cambio de actividad tuvieron una frecuencia similar (4.6 y 5.3%, respectivamente) y la erección de barreras fue mínima (1.3%).

Aunque esta distribución es semejante para ambos Cs (hombre y mujer), varía en función de la edad de los Ss ($\chi^2=17.7$, $df=4$, $p < .01$).

Como muestra la Tabla 6, la respuesta más frecuente para los adul-

Tabla 6. Porcentaje de reacciones compensatorias emitidas por los Ss de diferente edad ante la invasión de su espacio personal por un C.

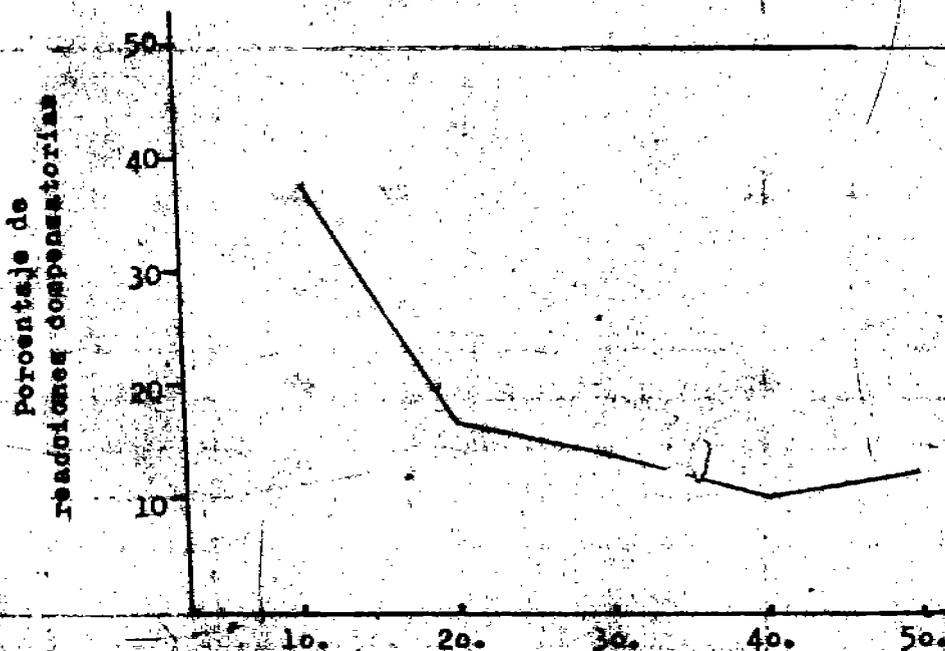
EDAD DE LOS SUJETOS	REACCIONES COMPENSATORIAS				
	Cambio de posición	Alejamiento	Erección de barreras	Miradas al invasor	Cambio de actividad
Jóvenes	23.9	4.5	2.9	67.2	1.5
Adultos	46.9	5.2	-	37.5	9.4
Ancianos	9.6	3.8	-	78.9	7.7

tos fue cambiar de posición; los ancianos mostraron mucho más miradas al invasor y menos cambios de posición; sólo los jóvenes erigieron barreras pero, a diferencia de los adultos y ancianos, casi no cambiaron de actividad.

Finalmente, la división del período total de observación en intervalos de dos minutos, permitió obtener la distribución de las respuestas a la invasión en el tiempo.

En primer lugar, la mayor parte de las respuestas de escape ocurrieron durante el 3er. y 4o. intervalos (28.5% en cada uno), y menos Ss huyeron durante el 1o. y el 2o. (14.5 y 9.5%, respectivamente) y durante el 5o. (19%).

En relación a las reacciones compensatorias mostradas por los Ss que permanecieron sentados en la banca, en la Figura 13 puede observarse que el porcentaje más alto de ellas se dió durante los primeros dos minutos, en el segundo intervalo descendió a casi la mitad, continuó disminuyendo, aunque menos drásticamente en el 3er. y 4o. intervalos, y volvió a incrementarse ligeramente al final del



Intervalos del período de observación

Figura 13. Distribución temporal de las reacciones compensatorias

período de observación de 10 minutos. Se mantuvo una tendencia similar, independientemente del sexo del C y de la edad de los Ss.

D I S C U S I O N

Contrariamente a lo que se esperaba, los resultados indicaron que el sexo del C no tuvo efecto sobre las reacciones de los Ss ante la invasión.

Las investigaciones anteriores reportan hallazgos contradictorios a este respecto. En tanto que unos (ej., Krail y Leventhal, 1976; Harris et al., 1978; Ahmed, 1979) han encontrado que el invasor masculino, en comparación con el femenino, evoca latencias de huida más cortas y mayor número de respuestas compensatorias, otros (ej., Fisher y Hyrne, 1975; Polit y LaFrance, 1977) no han obtenido diferencias en las respuestas emitidas por los Ss ante los intrusos de diferente sexo.

La ausencia de diferencias en función del sexo del invasor, quizá podría explicarse en los estudios que se han llevado a cabo en bibliotecas, donde es posible que los Ss vean a un extraño que llega a sentarse en la mesa que ocupan, simplemente como un compañero, independientemente de su sexo.

Sin embargo, en ambientes en los que se alienta la interacción social -como un parque-, la similaridad en las respuestas de los Ss ante los Cs de ambos sexos es sorprendente.

Evidentemente se requiere más investigación sobre invasión espacial en ambientes diferentes, a fin de esclarecer el comportamiento de esta variable.

En relación al factor "edad", los datos mostraron una relación estadísticamente diferente a la hipotetizada.

Si bien se observaron diferencias en la latencia de escape y en la

frecuencia de respuestas compensatorias emitidas por los Ss de diferente edad, se obtuvo una relación inversa a la predicha: los jóvenes y los ancianos mostraron menor tolerancia a la invasión de su espacio personal que los adultos.

Estos resultados son compatibles con los obtenidos en el Estudio I, en el que se encontró que las parejas de adolescentes y ancianos mantenían distancias interpersonales más grandes que las de edad intermedia.

Una posible explicación de los hallazgos de este trabajo podría radicar en la edad del propio invasor. Willis (1966) reportó que la distancia entre parejas de edad similar es menor que entre parejas de edad discrepante. En el presente estudio, los Cs eran adultos, por lo que pudieron ser vistos por los Ss de este rango de edad como menos amenazantes que por los más jóvenes y los más viejos.

La investigación futura deberá explorar esta posibilidad, examinando el efecto de la edad del invasor sobre las respuestas de Ss jóvenes, adultos y ancianos.

Por otro lado, algunas investigaciones (McDowell, 1972; Konecni et al., 1975) han indicado que las reacciones a la invasión de espacio personal pueden estar determinadas por las atribuciones que las víctimas hacen respecto a las disposiciones de personalidad y a los motivos del invasor. Sería interesante estudiar las interpretaciones de los Ss de diferentes grupos de edad y su relación con la conducta manifiesta ante la intrusión espacial.

Cuando un individuo ve modificado el nivel de intimidad que desea mantener con respecto a otra persona, mostrará conductas conducentes a recuperar el equilibrio perdido (Argyle y Dean, 1965).

En este estudio, la proximidad física por parte de un extraño, ile-

invadidos mostró conducta de escape, ésta no difirió en función de su edad ni del sexo del invasor. Aún deben investigarse las variables que se relacionan funcionalmente con esta conducta.

Entre las personas que no utilizaron la huida como estrategia de recuperación del equilibrio, la reacción más frecuente fue la de mirar repetidamente al invasor. De acuerdo con Patterson et al. (1971), esta conducta podría cumplir dos funciones básicas: la de obtención de información sobre el invasor y la de vigilancia, que implica una respuesta defensiva.

Otra reacción compensatoria importante fue el cambio de posición, que incluía inclinaciones o giros del torso en dirección opuesta al invasor. Mientras que ésta fue la forma de enfrentamiento de la invasión más usada por los adultos, los ancianos mostraron más miradas al invasor.

Aparentemente, los Ss evitaron ejecutar conductas que pudieran ser interpretadas por el invasor como una reacción ostensible a su cercanía, como la recuperación manifiesta de su distancia (alejamiento) o la colocación de objetos entre ambos (erección de barreras).

De cualquier modo, las manifestaciones de incomodidad por parte de los Ss fueron múltiples.

Por ejemplo, muchos de los que escaparon mostraron un comportamiento muy característico: al marcharse, caminaban lentamente y se detenían repetidas veces, hasta que llegaban a sentarse en otra banca situada a cierta distancia de la que habían ocupado inicialmente.

Quiénes permanecieron sentados, exhibieron conductas de autoconciencia (se frotaban la cara u otra parte del cuerpo) efectuaban movimientos oscilatorios del torso, los pies y las manos, e miraban insistentemente su reloj.

En conclusión, parece evidente que los Ss percibieron a los Cs como transgresores de una norma social implícita de espaciamiento.

Para las respuestas a la invasión, se analizaron de manera pormenorizada

nea a lo largo de todo el período de observación. Su frecuencia fue significativamente mayor al inicio de la intrusión, y descendió primero drásticamente y después paulatinamente. Aparentemente, se dió un proceso adaptativo. Investigaciones adicionales que amplíen la duración de la intrusión, podrán determinar si realmente ocurre tal adaptación.

Finalmente, debe señalarse que tres de los Ss invadidos iniciaron una conversación con los Cs, de tal manera amable que se vieron precisados a atender a ella, a fin de no ser descorteses. Es posible que estas personas hayan interpretado la conducta de los invasores como un intento de entablar un intercambio social.

Probablemente esta respuesta fuera más frecuente en algunas localidades del interior de la República, donde el acercamiento de un extraño puede verse más en términos afiliativos que amenazantes.

Son datos fuera excluidos del estudio.

E S T U D I O I I I

ANGULO DE ORIENTACION
***** *** *****

REJAS
*** *****

FEMENINAS, MASCULINAS Y HETEROSEXUALES
***** ***** * *****

PROBLEMA:

Dos son los elementos que conforman el concepto de espacio personal; el primero se refiere a la distancia interpersonal que los individuos mantienen cuando interactúan; el segundo es el ángulo de orientación que adoptan en tal situación.

El presente estudio se enfocó a este último elemento. Se examinaron aquí las posiciones elegidas en una interacción cotidiana y la manera en que éstas varían dependiendo del sexo de los participantes.

Se planteó el problema:

¿El ángulo de orientación corporal difiere en función del sexo de las personas involucradas en la interacción?

HIPOTESIS:

Algunos datos de investigación condujeron al planteamiento de la hipótesis:

El ángulo de orientación corporal entre miembros de parejas masculinas será más directo que el que adopten parejas femeninas o heterosexuales.

M E T O D O

Sujetos

Se condujo este estudio con 96 parejas de personas que se encontraban sentadas en una cafetería.

Para ser considerados en este estudio, los miembros de la pareja debían:

1. Ocupar una mesa circular.

2. No estar leyendo o realizando otras actividades que les impidieran interactuar.

3. Ocupar un juego de mesa.

.Tener una edad aparente que fluctuara entre los 25 y los 40 años.

Se estudiaron 30 díadas heterosexuales, 30 constituidas por mujeres y 30 por hombres.

Variables

Variable Independiente:

- Sexo: La composición sexual de las parejas fue:
 - .Femenina: Díada constituida por personas del sexo femenino.
 - .Masculina: Pareja cuyos miembros son varones.
 - .Heterosexual: Pareja formada por un hombre y una mujer.

Variable Dependiente:

-Orientación corporal:

Posición adoptada por los miembros de la pareja. Se asignaron valores numéricos al ángulo formado entre el eje de los hombros* de una de las personas y el eje de los hombros de la otra.

Los puntajes asignados fueron los siguientes:

Ejes paralelos (orientación cara a cara): 0

Ejes formando un ángulo de:

45°: 1

90° (orientación diagonal): 2

135°: 3

180° (orientación lado a lado): 4

Durante las observaciones piloto se registró la colocación de las sillas para obtener el ángulo de orientación de sus ocupantes. Se advirtió, sin embargo, que los S₁ suelen cambiar sus posiciones sin modificar necesariamente la colocación de sus sillas; por tanto, se usó el eje de los hombros como una medida más válida de orientación y se adaptó el sistema de notación y evaluación propuesto por Hall (1963, p. 1009).

Los valores más pequeños indican orientaciones más directas.

Instrumentos

Para la recolección de datos se utilizó la técnica de Observación Estructurada.

La Hoja de Registro incluyó:

- . Datos generales: fecha, hora de inicio, hora de término.
- . Sujetos: Número y sexo de la pareja.
- . Conducta: Mesa que ocupa, puntaje de orientación corporal.
- . Observaciones.

Ambiente de Investigación

Los datos fueron recolectados en una cafetería del sur de la Cd. de México (Café "Gandhi").

Los criterios que condujeron a su elección como ambiente de esta investigación fueron los siguientes:

. Forma de las mesas: La mayor parte de las mesas de la citada cafetería son circulares, forma que permite a los usuarios adoptar el ángulo de orientación que prefieran.

. Distribución de las mesas: Casi la totalidad de las mesas circulares se hallan ubicadas en el área central de la sala rectangular de la cafetería, situación que posibilita el registro, pues un observador puede distinguir la posición de las personas en las mesas si se coloca en una de las situadas contra la pared en la parte media de la sala.

. Densidad de usuarios: La cafetería referida tiene una gran afluencia de usuarios, principalmente por la tarde y noche, hecho que hace más probable el hallazgo

go de parejas con los criterios indicados entre los asistentes.

La cafetería se encuentra ubicada en los altos de una librería. Aunque gran parte de sus usuarios se reúnen allí para conversar, otros concurren con el propósito de participar en juegos de mesa, y otros más leen o realizan actividades escolares.

Cuenta con mesas rectangulares, cuadradas y circulares. Estas últimas tienen un diámetro de 80 cm y cuatro sillas; la distancia (nariz a nariz) entre dos personas sentadas una enfrente de la otra es de 95 cm, y sentadas diagonalmente es de 75 cm.

Las observaciones se efectuaron entre las 18 y las 20.30 hrs.

Tratamiento de los Datos

Los datos obtenidos fueron tratados estadísticamente con la prueba de rango de Duncan, con un nivel de significación preestablecido de 0.05.

Procedimiento

Al llegar al ambiente de investigación, el observador* se dirigía a una de las mesas ubicadas contra la pared en el área media de la sala, tomaba asiento e iniciaba el registro, simulando tomar notas de un libro.

Valiéndose de un diagrama de la distribución de las mesas circulares, en el que previamente se habían asignado números a cada una de ellas, el observador recorría con la mirada las mesas en el orden indicado hasta localizar a una diada que satisficiera los requisitos de edad y actividad; en seguida, anota los datos solicitados en la Hoja de Registro.

* Durante las sesiones piloto, dos observadores se ejercitaron en la recolección de datos con la Hoja de Registro; obtuvieron índices de confiabilidad de 0.85 y 0.84 para la primera y segunda sesión, respectivamente. El resto de los registros fueron efectuados sólo por uno de los observadores.

Para asignar los valores de orientación corporal de la pareja, el observador utilizaba una representación gráfica de los ángulos formados entre los ejes de los hombros de los interactuantes que correspondían a cada puntaje.

Una vez registrada la primera diada, el observador procedía de la misma manera para localizar y anotar los datos correspondientes a la segunda, y así sucesivamente hasta concluir con la última mesa marcada en el diagrama.

El observador debía registrar también a las parejas que, cumpliendo los criterios establecidos, llegaban a la cafetería durante el período de observación.

R E S U L T A D O S

La Tabla 7 presenta los puntajes medios de orientación corporal que se registraron para las parejas masculinas, femeninas y heterosexuales.

Tabla 7. Análisis estadístico con la prueba de rango de Duncan, del ángulo de orientación adoptado por parejas constituidas por personas del mismo o diferente sexo, durante una conversación informal.

	P a r e j a s		
	Hetero- sexuales	Femeninas	Masculinas
Media	1.83	1.4	0.63
	Diferencia entre medias	Valores de R_p con $gI=87$, $p=.01$	
	Heterosexuales y Masculinas:	1.2	> 0.73
	Heterosexuales y Femeninas:	0.43	< 0.70
	Femeninas y Masculinas:	0.77	> 0.70

El análisis estadístico de los datos reveló diferencias significativas entre las distintas combinaciones de sexo ($F=10.25$; $df=2/87$; $p<.01$).

Como se predijo, las parejas formadas por hombres mantuvieron entre sí orientaciones más directas cuando conversaban (sus puntajes de eje corporal fueron más pequeños), que las diadas femeninas y heterosexuales, según lo indican las comparaciones de Duncan.

Mientras que en las parejas masculinas, los Ss tendieron a sentarse uno enfrente del otro, en las femeninas se sentaron en un ángulo de 45° , modificando, incluso, la posición de sus sillas.

Por otro lado, las parejas heterosexuales eligieron ejes menos directos, aunque no significativamente diferentes de los adoptados por las femeninas. Su ángulo de orientación medio fue cercano a los 90° y sólo en este grupo se dieron orientaciones laterales (de 180°).

D I S C U S I O N

El sexo de las personas que conforman la pareja afectó claramente el ángulo de orientación corporal que adoptaron en sus interacciones. Los datos mostraron que, de acuerdo con la hipótesis planteada, las diadas masculinas tendieron a elegir posiciones frontales, en tanto que las femeninas y las heterosexuales prefirieron sentarse en ángulos menos directos.

Estos resultados confirman los reportados por Cook (1970), quien, en un estudio de campo, encontró que los miembros de parejas heterosexuales elegían sentarse uno al lado del otro más frecuentemente que las diadas del mismo sexo.*

*Así mismo, la investigación sobre atracción ha indicado que los hombres prefieren sentarse enfrente y las mujeres al lado de quienes les son agradables (Byrno, Baskett y Hodges, 1971).

Sin embargo, en investigaciones efectuadas con parejas que conversaban de pie, Jones (1971) y Shuter (1976) obtuvieron ejes de orientación menos directos para los pares masculinos y más directos para los femeninos, siendo intermedios los heterosexuales.

Así, la posición del cuerpo y la existencia en el medio de lo que Hall (1966) llama 'caracteres semifijos' (en este caso, mesas y sillas) en cierta distribución, podrían explicar las diferencias observadas en los ejes de orientación. Ciertamente, estos factores deben tomarse en consideración en futuros estudios sobre el tema.

Algunos trabajos de investigación han mostrado que otra variable que afecta la orientación corporal elegida es el propósito del encuentro. Ante una mesa rectangular, dos personas que desean conversar se sentarán en ángulo recto; si están compitiendo, una frente a la otra, y si deben realizar una actividad cooperativa, en una posición lateral (Sommer, 1965). Por otra parte, en una mesa circular, los sujetos preferirán sentarse en un ángulo de 45° para conversar o cooperar, en ángulos de 90° para actuar conjuntamente y en posiciones frontales para competir (Cook, 1970).

En el presente estudio se incluyeron sólo las parejas que estaban involucradas en una conversación informal y que ocupaban mesas circulares. Puesto que el ambiente en que se llevó a cabo el estudio cuenta con mesas de diferentes formas (cuadradas y rectangulares) y propicia la realización de actividades distintas (algunas personas escriben o leen juntas o por separado, otras compiten en juegos de mesa, mientras que otras conversan), sería factible someter a prueba, con técnicas observacionales, los hallazgos que Sommer (1965) y Cook (1970) obtuvieron con medidas de papel y lápiz.

En esta investigación se trató de explorar la relación interpersonal mantenida entre los participantes. Las conclusiones de los experimentos de laboratorio de Mehrabian (1968) indican que el ángulo de orientación corporal también está influenciado por el gra-

do de atracción existente entre los miembros de la pareja. Por tanto, en la investigación futura deberá prestarse atención adecuada a esta variable.

El ángulo de orientación y la distancia interpersonal, los dos componentes del espacio personal, actúan conjunta e inversamente: al aumentar la distancia entre los interactuantes, su orientación corporal se torna más directa y viceversa (Pellegrini y Espey, 1970; Patterson, 1977; Goutis y Ledon, 1977). Pero además, ambos están relacionados sistemáticamente con el contacto visual, de tal manera que, de acuerdo con el postulado del equilibrio de Argyle y Dean (1965), estas y otras claves de inmediatez se conjugan compensatoriamente para lograr el nivel deseado de intimidad.

Durante la realización del presente estudio, pudo observarse informalmente la operación de este proceso compensatorio: las orientaciones directas adoptadas por las parejas masculinas correspondieron a una mayor distancia y maximizaron el contacto visual entre los individuos, mientras que los ángulos menos directos elegidos por las parejas heterosexuales, implicaron menores distancias y facilitaron el contacto táctil y olfativo.

Puesto que la mayor parte de los estudios que han examinado el funcionamiento de este proceso de compensación se han efectuado en el laboratorio, sería deseable condagar investigaciones sistemáticas en ambientes naturales.

E S T U D I O I V

E F E C T O S D E L
***** *****

A N G U L O D E O R I E N T A C I O N
***** *** *****

S O B R E L A S R E A C C I O N E S A L A
***** ***** ***** * ***

I N V A S I O N D E E S P A C I O P E R S O N A L
***** *** ***** *****

PROBLEMA:

El espacio personal de los Ss del Estudio II se invadió siempre lateralmente. Este cuarto estudio examinó las respuestas a la invasión cuando ésta es efectuada usando diferentes ángulos de orientación.

Se planteó el siguiente problema:

¿El ángulo de orientación que adopta un intruso al invadir el espacio personal de un S hace diferir las reacciones de éste a la invasión?

HIPOTESIS:

Los hallazgos de investigaciones anteriores permitieron plantear la hipótesis:

Cuando un extraño invade el espacio personal de un S de sexo masculino, colocándose enfrente de él, la latencia de su respuesta de escape será menor y la emisión de reacciones compensatorias mayor, que si el invasor se sienta al lado o diagonalmente con respecto a él.

M E T O D O

Sujetos

Los Ss de este estudio fueron 25 hombres estudiantes universitarios que se encontraban en la sala de consulta de una biblioteca.

Los procedimientos para trabajar a esta persona en el estudio fueron:

1. Tener una edad aparente entre los 16 y los 24 años.

2. Estar sentada sola leyendo, describiendo en una mesa de la sala.

3. Dos aparatos de sexo masculino fueron usados para invadir el espacio personal de los Ss.

tenían apariencia de estudiantes universitarias.

Los registros fueron efectuados por un observador.

Variables

Variable Independiente:

-Angulo de Invasión:

Posición del asiento que ocupa el invasor con respecto al que ocupa el S.

Las tres categorías de esta variable fueron:

.Lateral: El invasor se sienta al lado del S.

.Frontal: El invasor se sienta frente al S.

.Diagonal: El invasor se sienta oblicuamente con respecto al S.

Variables Dependientes:

-Latencia de escape:

Cantidad de tiempo en minutos desde el momento en que ocurre la invasión hasta que el S se retira.

-Reacciones compensatorias:

Frecuencia de ocurrencia de 5 clases de conducta emitidas por los Ss ante la invasión.

a) Cambio de posición. Sin modificar la ubicación de su silla, el S inclina el torso hacia adelante o hacia un lado, pudiendo apoyar su codo sobre la mesa.

b) Alejamiento. El S mueve su silla alejándose del invasor.

c) Erección de barreras. El S coloca cualquier objeto sobre la mesa, entre él y el invasor.

d) Miradas al invasor. El S dirige su mirada al rostro, cuerpo o libro del invasor.

e) Cambio de actividad. El S ejecuta una actividad diferente de la que realizaba antes de la invasión.

Instrumentos

Se utilizó la misma técnica de recolección de datos descrita en el Estudio II.

La Hoja de Registro incluyó:

.Datos generales: fecha, hora, invasor.

.Invasión: número de S y ángulo de invasión (lateral, frontal, diagonal).

.Conducta: actividad inicial, latencia de escape y frecuencia de reacciones compensatorias a la invasión (cambio de posición, alejamiento, erección de barreras, miradas al invasor y cambio de actividad).

.Observaciones.

Ambiente de Investigación

El estudio se llevó a cabo en la Sala de Consulta de la Biblioteca Central de la UNAM. A ella asisten estudiantes de muchas de las escuelas y facultades de esta universidad y de otras.

La sala cuenta con 13 mesas de 2.10 X 1.20 m distribuidas en el área central, cada una con cuatro sillas, dos de cada lado, con una separación aproximada entre ellas de 40 cm.

La mayor parte de los estantes están ubicados en paralelo en el área oriente de la sala; el resto está situado alrededor de ella, contra las paredes.

Dado que se requería que las S se encontraran sentadas solo en

una mesa, las sesiones se efectuaron en períodos de baja densidad

en la biblioteca, entre las 15 y las 17 horas, en días hábiles

Diseño

Se utilizó un diseño de 3 grupos (ángulo de invasión: lateral, frontal, diagonal), con 15 Ss en cada condición.

Tratamiento de los Datos

Las técnicas estadísticas empleadas para examinar los datos obtenidos fueron el análisis de varianza, la prueba de rango de Duncan y la de χ^2 , fijando un nivel de significación de 0.05.

Procedimiento

El invasor y el observador no interactuaban durante la sesión de trabajo en la biblioteca.*

El observador llegaba primero a la sala, tomaba un libro de los estantes y se sentaba en una de las² mesas centrales de la última hilera (ubicación que permitía la máxima visibilidad).**

Dos minutos después, el invasor se dirigía al extremo noreste de la sala e identificaba en esta área a una persona con las características especificadas para ser S. Posteriormente, tomaba un libro del estante cercano a la mesa ocupada por el S y, sin hacer contacto visual con él, se sentaba en el ángulo apropiado.

Inmediatamente después de sentarse, abría el libro, lo leía y tomaba notas. No se dirigió al S, excepto cuando éste le habló (lo que

* Las dos Cs que participaron en este estudio fueron entrenadas en la tarea de invasión. Una de ellas invadió al 55% de los Ss y la segunda, al 45% restante.

El observador y una de las Cs participaron en un entrenamiento de registro; obtuvieron una confiabilidad promedio de 92%.

** En algunas sesiones esto no fue posible porque ambas mesas se encontraban ya ocupadas con dos o más personas. En tales casos, el observador se sentó en una de las mesas de los extremos.

ocurrió para preguntar la hora), en cuyo caso contestó lacónicamente.

Si el S permanecía sentado más de diez minutos, el invasor recogió su libro, lo acomodaba en su estante y se encaminaba al extremo suroeste de la sala, donde iniciaba nuevamente la tarea de invasión. Después se dirigía a la parte sureste y, finalmente, a la noroeste.

Con el propósito de que el invasor tuviera que decidir arbitrariamente la condición a la que sometería a los Ss, ejecutaba en un orden fijo las tres condiciones de orientación: lateral, frontal y diagonal.

Entre tanto, el observador echaba a andar el cronómetro (que llevaba oculto en una bolsa) en el momento en que el invasor tomaba asiento; después aparentaba tomar notas, mientras llenaba la Hoja de Registro.

El registro concluía en el momento en que el S recogía sus cosas y se levantaba de la mesa, o cuando habían transcurrido diez minutos.

R E S U L T A D O S

Sólo dos de los 45 Ss mostraron conducta de escape. Uno de ellos, que había sido asignado a la condición de invasión lateral, dejó la mesa después de 5 min 42 seg de que el C se había sentado, y luego de revisar varios estantes, se sentó en otra mesa.

El segundo pertenecía a la condición de invasión frontal; su latencia de escape fue de 2 min 16 seg, y después de devolver el libro que había utilizado, se marchó de la sala.

La aplicación del análisis de varianza a los puntajes totales compuestos de las reacciones compensatorias a la invasión espacial emitidas por los Ss que permanecieron en la mesa que ocupaban ori

ginalmente, reveló la existencia de diferencias significativas atribuibles al ángulo de orientación ($F=9.12$; $gl=2/40$; $p<.01$).

Como se muestra en la Tabla 8, los Ss invadidos frontalmente exhibieron más reacciones compensatorias, los de invasión lateral fueron intermedios y quienes fueron sometidos a una invasión diagonal, mostraron el menor número de ellas.

Así, la hipótesis de este estudio fue confirmada parcialmente, pues si bien los Ss emitieron más reacciones compensatorias cuando el intruso se sentó enfrente de ellos, que cuando los invadió lateralmente o en forma diagonal, la emisión de la conducta de huida fue mínima y, en consecuencia, no se puede hablar de diferencias en las latencias de escape.

De las cinco clases de conducta que se registraron como respuesta a la invasión, la emitida con más frecuencia fue la de miradas al invasor (71.2%); el cambio de posición y la erección de barreras tuvieron una frecuencia similar (13.6 y 12.9%, respectivamente), y fueron mínimos el cambio de actividad (1.5%) y el alejamiento (0.8%).

Sin embargo, esta distribución no fue igual en las tres condicio-

Tabla 8. Análisis estadístico de las reacciones compensatorias emitidas por los Ss ante la invasión de su espacio personal desde diferentes ángulos de orientación, con la prueba de rango de Duncan.

	I n v a s i ó n		
	Frontal	Lateral	Diagonal
Media	4.64	2.85	1.8
Diferencia entre medias			Valores de R_p con $gl=40$ y $p=.05$
Frontal y Diagonal:	2.84	>	1.43*
Frontal y Lateral:	1.79	>	1.38
Lateral y Diagonal:	1.05	<	1.23

*Con $p=.01$, $R_p=1.89$.

Tabla 9. Porcentaje de reacciones compensatorias exhibidas por los Ss al ser invadido su espacio personal desde diferentes ángulos de orientación corporal.

ANGULO DE INVASION	REACCIONES COMPENSATORIAS				
	Cambio de posición	Aleja- miento	Erección de barreras	Miradas al invasor	Cambio de actividad
Frontal	7.7	-	9.3	81.5	1.5
Lateral	20	2.5	22.5	52.5	2.5
Diagonal	18.5	-	7.4	74.1	-

nes de invasión. Como puede verse en la Tabla 9, aunque la forma más común de reacción ante las invasiones frontal y diagonal fueron las miradas al invasor, en la primera se dieron más frecuentemente que en la segunda, presentándose en ésta más cambios de posición. En la invasión lateral, en cambio, disminuyeron las mira-

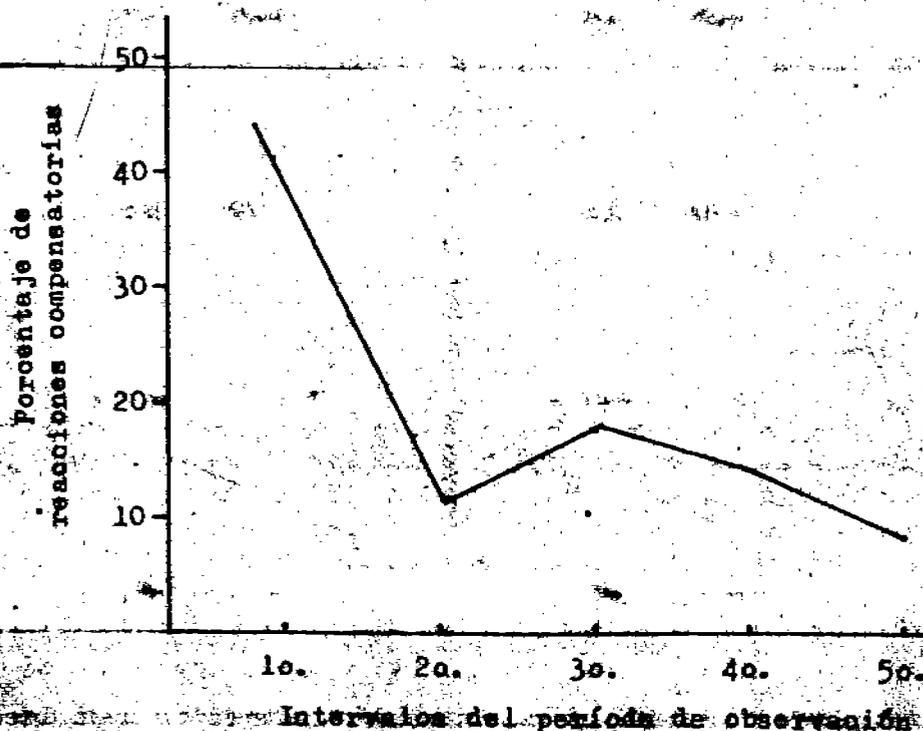


Figura 1. Distribución temporal de las reacciones compensatorias exhibidas por las entidades por los Ss ante la invasión de su espacio personal. La duración de cada intervalo fue de 2 minutos.

das al invasor y se incrementó la erección de barreras; sólo en esta condición se dió la reacción de alejamiento. Estas diferencias fueron significativas ($\chi^2=11.92$, $gl=4$, $p<.05$).

Por último, la Figura 14 muestra la distribución de las respuestas durante los cinco intervalos del período de observación de diez minutos. La mayor parte de las respuestas se emitieron en el primer intervalo, su frecuencia descendió bruscamente en el segundo, se incrementó ligeramente en el tercero y volvió a disminuir durante el penúltimo y el último intervalos de registro.

D I S C U S I O N

En el Estudio III se encontró que, en situaciones de conversación informal, los hombres prefieren orientaciones directas. Por tanto, podría esperarse que la posición frontal, elegida para interactuar con personas conocidas, fuera la menos deseada con respecto a una extraña. De acuerdo con tal predicción, los datos del presente trabajo mostraron que ante una invasión frontal de espacio personal, en comparación con una lateral o diagonal, los Ss emitieron un mayor número de reacciones compensatorias.

Este hallazgo confirma los obtenidos por Fisher y Byrne (1975), quienes encontraron que los Ss de sexo masculino expresaron más sentimientos de rechazo e hicieron atribuciones más negativas al invasor, cuando éste se sentó enfrente de ellos que cuando se situó a su lado. Erail y Leventhal (1976) también reportaron resultados semejantes.

La investigación sobre espacio personal ha mostrado que la respuesta de las mujeres a la invasión es diferente de la emitida por los hombres (Felipe y Gomez, 1966; Sundstrom y Sundstrom, 1971; Harris et al., 1978; Cook, 1980). Sin embargo, hay coincidencias con respecto a la dirección de las diferencias; pues ambos estudios han demostrado que los hombres son más susceptibles a la

intrusión, otros han reportado que son las mujeres quienes exhiben más reacciones cuando un extraño invade su espacio personal.

Con el propósito de contribuir al esclarecimiento del efecto de esta variable, durante la elaboración del proyecto de la presente investigación se planteó la obtención de registros de Ss de ambos sexos. Desafortunadamente, esto no fue posible dado que el número de mujeres que asisten a la biblioteca donde se llevó a cabo el estudio es mínimo; además, como sucedió en el Estudio II, generalmente ellas acuden en pareja o en grupos mayores, pero no solas.

Investigaciones adicionales tendrán que examinar en otros ambientes, al efecto del sexo del S (así como el del invasor) sobre la respuesta a la intrusión espacial.

Al igual que en el Estudio II, la reacción más frecuente de los Ss ante la invasión fue la de mirar al C. Sin embargo, hubo diferencias dependiendo de la situación de intrusión: esta reacción se volvió más cuando el invasor se sentó enfrente y menos cuando se colocó al lado del S. Aparentemente, la posición frontal facilitó la emisión de esta respuesta, pues en la condición de invasión lateral, los Ss debían girar en parte la cabeza para poder dirigir su mirada al invasor. En este caso, se adoptaron otros métodos de compensación para minimizar el impacto de la invasión, a saber: el cambio de posición (poner el codo sobre la mesa y la mano en la cara, o bien, inclinar el torso hacia adelante o al lado) y la erección de barreras (cajones, libros u otros efectos personales entre él y el C).

A diferencia de estas reacciones compensatorias, la conducta de huida no fue utilizada como estrategia de enfrentamiento de la invasión, ya que sólo el 4% de los Ss dejó el lugar.

Resultados similares se han obtenido en otros estudios que, como éstos, se han llevado a cabo en una biblioteca. Mahoney (1974) reportó que el 21.5% de los Ss invadidos se marchó durante el período de observación de diez minutos. Robinson et al. (1971) reportó

taron un porcentaje mayor (15%) de respuesta de huida, probablemente atribuible al hecho de que los invasores debían mantener una ta va de 30% de miradas en dirección al S. De esta manera hicieron más enfática la condición de invasión espacial.

El porcentaje de conducta de escape observado en este estudio contrasta con el encontrado en el Estudio II (35%), en el que las invasiones se efectuaron en un parque. La diferencia podría deberse al propio ambiente, ya que por una parte, el que un extraño se sienta en la mesa ya ocupada de una biblioteca es más justificable que si lo hace en la banca de un parque, y por otra, la orientación hacia el trabajo propia de una biblioteca y los propósitos de estudio de los Ss, pueden hacer más tolerante la cercanía de otra persona, mientras que en un parque la situación es distinta.

Será necesario que la investigación futura examine esta interpretación.

El análisis de la distribución temporal de las respuestas, reveló que la violación de una norma de espaciamento produjo una casi inmediata reacción de la víctima, pero disminuyó en seguida - como ocurrió en el Estudio II. Aparentemente, las respuestas compensatorias emitidas al inicio del período de invasión, permitieron al S recuperar el nivel de intimidad deseado (Argyle y Dean, 1965), adaptándose después a la presencia del O. Se requiere más investigación que pruebe este planteamiento.

C O N C L U S I O N E S

El espacio personal varía en función de numerosos factores. Dos de ellos -el sexo y la edad- fueron examinados en el presente trabajo de investigación.

Los resultados de los Estudios I y III, en los que el factor 'sexo de la pareja' intervino como variable independiente, apoyaron la evidencia anterior en el sentido de que los hombres y las mujeres mantienen zonas espaciales diferentes en sus interacciones sociales.

Sin embargo, hay discrepancias en cuanto al patrón de resultados. Los datos del presente trabajo mostraron que las parejas heterosexuales se mantienen más cerca cuando conversan y adoptan ángulos de orientación menos directos que las femeninas y las masculinas. Estos hallazgos confirman los reportados por unos investigadores (Baxter, 1970; Cook, 1970; Duke y Nowicki, 1972), pero se oponen a los de otros (Jones, 1971; Shuter, 1976; Samsan y Rosenfeld, 1982).

Pero las diferencias sexuales observadas en el espacio personal de parejas cuyos miembros mantenían una cierta relación afectiva (Estudios I y III), no se dieron en situaciones que involucraban la interacción con un extraño (Estudio II). También a este respecto hay divergencias entre los reportes de investigaciones previas, pues mientras Krail y Leventhal (1976), Harris y colaboradores (1978) y Ahmad (1979) encontraron que los invasores de sexo masculino produjeron una reacción más fuerte e inmediata que los de sexo femenino, Polit y LaFrance (1977) y Fisher y Byrnes (1975) no obtuvieron diferencias.

La diversidad de técnicas de medición utilizadas en los estudios citados, los diferentes ambientes de investigación en los que se condujeron, las distintas poblaciones a las que pertenecían los que participaron en ellos y las características individuales de los sujetos, son algunos de los factores que podrían explicar estas

inconsistencias. La investigación futura deberá ejercer controles rigurosos sobre estas y otras variables, a fin de obtener conclusiones sólidas respecto a la relación entre espacio personal y sexo.

La variable edad también ha captado la atención de un gran número de investigadores del espacio personal, pero han atendido sólo un extremo del continuo: la infancia. Son muy pocos los que se han ocupado de estudiar la conducta espacial de grupos de diferente edad, y quienes lo han hecho (DeLong, 1970¹¹; Heshka y Nelson, 1972) reportaron hallazgos completamente diferentes a los obtenidos en este trabajo de investigación. La tendencia de los datos del Estudio I y las diferencias significativas encontradas en el Estudio II mostraron una relación curvilínea entre edad y distancia interpersonal: los grupos de edad intermedia se mantuvieron más cerca entre sí y exhibieron menos reacción a la invasión de su espacio personal que los más jóvenes y los más viejos. Los autores citados, en cambio, reportaron una relación de U-invertida.

Las razones de esta divergencia pueden ser de índole metodológica, pero también cultural. Es evidente la necesidad de investigación adicional, tanto descriptiva como explicativa, a este respecto.

De cualquier manera, parece claro que el espacio personal tiene un significado distinto para las personas de diferente edad, pues aparentemente interpretan de diversas maneras las variaciones en la estimulación social relacionadas con la cercanía física.

Los hallazgos de investigaciones previas han mostrado consistentemente que las invasiones de espacio personal tienen efectos conductuales y afectivos en los individuos que las sufren.

Los resultados de dos Estudios II y IV indicaron, de manera particular, que el efecto disruptivo de la proximidad espacial de un extraño

No. Los Ss emitieron diversas reacciones como intentos de enfrentamiento a la invasión: cambios de posición, miradas al invasor, interposición de barreras e, incluso, al escape.

Además, las observaciones informales revelaron un fuerte impacto emocional que la intrusión espacial causó en los Ss. Espero, cabe señalar que éstos no emitieron conductas que pudieran ser manifiestamente ofensivas para el invasor, lo cual sugiere la existencia de normas sociales a este respecto.

Las consecuencias aversivas de la intrusión espacial se dieron también en los Cs. Sus reportes incidentales revelaron la tensión y el afecto negativo que experimentaron al transgredir el espacio personal de los Ss.

Sería de gran interés realizar más investigación sobre las reacciones que las personas exhiben cuando ven invadido su espacio personal, así como cuando son obligadas a inmiscuirse en el espacio personal de otros, particularmente en ciertos ambientes urbanos, donde con frecuencia los individuos se ven precisados a infringir los límites espaciales de los demás.

La vinculación de este conocimiento y el relativo a la tolerancia a la alta densidad y a las consecuencias del hacinamiento, podría ser sumamente fructífera, tanto en términos teóricos como de aplicación práctica.

Los cuatro estudios de este trabajo de investigación fueron conducidos en ambientes de campo, ya que se pretendía evaluar la operación de los mecanismos de espacio personal en interacciones espontáneas y naturales.

Aunque este objetivo se cumplió exitosamente, la falta de control de muchas variables extrínsecas condiciona intrínsecas a este tipo de investigación. Limitó el alcance de las conclusiones, ya que no pudieron aplicarse técnicas de muestra más poderosas para la se-

lección de los Ss, ni fue posible obtener información importante sobre sus antecedentes. Así, será necesario llevar a cabo estudios adicionales en medios más estructurados, en los que el investigador sea capaz de ejercer un control adecuado sobre las variables de interés.

También se procuró en estos estudios evitar la aplicación de instrumentos reactivos y de validez cuestionable para medir el espacio personal, por lo que se utilizaron técnicas no obstructoras de observación.

Con respecto a la técnica fotográfica de evaluación de la distancia interpersonal empleada en el Estudio I, cabe proponer su utilización más frecuente pues, además de permitir la obtención de registros permanentes de la conducta, evita las estimaciones imprecisas por parte de los observadores.

Como ya se ha señalado, el campo del espacio personal carece de una teoría integrativa de los hallazgos de investigación obtenidos empíricamente. Sin embargo, se han propuesto algunos modelos conceptuales que pretenden tener cierto poder explicativo (véase Capítulo III).

Si bien los estudios reportados aquí no fueron planeados para apoyar ninguno de tales modelos, sus resultados podrían ser interpretados en función de algunos de ellos. Tales son: la teoría del Equilibrio de la Intimidad, la teoría del Nivel Óptimo de Privacidad, el modelo de la Restricción Conductual y el modelo Proxímico.

Debe mencionarse que el hecho de que el E fungiera como observador pudo haber influido en los datos reportados, ya que, evidentemente, corroboraba la hipótesis que se estaba probando. Si bien se puede negarse completamente esta posibilidad, algunos de los resultados encontrados sugieren que éste no fue el caso. Las diferencias obtenidas con respecto a la edad fueron opuestas a las hipotetizadas y no se dieron las diferencias esperadas en relación

La teoría del Equilibrio de la Intimidad (Argyle y Dean, 1965) afirma que los cambios en una de las dimensiones de inmediatez (la cantidad de contacto visual, la distancia interpersonal, el ángulo de orientación corporal, la intimidad de los tópicos discutidos y la cantidad de sonrisa), conducen a cambios en una o más de las otras, a fin de restaurar el nivel de intimidad deseado.

En el presente trabajo de investigación se observó un interjuego compensatorio entre la distancia interpersonal y el ángulo de orientación corporal; sin embargo, no se estudiaron sistemáticamente con los otros tres componentes citados por la teoría y sí, en cambio, se registraron otras reacciones compensatorias no incluidas en ella.

Para Altman (1975), el espacio personal es uno de los mecanismos de regulación del Nivel Optimo de Privacia. Concibe a las invasiones de espacio personal como situaciones en las que el nivel de privacia logrado es menor que el deseado, y afirma que en tales casos se ponen en juego todos los mecanismos de control de límites —conductas verbales, no verbales, territoriales y de espacio personal (distancia interpersonal y ángulo de orientación).

En los Estudios II y IV, en los que un C invadió el espacio personal del S, se registraron alteraciones en la distancia (alejamiento y escape) o en el ángulo de orientación corporal que mantenía con respecto al invasor, así como la utilización de marcas territoriales (erección de barreras) y el empleo de conductas no verbales (miradas al invasor, cambio de actividad).

De acuerdo con Altman, a través del uso de estos mecanismos, los S intentaron reforzar su control sobre los límites de su espacio.

El modelo de la Restricción Conductual sugiere que cuando un extra-

al sexo del invasor; consecuentemente, no es probable que haya si-
de producto de los riesgos de observar. Aunque, indudablemente,
el control de estos es preferible a las justificaciones positivas,
puede suponerse que aún cuando los límites personales de esta in-
vestigación permitían controlar como verdaderos invasores, a
estas mismas personas haber generado hipótesis similares a las
propuestas en el presente trabajo.

No se acerca demasiado, el individuo percibirá que pretende restringir su libertad conductual y experimentará reactancia psicológica. Si sus intentos por recuperar el control perdido resultan inútiles, sobrevendrá la incapacidad aprendida, pues supondrá que sus acciones no tienen efecto sobre la situación.

Esta aproximación podría explicar el patrón temporal de reacciones a la invasión obtenido en los Estudios II y IV: el mayor número de ellas ocurrió durante los primeros minutos del período de intrusión (reactancia) y descendió drásticamente en los subsiguientes (incapacidad aprendida).

El modelo Proxímico de Hall (1966) propone cuatro zonas (íntima, personal, social y pública) empleadas por las personas para regular sus interacciones sociales, y afirma que son diferentes las modalidades sensoriales presentes en cada una de ellas (tacto, olfato, binestesia, audición, visión), así como las posibilidades de comunicación interpersonal que ofrecen.

Los datos de los Estudios I y III mostraron que los miembros de varias parejas observadas -formadas por personas con una relación preestablecida- no mantuvieron dentro de la distancia íntima (0 a 45 cm) o personal (45 a 120 cm). Sin embargo, no se efectuaron observaciones específicas respecto a los procesos psicosociales involucrados en cada una de tales zonas.

Sería deseable conducir investigaciones ad hoc para examinar, con mexicanos, los límites de distancia que Hall propuso para otras poblaciones. De igual modo, podrían efectuarse estudios transculturales (que implicaran la colaboración con otros países) para someter a prueba las afirmaciones cualitativas de Hall respecto a la existencia de patrones de espacio personal diferenciales para culturas de contacto y de no contacto. Estos serían de particular interés entre los países latinoamericanos, a los que Hall consideró como una gran cultura de contacto, pero que en realidad difieren importantemente entre sí en el uso del espacio, como lo demostró inicialmente Stater (1976), quien reportó los patrones propios de los tres de ellos.

Evidentemente, la teorización en el campo del espacio personal es incipiente. En el futuro, los investigadores socio-ambientales deberán desarrollar una teoría que pueda explicar de manera más comprensiva la conducta de espacio personal y estimular programas integrativos de investigación.

Las investigaciones revisadas en la primera parte de esta obra y las reportadas en la segunda, señalan claramente la importancia del estudio del espacio personal para la comprensión de los fenómenos de interacción social.

Pero, al margen del interés que tiene per se el conocimiento científico del uso activo que las personas hacen del espacio para regular sus interacciones sociales, se encuentra su aplicación práctica para la solución de problemas de diversa índole. Algunos de los campos en los que tal aplicación podría ser muy valiosa son: el diseño ambiental, la práctica clínica y el estudio de los procesos psicosociales de pequeños grupos.

En el diseño ambiental:

Los datos de investigación sobre los mecanismos de espacio personal pueden emplearse provechosamente en el arreglo de ambientes públicos y privados, de tal manera que éstos se ajusten a los niveles deseados de interacción.

En la práctica clínica:

Conociendo la relación entre espacio personal y algunas características de personalidad (como el auto-concepto), el terapeuta podría apoyar su modificación, proporcionando a sus clientes, además de habilidades verbales apropiadas, destreza en el manejo adecuado de su espacio personal.

La aplicación de los conocimientos sobre espacio personal y auto-divulgación podría hacer que el terapeuta facilitara las auto-exploraciones de sus clientes y ayudara a que fueran más específicos en la presentación de sus problemas.

El entendimiento de los procesos de espacio personal puede aplicarse también en el entrenamiento de los terapeutas, a fin de que incrementen su sensibilidad a los mensajes emitidos por los pacientes a través del uso de su espacio personal, así como de los que ellos transmiten inadvertidamente a sus clientes por medio de la distancia interpersonal y la orientación corporal que asumen.

En el estudio de otros procesos psicosociales:

La información proporcionada por la investigación sobre la relación entre el espacio personal que un individuo adopta y las actitudes que mantiene con respecto a su interlocutor, puede ser muy valiosa en la evaluación de actitudes cuando éstas no pueden medirse directamente o cuando hay alguna razón para dudar de la validez del reporte verbal.

Los patrones de distancia y de ángulo de orientación que se adoptan en discusiones de pequeños grupos, pueden ser utilizados por el psicólogo social para determinar las relaciones de atracción o rechazo entre los participantes y los roles asumidos por cada uno.

El espacio personal puede ser un factor altamente efectivo para el estudio de las normas sociales, empleando técnicas de medición no obstructoras, que evitan las desventajas de los instrumentos tradicionales, como los cuestionarios y las escalas.

En suma, las posibilidades de aplicación de los hallazgos sobre la conducta de espacio personal son numerosas. La rigurosa evaluación de los logros en este campo redundará, indudablemente, en una mejor comprensión, predicción y control de los procesos de interacción social.

Espero concluir, deseando que, siendo el área del espacio personal de muy reciente creación, y a pesar de la proliferación de estudios reportados, pocos son las variables cuya relación con

te concepto ha recibido apoyo sustancial y consistente.

En realidad, existen aún muchas lagunas en el conocimiento sobre las causas y consecuencias de las variaciones en el espacio personal.

He aquí un reto para los psicólogos sociales y ambientales.

R E F E R E N C E S

Ahmed, S.M.S. Invasion of personal space: a study of departure time as affected by sex of the intruder, sex of subject and saliency condition. Perceptual and Motor Skills, 1979, 49, 85-86.

Ahmed, S.M.S. Reactions to crowding in different settings. Psychological Reports, 1980, 46, 1279-1284.

Aiello, J.R. A test of equilibrium theory: Visual interaction in relation to orientation, distance and sex interactants. Psychonomic Science, 1972, 27, 335-336.

Aiello, J.R. & Aiello, T. The development of personal space: Proxemic behavior of children six through sixteen. Human Ecology, 1974, 2, 177-189.

Aiello, J.R., DeRisi, D.T., Epstein, Y.M. & Karlin, R.A. Crowding and the role of interpersonal distance preference. Sociometry, 1977, 40, 271-282.

Aiello, J.R. & Jones, S.E. Field study of the proxemic behavior of young school children in three subcultural groups. Journal of Personality and Social Psychology, 1971, 19, 351-356.

Aiello, J.R. & Thompson, D.E. Personal space, crowding, and spatial behavior in a cultural context. Ed: I. Altman, J. Wohlwill & A. Rapoport (Eds). Human behavior and environment. Vol. 4. New York: Plenum Press, 1980.

Aiello, J.R., Thompson, D.E. & Haus, A. The symbiotic relationship between Social Psychology and Environmental Psychology: Implications from crowding, personal space, and intimacy regulation research. Ed: J.H. Harvey (Ed). Cognition, social behavior and environment. New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates, Publishers, 1981.

Alberts, S. & Dabbs, J.M. Physical distance and persuasion. Journal of Personality and Social Psychology, 1979, 15, 265-270.

Allgeier, R.R. & Byrne, D. Attraction toward the opposite sex as a determinant of physical proximity. Journal of Social Psychology, 1973, 90, 213-219.

Altman, I. The environment and social behavior: privacy, personal space, territory, crowding. Monterey, CA: Brooks/Cole, 1975.

Altman, I. & Wisel, A.M. Personal Space: an analysis of E.F. Hall's proxemics framework. Ed: I. Altman & Wohlwill, J.F. (Eds). Human behavior and environment. Vol. 2. New York: Plenum Press, 1976.

Andrey, R. The territorial imperative. New York: Atheneum, 1966.

Argyle, M. & Dean, J. Eye-contact, distance and affiliation. Sociometry, 1965, 28, 289-304.

Ashkan, H. & Shaw, M.E. Empirical investigations of a reconceptualized personal space. Bulletin of the Psychonomic Society, 1980, 15, 309-312.

Ashton, N.L., Shaw, M.E. & Worsham, A.P. Affective reactions to interpersonal distances by friends and strangers. Bulletin of the Psychonomic Society, 1980, 15, 306-308.

Baker, E. & Shaw, M.E. Reactions to interpersonal distance and topic intimacy: A comparison of strangers and friends. Journal of Non-verbal Behavior, 1980, 5, 80-91.

Barash, D.P. Human ethology: Personal space reiterated. Environment and Behavior, 1973, 5, 67-73.

Barefoot, J., Hoople, H. & McClay, D. Avoidance of an act which would violate personal space. Psychonomic Science, 1972, 28, 205-206.

Barnard, W.A. & Bell, P.A. An unobtrusive apparatus for measuring interpersonal distance. Journal of General Psychology, 1982, 107, 85-90.

Baron, R.A. Invasions of personal space and helping: Mediating effects of invader's apparent need. Journal of Experimental Social Psychology, 1978, 14, 304-312.

Baron, R.A. & Bell, P.A. Physical distance and helping: Some unexpected benefits of "crowding in" on others. Journal of Applied Social Psychology, 1976, 6, 95-104.

Bass, B.M. & Klubeck, S. Effects of seating arrangement on leaderless group discussion. Journal of Abnormal and Social Psychology, 1952, 47, 724-727.

Batchelor, J.P. & Goethals, G.R. Spatial arrangements in freely formed groups. Sociometry, 1972, 35, 270-279.

Baxter, J.C. Interpersonal spacing in natural settings. Sociometry, 1970, 33, 444-456.

Baxter, J.C. & Rozelle, R.M. Nonverbal expression as a function of crowding during a simulated encounter police-citizen. Journal of Personality and Social Psychology, 1975, 32, 40-54.

Beck, S. & Gillendick, T.H. Personal space, sex of experimenter and locus of control in normal and delinquent adolescents. Psychological Reports, 1976, 38, 383-387.

Bell, P.A., Fisher, J.D. & Loomis, R.J. Environmental Psychology. Philadelphia: W.B. Saunders Co., 1978.

Berlyne, D.E. Conflict, arousal and curiosity. New York: McGraw-Hill, 1960.

Boerum, C.D. & Flowers, J.V. Reduction of anxiety and personal space as a function of assertion training with severely disturbed neuropsychiatric inpatients. Psychological Reports, 1972, 30, 923-929.

Boerum, C.D., Flowers, J.V., Bedner, G.E. & Satterfield, D.A. Personal space variations as a function of criminal behavior. Psychological Reports, 1977, 41, 1115-1121.

Boerum, M.B. Effect of seating distance on interpersonal attraction

in a interview situation. Journal of Consulting and Clinical Psychology, 1972, 38, 15-19.

Brady, A.T. & Walker, M.B. Interpersonal distance as a function of situationally induced anxiety. British Journal of Social and Clinical Psychology, 1978, 17, 127-133.

Buchanan, D.R., Juhnke, R. & Goldman, M. Violation of personal space as a function of sex. The Journal of Social Psychology, 1976, 99, 187-192.

Buchanan, D.R., Goldman, M. & Juhnke, R. Eye contact, sex, and violation of personal space. Journal of Social Psychology, 1977, 103, 19-25.

Byrne, D. The attraction paradigma. New York: Academic Press, 1971.

Byrne, D., Ervin, C.R. & Lambert, J. Continuity between the experimental study of attraction and real life computer dating. Journal of Personality and Social Psychology, 1970, 16, 157-165.

Calhoun, J. The role of space in Animal Sociology. Journal of Social Issues, 1966, 22, 46-58.

Campbell, D.T., Kruskal, W.H. & Wallace, W.P. Seating aggregation as an index of attitude. Sociometry, 1966, 29, 1-15.

Canter, D. Psychology for architects. London: Applied Science Publishers LTD, 1974.

Canter, D. & Kenny, C. The spatial environment. Ed. D. Canter & P. Stringer (Eds). Environmental interaction. Psychological approaches to our physical surroundings. London: Surrey University Press, 1975.

Caplan, M.E. & Goldman, M. Personal space violations as a function of height. Journal of Social Psychology, 1981, 111, 167-171.

Cheyne, J.A. & Efran, M.G. The effect of spatial and interpersonal variables on the invasion of group control territories. Sociometry, 1972, 35, 477-489.

Christian, J.J. & David, D.E. Endocrines, behavior and population. Science, 1974, 146, 1550-1560.

Cochran, C.D. & Urbanczyk, S. The effect of availability of vertical space on personal space. The Journal of Psychology, 1982, 111, 137-140.

Cook, M. Experiments on orientation and proxemics. Human Relations, 1970, 23, 61-76.

Crofts, L.M. & Ladden, M. Nonverbal compensatory reactions to changes in interpersonal proximity. Journal of Social Psychology, 1977, 102, 283-290.

Cranje, P.J. & Möller, A.T. Comparison of different procedures to assess personal space. Perceptual and Motor Skills, 1976, 43, 959-962.

DaSilva, J.M. Physical closeness and negative feelings. Psychological Science.

1971, 23, 141-143.

Dabbs, J. & Stokes, N. Beauty is power: The use of space on the side walk. Sociometry, 1975, 38, 551-557.

Daniell, R.J. & Lewis, P. Stability of eye contact and physical distances across a series of structured interviews. Journal of Consulting and Clinical Psychology, 1972, 39, 551-557.

Dean, L.M., Willis, F.W. & Hewitt, J. Initial interaction distance among equal and unequal in military rank. Journal of Personality and Social Psychology, 1975, 32, 294-299.

De Julio, S. & Duffy, K. Neuroticism and proxemic behavior. Perceptual and Motor Skills, 1977, 45, 51-55.

Dick, E.W. Invasion of personal space as a function of age and race. Psychological Reports, 1976, 39, 281-282.

Dinges, W.G. & Oetting, E.R. Interaction distance anxiety in the counseling dyad. Journal of Counseling Psychology, 1972, 19, 146-149.

Dosey, M.A. & Meisels, M. Personal space and self-protection. Journal of Personality and Social Psychology, 1969, 11, 93-97.

Duke, M.P. & Nowicki, S., Jr. A new measure and social-learning model for interpersonal distance. Journal of Experimental Research in Personality, 1972, 6, 119-132.

Duke, M.P. & Wilson, J. The measurement of interpersonal distance in pre-school children. Journal of Genetic Psychology, 1973, 123, 361-362.

Eberts, E.M. & Lepper, M.R. Individual consistency in the proxemic behavior of pre-school children. Journal of Personality and Social Psychology, 1975, 32, 841-849.

Einey, J.J., Walker, C.A. & Jourdan, M.D. Is there reactance in personal space? Journal of Social Psychology, 1976, 100, 207-217.

Edwards, D.J.A. A cross-cultural study of social orientation and distance schemata by the method of doll placement. Journal of Social Psychology, 1973, 89, 165-173.

Efran, M.G. & Cheyne, J.A. Affective concomitants of the invasion of shared space: Behavioral, physiological and verbal indicators. Journal of Personality and Social Psychology, 1974, 29, 219-226.

Elliot, E.S. & Cohen, J.H. Social facilitation effects via interpersonal distance. Journal of Social Psychology, 1981, 114, 237-249.

Esser, A.H. (Ed). Behavior and environment. The use of space by animals and man. New York: Plenum Press, 1971.

Evans, G.M. & Eichenman, M. Preliminary models of conceptual linkages among proxemic variables. Environment and Behavior, 1976, 8, 87-116.

Evans, G.M. & Howard, R.B. Personal space. Psychological Bulletin, 1973, 80, 134-144.

Felipe, M.J. & Sommer, W. Invasions of personal space. Social Problems, 1956, 14, 206-214.

Festinger, L., Schachter, S. & Back, K. Social pressures in informal groups: A study of human factor in housing. Stanford, CA: Stanford University Press, 1967.

Fisher, R.L. Social schéma of normal and disturbed school children. Journal of Educational Psychology, 1967, 58, 88-92.

Fisher, J.D. & Byrne, D. Too close for comfort: Sex differences in response to invasions of personal space. Journal of Personality and Social Psychology, 1975, 32, 15-21.

Ford, G., Cramer, R.E. & Owens, G. A paralinguistic consideration of proxemic behavior. Perceptual and Motor Skills, 1977, 45, 487-493.

Fortson, R.F. & Larson, C.U. The dynamics of space: An experimental study in proxemic behavior among Latin Americans & North Americans. Journal of Communication, 1968, 18, 109-116.

Frankel, A.S. & Barret, J. Variations in personal space as a function of authoritarianism, self-esteem and racial characteristics of a stimulus situation. Journal of Consulting and Clinical Psychology, 1971, 37, 95-98.

Frède, M.C., Gantney, D.B. & Barter, J.C. Relationships between body image boundary and interaction patterns on the Maps Test. Journal of Consulting and Clinical Psychology, 1968, 32, 575-578.

Fry, A.M. & Willis, F.N. Invasion of personal space as a function of the age of the invader. Psychological Record, 1971, 21, 385-389.

Gardin, H., Kaplan, C.J., Firestone, I.J. & Cowan, G.A. Proxemics effects on cooperation, attitude, and approach-avoidance in a prisoner's dilemma game. Journal of Personality and Social Psychology, 1973, 27, 13-19.

Goldberg, G.H., Kiesler, C.A. & Collins, B.E. Visual behavior and face-to-face distance during interaction. Sociometry, 1969, 32, 43-53.

Goldman, M. Effect of eye contact and distance on the verbal reinforcement of attitude. Journal of Social Psychology, 1980, 111, 73-78.

Greenberg, C.I., Strube, M.J. & Myers, R.A. A multitrait-multimethod investigation of interpersonal distance. Journal of Nonverbal Behavior, 1980, 5, 104-114.

Greene, L.R. Effects of verbal evaluative feedback and interpersonal distance on behavioral compliance. Journal of Counseling Psychology, 1977, 24, 10-14.

Guarido, C.J. Personal space in children. Child Development, 1969, 40, 143-151.

Guarido, C.J. & Meisner, R. Child-parent spatial patterns under praise and reprob. Development Psychology, 1973, 2, 365.

Guarido, C.J. & Meisner, R. Factor structure of children's personal space relations. Child Development, 1971, 42, 1307-1312.

Hogg, R.J. & Dillatla, D.J. Proximal behavior: Counselor, administrator, and client preferences for seating arrangement in dyadic sessions.

- reaction. Journal of Counseling Psychology, 1970, 17, 319-325.
- Haase, R.F. & Markey, M.J. A methodological note on the study of personal space. Journal of Consulting and Clinical Psychology, 1973, 40, 122-125.
- Haase, R.F. & Tepper, D.T., Jr. Nonverbal components of empathic communication. Journal of Counseling Psychology, 1972, 19, 417-424.
- Hall, E.T. A system of notation of proxemic behavior. American Anthropologist, 1963, 65, 1003-1026.
- Hall, E.T. The hidden dimension. New York: Doubleday, 1966. En Español: La dimensión oculta. México: Siglo XXI Editores, 1976.
- Hansen, J.E. & Schuldt, W.J. Physical distance, sex, and intimacy in self-disclosure. Psychological Reports, 1982, 51, 3-6.
- Harris, B., Luginbuhl, J.E.R. & Fishbein, J.E. Density and personal space in a field setting. Social Psychology, 1978, 41, 350-353.
- Hartnett, J.J., Bailey, F. & Gibson, W. Personal space as influenced by sex and type of movement. Journal of Psychology, 1970, 76, 139-144.
- Hayduk, L.A. Personal space: An evaluative and orienting overview. Psychological Bulletin, 1978, 85, 117-134.
- Hayduk, L.A. The shape of personal space: An experimental investigation. Canadian Journal of Behavioral Science, 1981, 13, 87-93.
- Hayes, C.S. & Siders, C. Projective assessment of personal space among retarded and nonretarded children. American Journal of Mental Deficiency, 1977, 82, 72-78.
- Haynes, J.R. & Ellington, J.E. Hierarchical grouping of personal space zones. Perceptual and Motor Skills, 1982, 54, 515-521.
- Hazelwood, M.G. & Schuldt, W.J. Effects of physical and phenomenological distance on self-disclosure. Perceptual and Motor Skills, 1977, 45, 805-806.
- Hebb, D.O. Textbook of Psychology. Philadelphia: W.B. Saunders, 1972.
- Hendricks, M. Boetzin, R. Race and sex as stimuli for negative effect and physical avoidance. Journal of Social Psychology, 1976, 98, 111-120.
- Heshka, S. & Nelson, Y. Interpersonal speaking distance as a function of age, sex and relationships. Sociometry, 1972, 35, 491-498.
- Hildreth, A.M., Derogatis, L.R. & McCusker, K. Body buffer zone and violence: A reassessment and confirmation. American Journal of Psychology, 1972, 127, 77-81.
- Hill, R.A., Blackham, R.H. & Marshall, G.A. The effect of the marital relationship on personal space orientation in married couples. Journal of Social Psychology, 1982, 118, 23-38.
- Horowitz, M., Duff, B. & Statton, L. Body-buffer zones: Exploration of personal space. Journal of General Psychology, 1964, 71, 651-655.

- Insko, C.A. y Schopler, J. Psicología social experimental. Traducido de la 2a. edición en inglés (1973). México: Ed. Trillas, 1980.
- Jones, S.E. A comparative proxemics analysis of dyadic interaction in selected subcultures of New York city. Journal of Social Psychology, 1971, 84, 35-44.
- Jones, S.E. & Aiello, J.R. Proxemic behavior of black and white first, third, and fifth grade children. Journal of Personality and Social Psychology, 1973, 25, 21-27.
- Jourard, S.M. & Friedman, R. Experimenter-subject "distance" and self-disclosure. Journal of Personality and Social Psychology, 1970, 15, 278-282.
- Jourard, S.M. & Rubin, J.E. Self-disclosure and touching: A study of two modes of interpersonal encounter and their inter-relation. Journal of Humanistic Psychology, 1968, 8, 39-48.
- Karabénick, S. & Meisels, M. Effects of performance evaluation on interpersonal distance. Journal of Personality, 1972, 40, 275-286.
- King, M.G. Interpersonal relations in preschool children and average approach distance. The Journal of Genetic Psychology, 1966, 109, 109-116.
- Kinzel, A.S. Body buffer zone in violent prisoners. American Journal of Psychiatry, 1970, 127, 99-104.
- Konecni, V.J., Libuser, L., Morton, H. & Ebbesen, E.B. Effects of a violation of personal space on escape and helping responses. Journal of Experimental Social Psychology, 1975, 11, 288-289.
- Kleck, R.E. The effects of interpersonal affect on errors made when reconstructing a stimulus display. Psychonomic Science, 1967, 2, 449-450.
- Kleck, R.E. Interaction distances and non-verbal agreeing responses. British Journal of Social and Clinical Psychology, 1970, 2, 180-182.
- Kleck, R.E., Buck, P.L., Goller, W.C., London, R.S., Pfeiffer, J.R. & Wakcevic, D. Effect of stigmatizing conditions on the use of personal space. Psychological Reports, 1968, 23, 111-118.
- Knowles, E.S. Boundaries around social space: Dyadic responses to an invader. Environment and Behavior, 1972, 4, 437-447.
- Knowles, E.S. Boundaries around group interaction: Effect of group size and member status on boundary permeability. Journal of Personality and Social Psychology, 1973, 26, 327-332.
- Knowles, E.S., Kreuser, B., Haas, S., Hyde, M. & Schuchart, G. Group status and the extension of social space boundaries. Journal of Personality and Social Psychology, 1976, 33, 647-654.
- Kraif, E.A. & Lavesthal, G. The sex variable in the intrusion of personal space. Sociometry, 1976, 39, 119-173.
- Kroeber, J.L. Social schemas. Journal of Abnormal and Social Psychology, 1962a, 64, 31-38.

- Kuetha, J.L. Social schemas and the reconstruction of social objects displays from memory. Journal of Abnormal and Social Psychology, 1962b, 65, 71-74.
- Kuetha, J.L. Prejudice and aggression: A study of specific social schemata. Perceptual and Motor Skills, 1964, 18, 107-115.
- Kunzendorf, R.G. & Denney, J. Definitions of personal space: Smokers versus non-smokers. Psychological Reports, 1982, 50, 818.
- Lassen, C. Effect of proximity on anxiety and communication in the initial psychiatric interview. Journal of Abnormal Psychology, 1973, 81, 226-232.
- Lecomte, C., Bernstein, B.L. & Demont, F. Counseling interactions as a function of spatial-environmental conditions. Journal of Counseling Psychology, 1981, 28, 536-539.
- Leibman, N. The effects of sex and race norms on personal space. Environment and Behavior, 1970, 2, 208-246.
- Lerner, R.M. The development of personal space schemata toward body build. Journal of Psychology, 1973, 84, 229-235.
- Leventhal, G., Matturro, M. & Schanerman, J. Effects of attitude, sex, and approach on nonverbal, verbal and projective measures of personal space. Perceptual and Motor Skills, 1978, 47, 107-118.
- Lindskold, S. & Wayner, M. Territorial intrusions and perceptual distortion. Perceptual and Motor Skills, 1981, 53, 298.
- Little, K.B. Personal space. Journal of Experimental Social Psychology, 1965, 1, 237-247.
- Little, K.B. Cultural variations in social schemata. Journal of Personality and Social Psychology, 1968, 10, 1-7.
- Little, K.B., Uleha, Z.J. & Henderson, Ch. Value congruence and interpersonal distance. Journal of Social Psychology, 1968, 75, 249-253.
- López Flores, E. Efectos de la atracción interpersonal sobre el espacio personal. Tesis de Licenciatura, UNAM, Fac. de Psicología, 1979.
- Lorena, K. & Leyhausen, P. Biología del comportamiento. Raíces instintivas de la agresión, el miedo y la libertad. Traducido de la primera edición en alemán (1968). México: Siglo XXI Editores, 1977.
- Lott, B.S. & Somner, R. Seating arrangements and status. Journal of Personality and Social Psychology, 1967, 7, 90-95.
- Maccoby, E.(M) Desarrollo de las diferencias sexuales. Traducido de la edición en inglés (1966). Madrid: Mareva, 1972.
- Mahoney, E.R. Compensatory reactions to spatial immediacy. Sociometry, 1964, 37, 423-431.
- Mayo, G.D. & LaFrance, M. Evaluating research in social psychology. A guide for the consumer. New York: Gas Brooks/Cole, 1977.
- Moore, S. Interpersonal spacing variables in "contact" vs. "non-contact" cultures. Journal of Social Psychology, 1977, 101, 51-58.

- McBride, G., King, M.G. & James, J.W. Social proximity effects on galvanic skin responses in adult humans. The Journal of Psychology, 1965, 61, 153-157.
- McDowell, K.V. Violations of personal space. Canadian Journal of Behavioral Science, 1972, 4, 210-217.
- McKenzie, I.K. & Strongman, K.T. Rank (status) and interaction distance. European Journal of Social Psychology, 1981, 11, 227-230.
- Mehrabian, A. Relationship of attitude to seated posture, orientation and distance. Journal of Personality and Social Psychology, 1968, 10, 26-30.
- Mehrabian, A. Significance of posture and position in the communication of attitudes and status relationships. Psychological Bulletin, 1969, 71, 359-372.
- Mehrabian, A. & Diamond, S.G. Effects of furniture arrangement, props, and personality on social interaction. Journal of Personality and Social Psychology, 1971, 20, 18-30.
- Meisels, M. & Canter, F.M. Personal space and personality characteristics. A non-confirmation. Psychological Reports, 1970, 27, 287-290.
- Meisels, M. & Dosey, M.A. Personal space, anger arousal, and psychological defense. Journal of Personality, 1971, 39, 333-344.
- Meisels, M. & Guardo, C.J. Development of personal space schemata. Child Development, 1969, 40, 1167-1178.
- Middlemast, R.D., Knowles, E.S. & Matter, C.F. Personal space invasions in the lavatory: Suggestive evidence for arousal. Journal of Personality and Social Psychology, 1976, 33, 541-546.
- Milgram, S. The experience of living in cities. Science, 1970, 167, 1461-1468.
- Merval, J. Introduction à la psychologie de l'environnement. Bruxelles: Pierre Mardaga, 1981.
- Naus, P.J. & Eckenrode, J.J. Age differences and degree of acquaintance as determinants of interpersonal distance. Journal of Social Psychology, 1974, 93, 133-134.
- Nesbitt, P.D. & Steven, G. Personal space and stimulus intensity at a southern California amusement park. Sociometry, 1974, 37, 105-115.
- Newman, R.C. & Pollack, D. Proxemics in deviant adolescents. Journal of Consulting and Clinical Psychology, 1973, 40, 6-8.
- Noesjirwan, J. A laboratory study of proxemic patterns of Indonesians and Australians. British Journal of Social and Clinical Psychology, 1978, 17, 333-334.
- Patterson, M.L. Compensation and nonverbal immediacy behaviors. A review. Sociometry, 1973a, 36, 237-253.
- Patterson, M.L. Stability of nonverbal immediacy behaviors. Journal of Experimental Social Psychology, 1973b, 9, 97-109.
- Patterson, M.L. Interpersonal distance, affect and equilibrium theory.

Journal of Social Psychology, 1977, 101, 205-214.

Patterson, M.L. & Holmes, D.S. Social interaction correlates of MMPI extraversion-introversion scale. American Psychologist, 1966, 21, 724-725.

Patterson, M.L., Mullens, S. & Romano, J. Compensatory reactions to spatial intrusion. Sociometry, 1971, 34, 114-121.

Patterson, M.L. & Schreist, L.B. Interpersonal distance and impression formation. Journal of Personality, 1970, 38, 161-166.

Pedersen, D.M. Developmental trends in personal space. Journal of Psychology, 1973a, 83, 3-9.

Pedersen, D.M. Development of a personal space measure. Psychological Reports, 1973b, 32, 527-535.

Pedersen, D. & Heaston, A. The effects of sex of subject, sex of approaching person, and angle of approach upon personal space. Journal of Psychology, 1972, 82, 277-286.

Pedersen, D.M. & Shears, L.M. Effects of an interpersonal game and of confinement on personal space. Journal of Personality and Social Psychology, 1974, 30, 838-845.

Pellegrini, R.M. & Empey, J. Interpersonal spatial orientation in dyads. Journal of Psychology, 1970, 76, 67-70.

Peterson, K.L., Roscoe, B. & Draper, D.C. Utilization of appropriate projective techniques in assessing preschool children's personal space and body orientation. Perceptual and Motor Skills, 1982, 54, 67-70.

Polit, D. & LaFrance, M. Sex difference in reaction to spatial invasion. Journal of Social Psychology, 1977, 102, 59-60.

Porter, E., Argyle, M. & Salter, V. What is signalled by proximity? Perceptual and Motor Skills, 1970, 30, 39-42.

Powell, P.H. & Dabbs, J.M., Jr. Physical attractiveness and personal space. Journal of Social Psychology, 1976, 100, 59-64.

Rawls, J., Trego, R.E., McGaffey, C. & Rawls, D. Personal space as a predictor of performance under close working conditions. Journal of Social Psychology, 1972, 86, 261-267.

Rodrigues, A. Psicologia Social. Traducido de la segunda edición en portugués (1973). México: Ed. Trillas, 1976.

Roger, D.B. Personal space, body image and leadership. An exploratory study. Perceptual and Motor Skills, 1976, 43, 25-26.

Roger, D.B. & Njoli, Q.T. Personal space and acculturation. Journal of Social Psychology, 1976, 100, 3-10.

Roger, D.B. & Reid, R.L. Small group ecology revisited: Personal space and role differentiation. British Journal of Social and Clinical Psychology, 1970, 11, 43-45.

Roger, D.B., Bearden, J.D. & Miller, H. Effects of distance from inter-

viewer and intimacy of topic on verbal productivity and anxiety. Psychological Reports, 1981, 49, 303-307.

Rosenfeld, H.M. Effect of an approval seeking induction on interpersonal proximity. Psychological Reports, 1965, 17, 120-122.

Russo, N.F. Connotation of seating arrangements. The Cornell Journal of Social Relations, 1967, 2, 37-44.

Russo, N.F. Eye contact, interpersonal distance and the equilibrium theory. Journal of Personality and Social Psychology, 1975, 31, 497-502.

Sánchez Bedolla, M.A. Efectos del espacio, los recursos y las relaciones afectivas sobre las conductas de interacción social. Revista de la Asociación Latinoamericana de Psicología Social, 1981, 1, 241-272.

Scherer, S.E. Proxemic behavior on primary school children as a function of their socio-economic class and subculture. Journal of Personality and Social Psychology, 1974, 29, 800-805.

Shaw, M.E. & Costanzo, P.R. Theories of social psychology. New York: McGraw Hill, 1970.

Shuter, R. Proxemics and tactility in Latin American. Journal of Communication, 1976, 26, 46-52.

Siegmán, A.W. & Feldstein, S. (Eds). Nonverbal behavior and communication. Hills de La, N.J.: Erlbaum, 1978.

Skotko, V.P. & Langmeyer, D. The effects of interaction distance and gender on self-disclosure in the dyad. Sociometry, 1977, 40, 178-182.

Slane, S., Petruskam, R. & Cheyfitz, S. Personal space measurement: A validation comparison. Psychological Record, 1981, 31, 145-151.

Smith, G.H. Size-distance judgments of human faces (projected images). Journal of General Psychology, 1953, 49, 45-64.

Smith, G.H. Personality scores and personal distance effect. Journal of Social Psychology, 1954, 39, 57-63.

Sommer, R. Studies in personal space. Sociometry, 1959, 22, 247-260.

Sommer, R. Leadership and group geography. Sociometry, 1961, 24, 99-110.

Sommer, R. The distance for comfortable conversation: A further study. Sociometry, 1962, 25, 111-116.

Sommer, R. Further studies of small group ecology. Sociometry, 1965, 28, 337-348.

Sommer, R. The ecology of privacy. The Library Quarterly, 1966, 36, 234-248.

Sommer, R. Small group ecology. Psychology Bulletin, 1967, 67, 145-152.

Sommer, R. Sociofugal space. American Journal of Sociology, 1967b, 72, 654-660.

Sommer, R. Personal space: The behavioral basis of design. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1969. En español: Espacio y comportamiento individual. Madrid: Inst. de Estudios de Admón. Local, 1974.

Stephenson, G. & Rutter, D. Eye-contact, distance, and affiliation: A re-evaluation. British Journal of Psychology, 1970, 61, 385-393.

Stokols, D. On the distinction between density and crowding: Some implications for future research. Psychological Review, 1972, 79, 275-277.

Stone, G.L. & Morden, C.J. Effect of distance on verbal productivity. Journal of Counseling Psychology, 1976, 23, 486-488.

Stratton, L.O., Tekippe, D.J. & Flick, G.L. Personal space and self-concept. Sociometry, 1973, 36, 424-429.

Sundstrom, E. A test of equilibrium theory: Effects of topic intimacy and proximity on verbal and nonverbal behavior in pair of friends and strangers. Environmental Psychology and Nonverbal Behavior, 1978, 3, 3-16.

Sundstrom, E. & Altman, I. Interpersonal relationships and personal space. Research review and theoretical model. Human Ecology, 1976, 4, 47-67.

Sundstrom, E. & Sundstrom, M.G. Personal space invasions: What happens when the invader asks permission? Environmental Psychology and Nonverbal Behavior, 1977, 2, 76-82.

Sussman, N.M. & Rosenfeld, H.M. Influence of culture, language, and sex on conversational distance. Journal of Personality and Social Psychology, 1982, 42, 66-74.

Tennis, G.H. & Dabbs, J.M., Jr. Sex, setting and personal space: First grade through college. Sociometry, 1975, 38, 385-394.

Tolor, A. Psychological distance in disturbed and normal children. Psychological Reports, 1968, 23, 695-701.

Tolor, A. & Salafia, W.R. The social schemata technique as a projective device. Psychological Reports, 1971, 28, 423-429.

Veno, A.E. Response to approach: A preliminary process oriented study of human spacing. Social Science Information, 1976, 15, 93-115.

Watson, O.M. & Graves, T.D. Quantitative research in proxemic behavior. American Anthropologist, 1966, 68, 971-985.

Weinstein, L. The mother-child schema, anxiety, and academic achievement in elementary school boys. Child Development, 1968, 39, 257-264.

Weinert, G.M. & Oleland, S.G. Assertiveness, territoriality and personal space behavior as a function of group assertion training. Journal of Counseling Psychology, 1977, 24, 111-117.

Wollen, K.L., Flewax, J.L., Fuller, M.J. & Jernigan, T. Behavioral correlates of personal space during early adolescence. Man-Environment Systems, 1975, 5, 289-297.

White, M. Interpersonal distance as affected by room size, status and sex. Journal of Social Psychology, 1975, 25, 241-249.

Widgery, R. & Stackpole, C. Desk position, interview anxiety, and interviewer credibility: An example of cognitive balance in a dyad. Journal of Counseling Psychology, 1972, 19, 173-177.

Willis, F.W. Initial speaking distance as a function of the speakers' relationship. Psychonomic Science, 1966, 5, 221-222.

Wolfgang, J. & Wolfgang, A. Exploration of attitudes via physical interpersonal distance toward the obese, drug users, homosexuals, police and other marginal figures. Journal of Clinical Psychology, 1971, 27, 510-512.

Worthington, M.E. Personal space as a function of the stigma effect. Environment and Behavior, 1974, 6, 289-294.

Zajonc, R.B. Attitudinal effects of mere exposure. Journal of Personality and Social Psychology, 1968, 8, 1-29.

R E F E R E N C I A S

C I T A D A S

1. Aiello, J.R. & Cooper, R.E. The use of personal space as a function of social affect. Proceedings of the 80th Annual Convention of the American Psychological Association, 1972, 7, 207-208.
Citado en Aiello et al., 1981.
2. Altman, I. Environmental psychology and social psychology. Personality and Social Psychology Bulletin, 1976, 2, 96-113.
Citado en Morval, 1981.
3. Barefoot, J. & Kleck, R. The effects of race and physical proximity of a co-actor on the social facilitation of dominant responses. Unpublished manuscript, Carleton University, 1970.
Citado en Bell et al., 1978.
4. Bass, M.H. & Weinstein, M.S. Early development of interpersonal distance in children. Canadian Journal of Behavioral Science, 1971, 3, 368-376.
Citado en Tennis y Dabbs, 1975.
5. Bergman, B.A. The effects of group size, personal space and success-failure on physiological arousal, test performance and questionnaire response. Unpublished doctoral dissertation, Temple University, 1971.
Citado en Bell et al., 1978.
6. Breha, J.W. A theory of psychological reactance. New York: Academic Press, 1966.
Citado en Bell et al., 1978.
7. Byrne, D., Baskett, D.G. & Hodges, L. Behavioral indicators of interpersonal attraction. Journal of Applied Social Psychology, 1971, 1, 137-149.
Citado en Fisher y Byrne, 1975.
8. Cohen, S. Environmental load and the allocation of attention. En: A. Baum & S. Valins (Eds.) Advances in environmental research. Hillsdale, N.J.: Lawrence Erlbaum, 1977.
Citado en Bell et al., 1978.
9. Cozby, P.C. Effects of density, activity, and personality on environment preferences. Journal of Research in Personality, 1973, 7, 45-60.
Citado en Haynes y Ellington, 1982.
10. Dabbs, J., Fuller, P. & Carr, S. Personal space when cornered: College students and prison inmates. Paper presented at the meeting of the American Psychological Association, Montreal, 1973.
Citado en Tennis y Dabbs, 1975.
11. DeLong, A. The micro-spatial structure of the older person: Some implications of planning the social and spatial environment. En: L. Pastalan & D. Carson (Eds.) Spatial behavior of older people. University of Michigan, Ann Arbor, 1970.
Citado en Canter y Kenny, 1975.
12. DeGlay, B.B. Crowding stress: the effects of social density of man-

with "close" or "far" personal space. Man-Environment Systems, 1975, 5, 306.

Citado en Haynes y Ellington, 1982.

13. Downs, R.M. & Stea, D. (Eds). Image and environment: Cognitive mapping and spatial behavior. Chicago: Aldine, 1973.
Citado en Hayduk, 1978.

14. Eberts, E.H. Social and personality correlates of personal space. En W.J. Mitchell (Ed). Environment design: Research and practice. (Proceedings of the EDRA II/AR VIII Conference). Los Angeles: University of California Press, 1972.
Citado en Hayduk, 1978.

15. Engebretson, D. & Fullmer, B. Cross-cultural differences in territoriality: Interaction distances of native Japanese, Hawaii-Japanese and American Caucasians. Journal of Cross-Cultural Psychology, 1970, 1, 261-269.
Citado en Roger y Mjoli, 1976.

16. Garfinkel, H. Studies of the routine grounds of everyday activities. Social Problems, 1964, 11, 225-250.
Citado en Altman, 1975.

17. Hediger, H. Wild animals in captivity. London: Butterworths, 1950.
Citado en Little, 1965.

18. Hediger, H. The evolution of territorial behavior. En: S.L. Washburn (Ed). Social life of early man. New York: Fund Publications in Anthropology, No. 31, 1961, 34-57.
Citado en Little, 1965.

19. Horowitz, M.F. Body image. Archives of General Psychiatry, 1966, 14, 456-460.
Citado en Roger, 1976.

20. Knowles, E.S. & Johnson, P.K. Interpersonal consistency and interpersonal distance. JSAS Catalog of Selected Documents in Psychology, 1974, 4, 124.
Citado en Greenberg et al., 1980.

21. Lazarus, R.S. Psychological stress and the coping process. New York: McGraw-Hill, 1966.
Citado en Bell et al., 1978.

22. Love, W.D. & Aiello, J.R. Using projective technique to measure interpersonal distance: A methodological note. Personality and Social Psychology Bulletin, 1980, 6, 102-104.

23. Norm, G.A., Basse, N.F. & Scherer, R. Seating patterns and group task. Psychology in the Schools, 1967, 4, 275-286.
Citado en Altman, 1975.

24. Patterson, M.L. Factors affecting interpersonal spatial proximity. Paper presented at the meeting of the American Psychological Association, New Orleans, September, 1974.
Citado en Bell et al., 1978.

25. Piani, H.D. & Higgins, E.O. Some developmental characteristics of personal space. Paper presented at the meeting of the Eastern Psychological Association, New York, 1978.

Psychological Association, New York City, September, 1975.
Citado en Aiello et al., 1981.

26. Proshansky, H.M. Comment on environmental and social psychology. Personality and Social Psychology Bulletin, 1976, 2, 359-363.
Citado en Morval, 1981.
27. Rawls, J.R., Trego, R.E. & McGaffey, C.N. A comparason of personal space measures. Fort Worth: Texas Christian University, Institute of Behavioral Research, 1968a.
Citado en Aiello y Thompson, 1980.
28. Rawls, J.R., Trego, R.E. & McGaffey, C.N. Correlates of personal space. Fort Worth: Texas Christian University, Institute of Behavioral Research, 1968b.
Citado en Pedersen y Shears, 1974.
29. Rotter, J. Social learning and clinical psychology. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1954.
Citado en Duke y Nowicki, 1972.
30. Rotter, J.B. Generalized expectancies for internal versus external control of reinforcement. Psychology Monographs, 1966, 80 (1, whole No. 609).
Citado en Duke y Nowicki, 1972.
31. Seligman, M.E.P. Helplessness. San Francisco: W.H. Freedman, 1975.
Citado en Bell et al., 1978.
32. Selye, H. The stress of life. New York: McGraw-Hill, 1976.
Citado en Evans y Eichenman, 1976.
33. Sommer, R. Intimacy ratings in five countries. International Journal of Psychology, 1968, 3, 109-114.
Citado en Altman, 1975.
34. Stekols, D.A. A social-psychological model of human crowding phenomena. Journal of American Institute Planners, 1972, 38, 72-83.
Citado en Edney et al., 1976.
35. Watson, O. Proxemic behavior: A cross-cultural study. The Hague: Mouton, 1970.
Citado en Sussman y Rosenfeld, 1982.
36. Williams, J.L. Personal space and its relation to extraversion-introversion. Canadian Journal of Behavioral Science, 1971, 3, 156-160.
Citado en Altman, 1975.